

Miguel Ángel Olmedo Fornas

El Avesfuego y enigma

Primera edición: 2006

ISBN: 84-96405-30-3

Depósito legal: SE-111-2006 European Union

Líbreme ya de quien intermitentemente de-
clara su irrenunciable compromiso a libe-
rarse pronto de mí.
Felio

El hombre que goza de la soledad es una
bestia o un dios.
Mateo Alemán.

Las notas se toman un poco de prisa, como
las horas quieren.
Francisco del Campo Aguilar.

Qué mala es la envidia mala.
Voz popular

Los clientes

El hotel dispone de veinte habitaciones, todas de estilo autóctono, con camas amplias y concierto acuático de registro diverso. Es un hotel nacido de sólida arquitectura local. Se le conoce por la Casona.

Felio prefiere la habitación número cuatro, que es la primera en el pasillo que traslada al huésped por el meridiano que vincula la puerta septentrional (la de los clientes veteranos, la denominada del viento Bóreas, la que concede mayor independencia) con la sala de estar y el patio de la enrejada y el manantial de agua traviesa, reidora incluso durante el prolongado invierno.

El hotel lo ha elegido Felio, entre un centenar de nombres y sus correspondientes lugares y sus aparejadas características, sin acogerse a más reflexión que la del deseo por volver a Váel y ocupar la habitación número cuatro de la Casona, esa y no otra, coleccionada en el cajón de los aciertos individuales inaugurado hace todo el tiempo que apetezca sumar. Habitación reservada con prudente antelación; aunque en esta difusa época del año al considerado cliente le bastara presentarse con su mirada de grato retorno: “Hola, Juan. Otra vez por aquí”. “Y yo que me alegro, amigo mío”.

La habitación número cuatro recibe la luz de Lubricán (el entre perro y lobo del cielo rubescente) y el oreo de los vientos cardinales medios, según el ánimo céfiro o cierzo, según el termómetro suavemente fresco o fríamente seco. Nada se pudre ni marchita

con la ventana entornada. Ahora está bien. Felio se siente a gusto a la espera, de amaestrada impaciencia, de prevista nerviosidad por tenerla a su lado en la butaca contigua, inclinados hacia la chimenea en la que llamean con la medida del ambiente dos troncos cortados con la vieja hacha de filo mellado. A una hora imprecisa de la bucólica tarde vivida a fragmentos de pipa vacía, de cazoleta limpia, párpados laxos y vino tinto. Se entretiene con el aliento del fuego cautivo, siseo de madera y forja que musicaliza el entreacto. “De nuevo, juntos”. Es el aleteo del ave mensajera lo que evoca el fuego. No tiene ninguna prisa Felio, ahora sabe, bueno, intuye que Mónica Uve divisa la singular Váel como la materia al espíritu en la suma de momentos que es cualquier biografía narrada en primera persona; ella está cerca pero aún a distancia mayor que la del pasillo.

“Me quedo en la habitación, Juan”.

“Se lo diré”.

“No hace falta. ¿La suya es...”

“La número diez, dispuesta con un ramo de flores silvestres rociadas con agua del primer manantial”.

“Claro”.

Juan el de la Casona y Raimundo Siles el artista de reconcentrado universo, se precian de cultivar lo efímero. Los tres cuadros que decoran la habitación número cuatro llevan la firma de Raimundo Siles. Son pinturas de agua en concisa definición de Felio, obras que plasman la armonía o la refriega del agua con el elemento tierra: cascadas, pugna entre elementos que se enfrentan indefinidamente sin odio ni rencor, toboganes de espuma, baluartes romos con pátina húmeda. Raimundo Siles se alimenta de su arte y el

negocio subsiste porque él se cotiza al margen del mercado, los publicitarios y los marchantes; ha regalado parte de su producción a la recóndita Váel, su obra primaria ilumina las habitaciones uno, cuatro, diez, catorce y diecinueve, el salón y el vestíbulo de la Casona. El hotel es un banco de pruebas intermitente, la habitación número dieciséis le pertenece por ser destinataria de arrebatos en la excentricidad de su territorio. Las habitaciones con cuadros de agua en las paredes son para los clientes no estacionales.

El perro de la Casona es un albarraniego jubilado, bonachón, tordo, un trashumante que llegó cierto día con apremios y cojeando por culpa de una traicionera púa de alambre. Le dio tiempo a olfatear, reconocer y amistar con el congénere, un alano gris de pelo brillante, el quinto de la saga de aparecidos en busca de hogar y sustento a cambio de hacer lo que saben y lo que se les pide a partes iguales, que se iba de este mundo por mandato imperativo; este albarraniego es el sexto y mientras dure lo será y como sus predecesores pasará a la historia común, la de todos los seres mortales con tal prerrogativa, al figurar en los cuadros de agua, en una esquina inferior sobre la firma.

La Casona tiene magnetismo, cautiva, envuelve; a nadie le cabe duda. También Váel lo tiene, pero a sus habitantes les disgusta que se divulgue.

“No queremos ser tantos, no cabremos”.

El vino es áspero y denso.

A Felio le atraen los cuadros de agua pintados por Raimundo Siles, se lo dice a menudo. Felio suele incidir en su criterio. La primera vez que se detuvo ante ellos, en la habitación número cuatro, equivocó la autoría, error disculpable por carecer de testigos la

acusación. No eran obras de Friedrich o Reinhart o Constable (los apellidos que primero y en tropel acudieron al examen, cosas de Felio). Ella trazó la diferencia, como hacía con todo lo que le interesaba: “Estos cuadros están desposeídos de la arbitrariedad romántica, en ellos, en cada uno de ellos (una vez bien analizada la diferencia) se aprecia el retrato del observador (que no tiene porque coincidir con el del artista y así lo patentiza), yo no distingo (y conste que me esfuerzo por atender tu precipitado juicio) más nostalgia ni más escisión en el paisaje que la explicitada en un texto de galería para consumo de adquirientes ávidos de cuño temporal. Lo afirmo”.

Así es ella y Felio no pide que cambie, ni a Mónica Uve se le pasa por la cabeza dilapidar su patrimonio para satisfacer el antojo de nadie.

Raimundo Siles imagina cada uno de sus cuadros varias veces antes de plasmarlos en el lienzo; pintura al aire la llama. Apenas bosqueja. Si se empeña en apuntar, obligado y metódico a fuerza de enmienda, lo que propicia es la reacción negativa al proyecto original, entonces lo defenestra y vuelve al origen exenta la cabeza de ortodoxia y ácido el paladar. Cada cual es como es y mira el mundo como le da la gana, es un suponer voluntarioso.

El artista local vaticinó el éxito de Mónica Uve en los tinglados promocionales de su persona, en tanto ella galopaba entre los cuadros de agua y tierra, comparándolos sumariamente con su percepción de aire que marida con el fuego mejor que con el resto de elementos. Fue concienzuda en el registro, lo que suele agradar al estudiado si el diagnóstico le trae sin

cuidado o cae lejos de su línea de flotación. Ella hablaba asistida por ademanes, con gracioso fruncimiento de nariz y leve pestañeo; es una técnica depurada cuyo dominio se adquiere practicando. Raimundo Siles ratificó su aserto al subjetivo Felio después, ya en el hotel con Juan y esposa, los cinco a la mesa y Juan hijo, el orondo Juanito, luciendo inventiva culinaria.

Muy apañado Juanito en los fogones. Sabrosa la cena y la rumorosa madrugada.

“Es de fuego la esencia de esta mujer, Felio, y su manifestación es como la del viento filoso que aviva la lumbre. Te digo que yo la elegiría para andar el camino. Yo, claro; tú, no sé. Pero también te digo que en el capítulo de afectos está predestinada al fracaso, igual que ya sabes quien. Por cierto... Vale. Es pronto”.

Los propensos a la soltería y los viudos de hecho opinan docta y sinceramente en materia de afectos, pero lo hacen discretamente, sin violentar a quien se sienta aludido, de intimidad a confianza y acéptese la experiencia, calentando en suave vaivén el brandy del anfitrión.

Esto aconteció durante la primera visita de Mónica Uve a Váel, al arte elemental de Raimundo Siles y a la hospitalidad de Juan y familia en la celebrada Casona. La víspera confraternizaron en los turnos de palabra y en el reparto de comida y bebida; bien entrado el día después, con Felio echado a los caminos en cuesta, Mónica Uve interrogó a Juan por la distribución de las habitaciones. Sin interferencias las inspeccionó todas (excepto la dieciséis) agotando el tiempo de paseo y las diferencias que quiso destacar, hasta que eligió la número diez en una suerte de improvisación nada

azarosa, y a Juan le dijo que esa sería su habitación cuando decidiera regresar sola.

Con las intenciones sobre la mesa y los propósitos en la recámara, la leñera surtida y la pipa orientada hacia la ventana, Felio acaricia el collar de abalorios obsequio de las etapas personalmente vividas, desgastado por el uso frecuente, de brillo apagado pero de tacto feraz como la tierra cultivada y regada; un rosario de cuentas exclusivo que esconde en el bolsillo de la maleta, que no olvida disponer ante cualquier viaje por breve que se configure. El viaje, si a uno le gusta y necesita viajar cerca y lejos, deprisa o pausado, ligero de equipaje o cargado de intenciones, termina cuando el viajero empieza a decidir el siguiente. Una y otra vez metido en preparativos de marcha el que se titula viajero, trotamundos, ave de paso.

¿Quién ha volado más alto, más libre, a mayor distancia?

A cierta altura y extenso intervalo, se escucha el sonido de la propia voz tan bien como el aleteo que impulsa más allá, más allá y todavía más allá hasta los confines de la resistencia. Casi nadie conoce su límite hasta que pierde el miedo a superarlo, y la voz insiste y el alear del ave persiste y la originalidad muda en prescripción: un poco más, sigue, venga, no finjo, hay sangre y caos a mi alrededor, y en mí sudor y lágrimas y risa y pena, de mí brotan las ráfagas de viento y lluvia, los viejos tránsitos de posta y las rutas despejadas de folclóricos mercachifles. Es el ciclo de la vida.

Progreso al infinito. Felio acepta la demoledora argumentación de la experiencia. Sin oposición hasta

que llegue Mónica Uve. Entretenido con el fuego, diría que ayudado por el fuego en este examen periódico de causas y concurrencias. ¿Hasta cuándo? Qué más da. Pero nunca, nunca caigas en la trampa de la complacencia. Lo prometieron, cómo si hiciera falta, cómo si conjurándose ante el enemigo común reafirmaran la sinceridad de sus acciones, nada de nada; “ninguno de nosotros romperá la secuencia”. Esto, lo otro, aquello, luego, después. “De acuerdo”.

Raimundo Siles es hombre viajado y leído. Ahora prefiere la distracción escrita, dice, por aquello de la edad provectora. Es un suponer material el que los artistas cumplan años mortales. “Insípida vanagloria”. Uno tiene la edad de sus arterias y la que le concede el nivel de percepción sensorial.

“¿Ves lo mismo que yo, lo ves?”

“¿Lo oyes, oyes lo mismo que yo?”

La lluvia riega los árboles

A la cuarta o quinta noche de su primera estancia en Váel, en la Casona, en la habitación compartida con Felio (seguramente en todas las demás también), Mónica Uve fantaseó con alguien innombrable de contorno indefinido. ¿Un ave de imponente envergadura?

“Un espejismo”, al parecer de Felio.

“El tornavoz del bosque”, en dictamen de Raimundo Siles.

“Es mujer”, ratificó Mónica Uve.

En Váel la luz del día se despide al galope. Ya desde el atardecer, si el cielo adopta intensa tonalidad carmesí y las nubes trazan estrechas pistas de servicio de cimas a crestas, a la curiosidad se la premia con rumores vertiginosos rebotando en el paisaje y en el observador. Es parte del encanto de Váel, de su esencia elemental. Mónica Uve agudizó el oído a la captura de voces e imágenes pero sucumbió en el puente de la medianoche, acosada por un placentero sopor. Previa la alborada de cristal frío, de gorgoteo de fuente esculpida en la gruta, la aparición remolonea para fomentar la esperanza del cazador novato. “Sabré quien eres, descubriré tu secreto”. Ingrata visión, criatura burlesca. En Váel la luz de la mañana llega al paso. El despertar de Mónica Uve es confuso pero no agitado, escruta la penumbra pero sólo reconoce a Felio como entidad corpórea, la situación en apariencia está controlada, asoma el cuerpo al impreciso exterior y se recrea en ese mundo por componer mientras en ella pervive la misma alerta sensación que apremia a desandar las

horas hasta volver al canto vespertino.

“¿Qué me quieres decir?”

Las apariciones fortuitas, por lo general, tienen buenos sentimientos; aunque algunas lleven aparejado un castigo: por ejemplo, el de exigirles mayor claridad al expresarse. Mónica Uve reclama orden geométrico a las visitas que ocupan un espacio anejo a la memoria.

En Váel conviven decenas de grutas y un número parejo de cursos de agua, miles de árboles, un centenar de hogares parcialmente diseminados (el de Raimundo Siles lo está, la Casona también y el que quiere comprar Felio pero no acaba de decidirse), voces, murmullos, coros ululantes. La casa de Raimundo Siles es un magnífico observatorio de sonidos y luminarias. Fueron los dos a contarle la entrecortada aventura de la noche, y a ver sus cuadros y bocetos.

Mónica Uve confesó a Felio que la visión la tenía extrañamente perturbada, ella es una mujer escéptica. Él preguntó si la visión tenía sonido.

“¿Qué clase de sonido?”

“De la clase que se escucha aunque no se preste atención”.

“Dime, sin evasivas, ¿qué se me ha pasado por alto?”

“Nadie debe contar el significado de lo que ignora”.

“¿Es una voz, son varias, muchas? ¿Qué es más importante: la voz o la imagen? Algo me dirás, lo sé.”

“Nadie ha entrado en tu sueño, me parece”.

“Creo que vienes aquí por eso. Te hurga la curiosidad pero estás perdido. Y me has traído para que te ayude; lo creo”.

Felio señaló la vivienda del artista. La chimenea

humeaba con cadencia de otoño. Raimundo Siles los recibió con vino de la tierra y agua del primer manantial.

A Mónica Uve le azaró que Felio proclamara con naturalidad su desvelo en la madrugada, sin venir a cuento, recién presentados, antes de meterse en el estudio del amigo artista. Raimundo Siles cabeceó con estudiada parsimonia, sí, el gesto había sido practicado delante de los lienzos, estaba segura, identificaba al vuelo tales acciones; ella era rápida en las apreciaciones y austera en los procedimientos.

“Quizá sólo fue un sueño, un sueño, un sueño”.

“Quizá sólo sea la expresión de un deseo”, deslizó Felio.

“O una estampa navideña”.

Ricardo Siles la condujo ante un óleo de vivos colores recostado en el caballete. Parecía completo y sin embargo carecía de lo esencial para entender finalizada una obra. Ella se dio cuenta. Lo analizó meticulosamente, se tomó el tiempo que quiso, bebía vino en copa de boca ancha a la par que memorizaba el elenco figurativo. Dedujo que el óleo era parte de la ambientación, llevaba tiempo pintado tal y como se ofrecía al espectador, cada trazo, cada matiz significaba algo sentido, probablemente idealizado por el intérprete; cada línea pudiera representar una señal de dirección aunque todas convergieran confundidas, presurosas, incluso atrapadas en un mítico centro desplazado del punto de intersección visual.

“No es lo que parece”, concluyó llevándose un dedo a los labios. Una línea, un suceso, un acertijo quizá.

“Estoy de acuerdo”.

“Veo... escucho... falta algo”.

“Claro, eso es”.

Raimundo Siles le pidió que diera unos pasos atrás, luego que se asomara por alguna de las ventanas, que sacara medio cuerpo afuera, que observara alrededor y se pronunciara sobre ese algo. Mónica Uve siguió las instrucciones, pero le replicó que la forma era errónea. “Ni de aquí ni de allá”, sentenció incrustando las manos en los bolsillos del pantalón (pose característica). “Se trata de la interpretación”, convino segura de sí, “es una mujer; tú no has pintado una mujer, yo he visto a una mujer”.

“Es lo que decía Ana, al principio”.

Ana Lund es el complemento femenino del artista, cuando decide serlo.

“¿Qué dice Anita?”

“Que la leyenda omite a la mujer y por eso vosotras, ella y tú, la reivindicáis”.

Según el artista (que se explayó frente al fuego en el abigarrado salón con obras cerámicas de la planta noble) Ana Lund interviene mágicamente en su quehacer plástico; dicho de otra manera, es una especie de guía en ausencia, pues ella visita poco Váel y cuando lo hace pasa muchas horas en la zona palustre porque quiere encontrar a Obo y a Limli, y es precisamente sobre las charcas donde Ana Lund cree que juegan los seres de aire con la credulidad, la codicia y la curiosidad de los afectados.

Obo y Limli, repitió para sí Mónica Uve encendiendo un cigarrillo Rothmans con una pavesa de diámetro peligroso: nombres sonoros.

“Los fabulosos protagonistas, puede que haya más pero de rango inferior; Ana quiere desbaratar la leyenda, quemarla en una pira de racionalismo,

fulminar el credo tradicional para saneamiento de la raza. Quiere silenciar las voces de Limli y Obo, los seres de viento. Es un reto personal, higiénico. Váel es una región poblada por múltiples sonidos elementales, le costará siquiera intentarlo”.

“Ana quiere encontrar la voz de la quimera”, confirmó Felio para alivio de Mónica Uve.

Pidió que se lo contaran todo, en ese momento, antes de que ardiera su paciencia o el óleo turbador.

No hay mucho que decir, pues las leyendas reñidas con la demagogia incumben únicamente a los sentimientos y ellos, por razones obvias, se explican mal con palabras.

No obstante y para contentarla en trance amistoso, el artista, encargado de la narración, dispone un escenario en obras en el que Limli y Obo son seres memorables e itinerantes. Ambos, séquito y buscadores ocasionales llevan afincados bastante tiempo en la generosa Váel, región extensa e intrincada de fuerte rai-gambre, y contribuyen eficazmente a magnificar sus reclamados enigmas. El viajero, el trotamundos, las aves de paso, los pájaros navegantes (astrónomos, exploradores, a los que tan aficionado es Felio; Mónica Uve se dio cuenta durante su primera estancia en Váel y a partir de entonces tuvo bien presente la tríada de uves: viento, vuelo, voz), los seres diurnos y nocturnos que dibujan estelas que otros siguen y algunos persiguen; ansia del amor de estas fantásticas criaturas que devoran al adorador. Los elementales seres de aire seducen a los intrépidos que merodean sus misterios, urden ilusiones que los confunden, les sustraen la memoria asociativa y anulan el sentido del oído con interferencias acústicas monocordes personalizadas. Al

cabo de unos cuantos días completos de obsesiva actividad indagatoria nadie recuerda cómo empezó aquello, nadie asegura que haya visto lo que creía ni que sienta más miedo o fatiga que curiosidad o fastidio. Pero se mantiene el sonido, prestamente en la respuesta y en el recuerdo; diríase que el episodio se resume en un sonido intermitente, perdurable, ladino, de autor ficticio. Así empieza y así acaba. Un sonido.

Quería llover al caer la tarde.

“Patrañas, cuentos de chimenea”.

Mónica Uve negaba con la cabeza al descender la ladera, con Felio a lo suyo, mordisqueando un tallo verdusco y la atención dirigida a los pies. Estaba contrariada (insegura de su versión de los hechos) y presa de una excitación nada coherente con su habitual estado de ánimo. Pudiera ser consecuencia de las vacaciones en un medio lesivo para una urbanita declarada, aquello (se refiere a Váel, a la Casona, al juego de las leyendas, a las apuestas gastronómicas del orondo Juanito) estaba bien para Felio y los epigramas de su amigo Raimundo Siles en su inconsciente romántico. Pero ella estaba consagrada a una realidad superior: “Me oyes, Felio; quiero saber más, estoy a medias y eso me pone muy nerviosa. Me convierto desde ahora en una insufrible compañía monomaniaca”.

Lo reconociera o no, también para ella era un juego, con el nombre que quisiera darle. Se obligó a recomponer su imagen y a escarbar en el piso falso. Tropezó al cruzar un puente de madera, tropezaron ambos en el frágil equilibrio de los maderos atravesados, resbaló al tomar el camino que conduce a la parte posterior de la Casona, resbalaron ambos por la vía vegetal que

aísala las dependencias privadas de la Casona. Mónica Uve, mohína, le daba vueltas al enigma (ahora ya lo era con todos los pronunciamientos), retiñía en las sienes un sonido agudo, sibilino; un sonido, ninguna imagen, nada. Felio iba a lo suyo, parecía satisfecho, a ratos apoyada su mano en el brazo de ella. Le dijo: “No hay prisa”.

Le dijo: “Lloverá esta noche”.

Le dijo: “Abrígate”.

Salió de la habitación número cuatro convencida de que era eso lo que tenía que hacer. Felio dormía, seguramente ajeno al trajín de la insomne pesquisidora, en el momento profundo de encuentro con lo que uno es fuera de la apariencia. Más allá de la habitación llovía como suele en la zona, como él le recordara durante la cena cuando ella orientaba la conversación hacia el origen del vínculo con Váel (Felio se lo había explicado varias veces semanas atrás, a la manera de Felio), con el artista (le había dado alguna pista recientemente, era obligado antes de conocerlo), con la leyenda, por la causa que le mantenía como juez y parte en la aventura que ella iba a emprender, a la que era empujada por una intromisión insospechada. Y su fácil acomodo al reto.

Juanito el orondo disfrutaba sirviendo porciones de imaginativa cocina en vajilla decorada a mano, y demandando opinión sobre su tarea restauradora con idéntica insistencia a la de Mónica Uve con los seres elementales. Pero lo que le contaba Felio de manera epistolar, deliberadamente pausada, era insuficiente para su aspiración: no hay aventura sin riesgo, no hay magia sin truco ni arcano sin contrapartida.

Llovió de madrugada. Llovizó agua nieve la siguiente. La voz sonaba húmeda, discreta, a verlas venir; la imagen, difuminada y ambivalente. Nada. Por la mañana renacía el color, era más fácil ir de una parte a la opuesta, andaba ligera, corría, chapoteaba. Noche y día, pájaros navegantes, aves de fuego. Le cosquilleaba el oído el ulular del solista y el chisporroteo apacible de la leña seca en el hogar, las medias vueltas de Felio en la cama, tantos murmullos enajenados a la intemperie. Precipitada entre dos luces volvía al cuadro incompleto del artista para comprobar que seguía allí (igual que Felio seguía en la habitación), que el sonido es viento y el ave es fuego, todo en un espejismo; no, no todo es un espejismo. En la leyenda sí hay una mujer. En el sueño había una mujer. En los cuadros de agua habitan los sexos complementarios.

A Mónica Uve le ardía la cara, la parte descubierta del fantasma, le asfixiaba la bruma y le presionaba el ridículo a intervalos de tabla cristalina. En el cuadro de Raimundo Siles, el paisaje incompleto de una leyenda deformada (concibió esa idea forzando la memoria crítica), la voz es viento, viento cambiante, viento rebelde y travieso. A Mónica Uve se le llenó el cuerpo de viento a la deriva y así recorrió cuantas distancias, de día y de noche, marcaba su atolondrada brújula. El cuadro de agua, la pincelada de viento, el ave de fuego, Váel. Cayó rendida al clarear de una mañana hospitalaria, la ropa delatada por las cazcarrias de las continuas incursiones, Felio dormido, la leña agónica. ¡Qué agradable calor! Qué nuevo fracaso. Severa reprobación la del espejo.

Felio daba medias vueltas arrastrando la ropa de cama, el embozo alto, la manta baja. Silencio. Felio

continuaba en la habitación como una nota al margen que se lee tarde, deprisa y mal. Mónica Uve tenía sueño, el reclamo del sueño, sucumbió al placer mundano del sueño, durmió las horas que quiso el sueño.

Volvió al bosque a recobrar la cara y el resto. Dormía profundamente al desperezar la mañana. Continuaba dormida al languidecer la tarde. Y al apuntar la noche siluetas sobre la almohada. Poco después Mónica Uve regresaba al origen impulsada por la voz que no cesa; a través de un mundo esbozado, nuevo de puro antiguo. Era ella como a sí misma se recordaba antes de asumir el reto. Era ella, sin duda, precedida del masculino Obo y la femenina Limli. Les escoltaba donde fueran, donde la llevaran por entre la leyenda. Era ella detrás de los seres fugaces que al perseguirlos sin tregua, que al intentar atraparlos con espíritu científico (según la manera geométrica, a la manera de resolución o análisis) desaparecen como si jamás hubieran existido salvo en el imaginario común o en la acotada dimensión de los símbolos y las alegorías. De regreso al bosque inexplorado (un bosque, cualquier bosque, todos los bosques de Váel, únicamente en aquellos bosques), una milicia de cariátides sosteniendo la bóveda universal jalonaba el paso de los Señores del Mundo, y detrás Mónica Uve con la identidad de cariátide de menor rango, espejada por y desde los flancos: “soy yo... esta soy yo... también soy yo... me repito a cada paso”. Señalada por el coro acusador de tono único. Sonido, multiplicado por mil igual a sonidos; coro de voces blancas interpretando al perfecto unísono el cántico de la atracción: *Ya llega la número...* Figuras albas reluctantes a la ofuscación:

Pronuncia tu nombre a la Piedra de la Luna... Entonces, cosa de la empatía, asociación de escenas con vínculo, pormenores de una memoria aguzada, panoramas adyacentes; entonces Mónica Uve chascó los dedos porque vislumbraba en la linde de la Casona al perro número... Qué descaro el suyo, distraerse en el ceremonial, con todo dispuesto para la iniciación. El perro, cuyo número no se recuerda al revolver con allegada mano el enfurtido pelaje del pecho y el cuello (llovía, la lluvia antigua había bañado al perro husmeador en su reflejo divagar nocturno), rozó el contorno extremo de la aventurada atraída, expelió aliento al tercio inferior de la cariátide móvil como quien reclama que el dulce vaivén siga un rato más, no te canses aún, hasta que el baño sea de Luna, hasta que el beneficioso influjo de la Luna (invitada al acto por una humana ansia de curiosear los entresijos de la ficción) alumbré en toda su mística extensión el bosque de alba periferia y las ignotas estancias de los Señores del Mundo. Mucho pedir era ese. El coro de voces blancas de luna elevó su última, idéntica nota a la divisoria del horizonte o el confín del abismo o la frontera de la percepción, y el perro número... con buen criterio y paso que seguro pisa retornó al refugio con el rabo a media asta, por si acaso el fragor del coro al despedirse trocaba en fragmentos cortantes que alcanzan sin distinción de protagonismo a los incautos en tránsito; por si acaso el sonido omnímodo, a cuyo fin se asiste con el alma encogida y el respirar tardío, con las pupilas dilatadas y el músculo tenso, abraza tan fuerte que además aprieta, asfixia, rompe: *Te has asomado al paraje incierto...* El beneficioso influjo de la Luna. Los Señores del Mundo, Limli y Obo, los

Seres Elementales metidos en el sueño. La Luna esparce magnánima la voz unificada del bosque: *Corre sobre el musgo, acaricia el aire que respiras y sueña dulces aventuras...* Monólogo del camino blanco que asciende sucesivo intercalado en la custodia del coro angelical. Sola, a solas. Vereda empinada de trazo irregular, sinuoso, fingido; el bosque disminuido, claros en el bosque: *¿Cómo se llega hasta aquí?...* Mónica Uve pasó sin ruido de la noche al trasluz, de la umbría precedente, de la fronda húmeda, de la inicial curiosidad en venerable procesión al calvero izado ante el abismo: *Viajero perdido, otra vez perdido...* Mónica Uve soñaba el sueño que persiste, la aventura intemporal, el recuento de habitaciones en secuencia de puerta y pasillo, de elipses excéntricas mecidas por el aleteo firme y constante del Avefuego antes de posarse dignamente en el remate del Árbol de las Hadas: *¿Cómo has llegado hasta aquí?...* La inmensidad del vacío más allá del brusco final de la pendiente, de la furibunda majestad del viento, la postrera figura de fúlgido paraje: *En el inicio de lo que nunca acaba...* El Reino del Avefuego: *¿Quién te ha traído aquí?...* Mónica Uve sabía que era ella la sacrificial dama del abismo, vestida para la ocasión; se descubrió en el impertinente ojo rotatorio del pomposo bitango, ahijado del Avefuego: *¿Te has perdido en este bosque?...* La dama atraída por el abismo miró directamente al cuadro con expresión de disgusto. Era ella a un paso del precipicio, casi suspendida en el aire, cercada por vetustas raíces y ramas caídas por el abrumador peso del tiempo pretérito, aún indecisa. Era ella como se recordaba la víspera, o antes, cuando se dejó llevar por el sueño; o antes, cuando el perro de la Casona la saludó

con un suspiro amistoso mientras ella ladeaba la cabeza para acogerse al incógnito; o antes incluso, con la ropa manchada, las uñas sucias, el caminar desmañado. Mónica Uve hizo amago de protesta y su homónima ante el precipicio dio un respingo que nada anuncia. El pájaro bitango descogió las alas para impresionar a la intrusa; nadie espera eternamente siquiera el mayor anhelo: *¿Eres tú la viajera extraviada? Brillan ojos en la sombra, ruge la fiera, se estremecen las entreveradas ramas de los árboles. Canta el viento... Voces. Un paso en cualquier dirección y: Continuará adormecida en un delirio hasta que el cielo le susurre...* El ulular del Avefuego, el coro de las cariátides, el camino que acaba donde empieza. ¿Cuánto de cierto dispensan los sueños?: *¿Es este tu lugar?*

Del bosque cercano llegaron sonidos de otro día.

Felio paseaba dos metros por delante del comunicativo perro de la Casona, la luz matinal era suave y traslúcida; los dos, el perro y Felio, habían pasado una buena noche sin recuerdos ni advertencias que tomar en consideración. Un velo de aire rozaba las puntas de los dedos y las orejas de Felio. El perro de la Casona escarbó un improvisado retrete junto a la albarrada; luego, acendrado, lo cubrió con la misma tierra previamente desalojada. Continuaron los dos el paseo, cada cual a lo suyo, con la respectiva idea primera en el otero y las subsidiarias obsesiones en franquicia.

A ratos paraban, primero uno y luego el otro, a no se sabe bien qué, el perro por delante fijando sus ojos incipientemente entelados (los años no perdonan) en algo que llamara la atención del instinto; Felio

depositando el consabido desenfoque en una reflexión sobrevenida, transigente con la interrupción, quizá alentándola. Y ambos, primero uno y luego el otro, con una mirada de soslayo que reafirma el propósito inicial, convenían en seguir por el mismo camino que no era nuevo pero así resultaba al efecto, cada cual a lo suyo pero implicados en la mutua protección.

Los miopes ven la vida difuminada, según el número de dioptrías así es el volumen de borrosidad y dispersión. Los miopes ven y no ven lo que miran. A la visión de los miopes afluye lo que se ve, lo que se recuerda, lo que se imagina y lo que se supone. Los cortos de vista ejercientes interpretan el mundo desde el envoltorio y sólo esporádicamente quieren alcanzar el núcleo. Felio es del tipo de miope que utiliza las gafas en circunstancia de riesgo a terceros.

Mónica Uve dormía en su cama de la habitación número cuatro, con la respiración pesada e inconstante, acompañada de árboles relictos y profundas lagunas de superficie inquieta por la autoridad del viento ubicuo; ese viento que al acosado clava en el recelo y le ahonda la sospecha.

Despertó Mónica Uve el día después, tras la sacudida que anticipa el retorno de la inefable experiencia. Pero antes de abrir los ojos, de tomar conciencia de un día vivido en otra dimensión y de enfrentarse abiertamente a esta, aún transitó unos minutos por un paisaje teñido de níveo color, festoneado de blanco hasta donde podía extender los brazos: unos brazos de enorme envergadura (como alas de ave imperial), con las manos picudas y arqueadas (semejantes a garras de tamaño equivalente). El resto del cuerpo en blanco,

vestido de blanco o pintado de blanco. Sin facciones reconocibles, sin voluntad a la que asirse. Mónica Uve yacida, apagados los rescoldos de calor en la chimenea, sobre su cuerpo blanco (de lienzo blanco, de paño blanco) circula un tren de largo recorrido haciendo sonar su silbato. Pitido agudo que aturde. Sale del túnel, entra en el túnel, jadea al afrontar el repecho, desciende liberado de freno superada la eminencia de un terreno excavado a golpe de mazo; sube, baja, entra, sale, chirría, pita; desconsiderado tren, ruidoso.

Mónica Uve desencogió las piernas despacio. En alguna parte silbaba la cafetera, le cosquilleaba la nariz al sobrevolar el aroma penetrante del café su cuerpo amortajado con sábana blanca de hotel. Notaba la garganta seca, tenía sed, urgencia de agua fresca. A ella le disgustaba el café, recuerda. No, eso era antes; empezó a tolerarlo hacía dos años y Felio nada tuvo que ver. Felio no era un entusiasta del café. ¿Por qué recalcaba su nombre? ¿Por qué acudía el Felio invocado a la primera cita consciente del día? ¿Por qué continuaba ella en la misma habitación? Era un temor difuso, por calificarlo de alguna manera inofensiva para ella; Felio no había abandonado la habitación compartida, no podía acusarle de haber salido en busca de Limli. En su descargo y para mitigar la mala conciencia por esa velada acusación (comportamiento innoBLE) se excusó alegando que no era la ocasión propicia estando ella en Váel por primera vez, con Felio de anfitrión. Dos noches antes estuvo a punto de ocupar la habitación número diez, resuelta a la independencia de acción y al juicio apresurado. Fue un arrebató infantil abortado a tiempo. ¿Cómo se hubiera justificado ante Felio, y cómo él hubiera encajado y dado cuenta

a los demás (tendría que explicarlo, naturalmente) de un comportamiento tan, digamos, inmaduro? “Es su carácter, veleidosa, atrabiliaria; a mí me gusta como es”. Qué va. Felio no era así, pero tampoco lo contrario. Estúpida aventura.

Estaba despierta, consciente, íntegra, reconocible al tacto. Esto hizo al borrar el capítulo precedente, palparse, no sin cierta precaución. Los sueños prolongados, obsesivos, insolubles con el agua de la ducha, dejan un poso que invita a meditar. “Algo no cuadra”. Las historias de Felio, mejor dicho, la ausencia por vacaciones de la voz de Felio contando lo que le viniera en gana. Echaba de menos el abundante anecdotario de Felio, su ocurrente recurso al estadillo, por no adinaba qué extraño razonamiento de orfandad.

Sintió la punzada del hambre, casi tan aguda y molesta como el silbido del tren despejando la vía de obstáculos mudables; debía posponer todo hasta satisfacer tan básica necesidad. Había pasado un día físicamente en blanco (lo descubrió desayunando). Metida en la cama, sin rumores en derredor, tampoco Felio al lado, cerca, frente a la chimenea o asomado a la ventana deleitándose con el agua del primer manantial, había hollado un camino incierto, virgen o casi, muy acompañada de nadie identificado, dirigida y a tientas.

A través de las ventanas de la Casona se observa un mundo de agua y aire. En Váel el silencio es la voz del aire y el agua. En Váel nadie está solo si sabe escuchar. “Una nunca puede estar segura de lo que siente cuando se pone a prueba”, convino Mónica Uve echando a andar por donde Juan el de la Casona, atento y servicial como corresponde a un amigo, le

indicó que encontraría a Felio. Sin prisa y con ganas de moverse, bastante repuesta del paréntesis, pero sólo a medias zafada del manto de la vergüenza, se concentró en habilitar los músculos faciales en forma de sonrisa creíble. Quiso ensayar el saludo: Lo siento, Felio; oye, no sé qué me ha pasado. (Por ejemplo, aunque acto seguido exteriorizó su desagrado por lo vacío de la declaración). Tras devanarse los sesos en condiciones adversas resolvió escenificar el reencuentro pedestre, como si fuera necesario, un detalle que lo facilitara desde lejos; a decir verdad no había pasado gran cosa y ambos tenían motivos para disculparse y perdonar lo que fuera según la conveniente teoría de la culpa repartida.

Cuando Mónica Uve hablaba consigo entre bambalinas convocada para alcanzar una solución de emergencia, con la certeza de proceder correctamente en situación anómala, y se consumía vagando y tropezando en el desvarío, donde nada es lo que parece, donde ni tan siquiera hay espacio para rectificar y salir airoso del trance, donde se requiere de innata destreza para encajar los golpes del adversario invisible y manejarse entre las turbulencias de la imaginación desatada, creía ser víctima de una traición consentida por su voluntad. Y nuevamente afloraba al rostro la mueca de disgusto. “Váel está lleno de fantasmas”.

La puesta en escena venía anticipada por el sombrero apuntado, regalo de Felio. Él usaba a veces un sombrero de ala grande recogida por uno o ambos lados, verdoso con cintillo amarronado, militar. A ella le gustaba y aseguraba que les quedaba bien a los dos y por eso o por otra razón inconfesada él le compró uno parecido, aunque ella habría preferido el de Felio

porque en ese sombrero advertía el carismático distintivo de lo propio. Pero Mónica Uve venció el impulso de pedirle que los intercambiaran (él podría donarle el segundo de sus bienes a cambio de nada, a cambio de hacerla feliz con su altruismo) en virtud de lo que compartían, por lo que agradeció el obsequio relegándolo a la maleta. Final de la primera parte. El sombrero apuntado fue inopinado tema de conversación durante unas semanas porque Felio, muy en su papel, pretendía averiguar en línea recta el deseo de Mónica Uve. Quizá porque era un regalo forzado, un capricho. Qué va. También llevaba la cadenilla de oro que fue de Felio hasta una ventosa tarde de playa en el ocaso estival. A Felio le atraen las mujeres con tocado, a ser posible de corte femenino; Mónica Uve prefiere eludir las sutilezas de género y la consiguiente discusión en cuanto a la forma de lucir o simplemente llevar cualquier prenda susceptible de juicio contradictorio, aunque fuera un sombrero cómodo, práctico y sufrido, que únicamente calaría hasta las cejas en caso de tempestad o anuncio de peligro inminente.

Felio desvió su mirada hacia el sombrero y afirmó suavemente con signo mímico, en el día después.

“¿Me lo vas a decir?”

Susurraba Mónica Uve. Presidía el ambiente un secreteo de aire y agua que acotaba instintivamente el timbre de voz, silenciando el traqueteo del tren próximo a la estación término. Pensó en saltar en marcha y lanzarse a la carrera al encuentro del intruso divagando con un perro en el andén. “Tienes que decírmelo”. Podría llegar a un pacto con Felio: “Te cuento lo que he visto y tú me explicas lo que sabes. Te

cuento con quien me he encontrado si tú me dices a quién buscas”, un contrato mutuamente productivo.

Empezaba a creer seriamente que no se trataba de una asociación de imágenes fomentadas desde la su-gestión, una casualidad, un lance de juego sin apuesta, un sueño con figuras de alabastro distribuidas en ana-queles para gozosa contemplación o venta a coleccio-nistas; aunque todavía distaba de considerarlo como la sinopsis de una profecía en guion de un visionario. Estaba hecha un lío. Repetía para sus adentros que nada era real salvo el marco, presto a cautivar y a con-fundir al impróvido. Felio le invitaba a seguir hacia el Noreste, ¿por qué esa dirección? El perro abría ca-mino olfateándolo todo, animal, vegetal o mineral; el perro hacía buenas migas con Felio que por rescatarlo del anonimato y de la numeración funcional lo lla-maba Mos (segregación de la segunda sílaba de va-mos). El perro respondía al nombre acercándose a Fe-lio en orden de partida.

Seguramente al perro de la Casona le daba igual un nombre que otro con tal de recibir afecto y consejo de amos y clientes: los perros intuyen cuando merece la pena acudir a una llamada. El perro Mos atendía las frases estudiadamente pronunciadas de Felio cuando explícitamente se dirigía a él enfocando su mirada tristona ligeramente enrojecida, parados o en movi-miento de ida y vuelta hacia la Casona. El mestizo pe-rro Mos era respetuoso escuchando y decidido en su turno de asentimiento o discrepancia, la edad no le mermaba carácter.

Mónica Uve detesta refugiarse en pretextos para abordar un tema. Pero ciertamente era demasiado ca-racterístico el silencio de Váel para su gusto. De día o

de noche, de no mediar voces, la diferencia era mínima si alguien quería escuchar. El propio silencio expectante reproducía a elevado volumen el ruido interior: qué fastidio. “¿Entiendes lo que me pasa?” Nevaba, llovía, viento racheado. Voces, el soniquete incesante, el murmullo inquisidor; no había silencio para Mónica Uve. Imaginaba que ya bien entrada la noche se había asomado a la ventana a echar un vistazo. Ahí estaban, quizá esperando o provocando, las estatuas en línea y la sutil invitación a sumarse al coro.

Se quejaba del silencio: “Demasiado, de día, por la noche; me cuesta descansar con tanto sosiego”. Quería dormir para dar réplica al mundo quieto. Falso: el mundo habitaba la dimensión vecina, bastaba dejarse llevar por el sueño o lo que fuera que menudeaba de suelo a techo, la habitación estrechaba sus paredes. “Me asomé a ver a las exiladas, en principio no iba a unirme a ellas, pero la tentación, ya sabes, yo tampoco resisto la tentación”, así se expresaba ella y Felio asentía comprensivo. Un parecido delator, acentuado por el estímulo de desvelar el misterio. Mónica Uve sintió la coincidencia de personalidades apostadas a escasos metros de la ventana, el juego de sombras enmascaraba la distancia y el protagonismo. Había una mujer, era una mujer; había un hombre, era un hombre; y el coro multitudinario de voces blancas.

“Yo era el tren nocturno hacia la estación de Luna. Abandonamos el llano y ascendimos al último territorio; no sé si se puede llegar más lejos. Hay un precipicio, o un abismo goloso; es como si la tierra dejara de existir. Aromas descatalogados en recipientes de arcilla figulina. Váel, el Mundo, el insondable Universo, el final de la película. Pero no, o no del todo. Aparecerá

una figura estelar entre los árboles, son muchos los árboles del bosque, se posará solemne en la enramada el actor principal. La noche es un bosque inabarcable con el atrio en el supuesto centro donde convergen los míticos caminos que guían el sueño. Sé que he salido en busca de algo, no es una sospecha ni una suposición o un vago recuerdo. Tú también habías salido en busca de algo, ¿de lo mismo? Tú saliste antes, sigiloso, ágil, a la manera de quien lleva tiempo implicado en el secreto. Pero estas noches pasadas te has quedado en la habitación. Admito que te espiaba, ¡cómo no iba a hacerlo! Llegué a creer que escapabas como un furtivo, aguardando a que yo durmiera para largarte, no te veía en la habitación; de madrugada no tenías excusa para salir con frío, agua o nieve, ni el perro te serviría de coartada. Tú continuabas en la habitación pendiente de la intensidad del fuego. Obstinado en la custodia, celoso. Qué agradable calor desprende este fuego. El tiro de la chimenea funciona bien. No puedo culparte, de momento. El humo que desprende la leña al arder no ciega los ojos ni irrita la garganta. Tendría que callarme y dejarlo estar, son unas vacaciones; pero me intriga, seguiré indagando. Ahora no podré olvidar”.

Felio le había jugado una mala pasada.

Acarició al perro y regresaron por distinta ruta, al modo pactado entre Felio y Mos. Un rato de plácida comunión con el magnífico entorno, hasta que Mónica Uve le espetó en tono parejo a la acusación su enrevesado deseo por la femenina Limli, (sin mención expresa del masculino Obo ni tentaciones con similar camuflaje), le interrogó con impropia aspereza e infundada sospecha acerca del lugar de encuentro entre los

atraídos. Y más, en tono inculpador: cómo descubrió aquel paisaje, cuántas piezas componen el mosaico de Váel, quién dirige el coro, qué pinta cada cual en la leyenda, dónde se vela la prueba irrefutable.

Limli la seducción femenina y Obo el seductor masculino. Váel, su exuberante encanto, su enigmática música de instrumentos elementales subyuga y cautiva.

Mónica Uve mimaba al perro Mos durante el entretenido regreso a la Casona.

“¿Me vas a decir en qué estoy metida?”

Algunas aves vuelan como un fuego avivado. Ante la mirada atónita del espectador se posan en el aire o en las ramas de los árboles doctoradas por el viento con afrentosa suficiencia; es un forzado suponer que moran los riscos inexpugnables a la curiosidad. Vuelan en vertical, como el fuego espabilado. Las que gustan de volar alto, muy alto, más alto, contienen en su ser aire fogoso; suspendidas en el aire provocan a la eternidad medida a ras de suelo.

Mónica Uve quiso creer que, pese a la indebidamente enfilada batería de preguntas sin respuesta, de suposiciones y prejuicios macerados en el insomnio nadie la engañaba con una verdad obscena suma de contradicciones amparadas en la leyenda; un suspiro de posesión estética. Sentimental melancolía que dirige la mano, los labios, la antepenúltima intención. No había atisbo desesperado en Felio. Ella quería imaginarlo rendido, o casi, desconcertado y en puertas de la confesión dilucidadora. Es para ti, te la dedico. El viento habla con voz circundante. La voz del agua embelesa.

Mónica Uve y Felio sostuvieron una interesante aunque breve sesión de lectura de actas preliminares. El viento y el agua no fueron creados. Lo que jamás nació nunca morirá. Mónica Uve perfilaba su futura estrategia, mentalmente componía una desiderata para recitar en el océano crepuscular. Trabajoso afán. Aquel silencio omnipresente, silencio sonoro. Ardua tarea de reafirmación. Un tren de largo recorrido partió de la estación puntualmente. Al viajar se conoce, se vive, se renueva la psique y se aprende. El tren partió a su hora, la pasajera ocupó su asiento de ventanilla. Conveniente desfile universal.

En una porción de Váel apenas frecuentada los caminos son cavernosos. Cualquiera podría pensar que Felio y Mónica Uve murieron al amanecer en la habitación número cuatro, a la manera elegida, y que resucitaron a la hora de la cena en el comedor de la Casona. Un público absorto aclamará la muestra estatuaría en las inmediaciones del lago origen de la leyenda. Váel es una postal de nieve, agua, viento, escalonada acumulación de conmociones que ascienden notablemente. Sonidos, melodías, música de instrumento solista. Partió un tren de largo recorrido hacia el ámbito de las estrellas extintas que titilan con gracejo sensual en el incontaminado firmamento. Cercas de espiral nebuloso orillan la espectral madrugada. Abstracciones de mente embriagada por la recuperada ficción. Musgosa alfombra tendida homenajea al veterano perro Mos. Sombras de fuego y lluvia recortadas contra las paredes de la habitación número cuatro reciben a los huéspedes con servil cimbreo. La Casona subasta a un público adicto los cuadros de agua y viento. Colores desmayados a la luz del fuego mínimo. Exposición

permanente, precios a convenir.

Los miopes vemos la vida con indulgencia, declarará Felio tiempo adelante. En el proceso de apelación.

“Me voy mañana”, anunció.

“Yo también me iré mañana”.

Nada que objetar

Regreso al infinito. Esta es la estación término de un tren de largo recorrido.

Felio atiza el fuego con un badil.

De aquel instrumento solista descollante en el entreacto (ha llovido mucho desde entonces) brota a intervalos que Felio atiende en el palco de platea una serie de notas acuosas: Es una canción, es la letra coral. También, aovando la escena, las mismas notas del virtuoso: Es el eco. Satisfacción, complacencia en Felio.

Las cosas (¿algunas, la mayoría, todas?) son como son, existen sin más. Qué habrá de cierto y decorosamente asumible, y cuánto de entrega al pérfido antagonista en tan simplista reconducción. Felio no lo sabe. A una cuestión hospiciaria personal no debiera endosarse una contestación personal capciosa. Escucha, sigue tocando; escucha, le contestan. Esto se repite, las notas que dan la réplica orbitan concéntricas.

Felio es perseverante y persuasivo. Recuerda (qué propicia ocasión) cómo eligió (sí, este es el verbo) a Mónica Uve en una vuelta de hoja. (¿Hace cuánto? No te lo diré, qué te importa). Infinidad de momentos catalogados por intensidad y poso, abrigados por la pelerina de las vísperas. La memoria (es ella, juez y verdugo) proponiendo el magnífico pasatiempo del todo o nada. Tú a lo tuyo, amigo. Avivar la lumbre con el badil es tarea relajante, de cara a la luz trémula sin que enfrezca la piel o escuezan los ojos. Felio admite sus dependencias mientras las paladea.

Que no agonice el fuego, que no cese el hogareño

crepitar de la hoguera, que no arda violentamente el trashoguero ni los recuerdos ni el papel que la cesión de Prometeo consume según le remiten.

Regreso a Váel.

Imagen clara se acerca, imagen oscura se aleja.

¿Dónde está el perro con el que sueles pasear por los enérgicos caminos de Váel? ¿Cuál es su ordinal identificador? Podrían preguntarse a qué distancia han quedado.

A Felio le gusta dar excusas al perro Mos para salir de paseo.

La habitación número cuatro desprende una agradable calidez de chimenea limpia y alimentada. Mónica Uve hace poco que ha llegado; llama a la puerta y presenta la cena: un carrito de dos pisos con dos bandejas, un jarrón de esbelto cuello cobijando las flores silvestres rociadas con el agua del primer manantial, una botella de vino tinto con marbete nobiliario, la cadquilla de oro a doble aro en la muñeca.

Ella le comenta si ha visto los cuadros que decoran los pasillos y las paredes, como si no lo supiera; le pregunta dónde ha pasado el día y de quién se ha hecho acompañar: Raimundo Siles, Juan el de la casona, el perro Mos, como si no lo intuyera. Y sopla el rescoldo de un leño escapista. Me gusta, dice.

Felio dice: me gusta.

Ha ido bien, dicen.

Las luces de la transición retenidas por un observador engréido. Dame tu mano, toma la mía. No nos hemos perdido, aún. El aliento índigo de la noche que absorbe las turgencias de Váel, panoplias de fuego en los salones y antiguos conocidos vestidos para la cena. Una pincelada de viento exorna el pequeño mundo y,

probablemente, devasta el gran artificio mediático; es un cuadro de memoria. Decide Felio que era justo, hermoso y valiente departir con el instrumento solista recreando la vuelta de hoja. Así debe ser la eternidad, una espera liberada de impaciencia, un cúmulo de anécdotas esgrimidoras sobre la alfombra que recibe a los bienhallados. Un sorbo de ambrosía y un soplo de aire.

Prueba, dame, toma, dime, mira.

Respetando los turnos de palabra.

La inundación de informaciones teledirigidas produce una atrofia de la sensibilidad y un progresivo agotamiento de la inteligencia. Es la voz de Felio elevando la acusación a la más alta instancia: el sentido común. Mónica Uve habla de la razón como argumento de la verdad secuestrada. Mónica Uve también eleva su acusación al colegio de sesudos tribunos.

Las pequeñas cosas aparentemente desvalidas surgen con su modo ingenuo e indefenso. Nosotros nos hablamos, vosotros os hablasteis, ellos se hablarán. Es nuestra voz la que escuchamos. Vamos a ser vanidosos con nuestro acuerdo.

En Váel cimientan las leyendas.

En todo hay leyenda, asegura Felio.

El producto del sueño, lo que se ha soñado arrugando las sábanas de la habitación número cuatro de la Casona o en cualquier otra parte del globo, no tiene porque diferir de esa realidad palpable en un mapamundi. Al soñar se habla, se gesticula y se vive con fidelidad y no menor precisión los sucesos de este mundo. Aceptada la disociación, uno se siente dividido en dos o más partes. Cuando dormimos todos nos transformamos; pero ser dos cosas a la vez estando

despiertos y en activo es excepcional.

El perro Mos cuando olfatea la excusa recarga el depósito de la itinerante posesión y sale al camino un paso por delante de Felio.

La mascota juzga

Observa con oficio lo que percibe y atisba por instinto lo que presiente. Es una vigilancia pródiga la de la mascota. Es una misión de lealtad indelegable, un sinvivir agotador, que cesa momentáneamente cuando las tribulaciones de toda índole conceden un respiro; breve pausa reparadora entre informaciones y comunicados pendientes de clasificación.

La vida es manejable a golpe de vista y olfato si uno reconoce cuidadosamente el terreno antes de tomar posesión. Con tiempo, calma y cautela. La repetición de la conducta que venció una dificultad similar y la activación permanente de la alerta son poderes inestimables. Tanteo y husmeo. Conviene inspeccionar la superficie minuciosamente, al puro estilo sabueso, incidiendo en las oquedades y demás accidentes de cualquier medida. Visto bueno, siguiente capítulo. Establecido el puesto avanzado las complicaciones pueden surgir a retaguardia por la innata curiosidad, a veces hostil a veces provocadora, de adversarios y afines; hay que asegurarla con marcas de identidad durables y un centinela insomne de máxima confianza: uno mismo pertrechado con sus naturales defensas. Paciencia y constancia. El trabajo bien hecho tiene la recompensa de unos minutos retozones y anestésicos en el territorio expugnado, ondeando a los cuatro vientos la vanidad del conquistador; haciendo oídos sordos a esa acusación extranjera que achaca aburrimiento al avisado.

Desde los parajes predilectos, a solas o en buena

compañía circunstancial, los riesgos parecen llevaderos y los errores naderías, el apetito se sacia abriendo la boca y la sed lengüeteando el impoluto hontanar. La vida, entonces, es hermosa y fragante. La vida, en ocasiones, es placentera si los peligros y las carencias habituales quedan muy lejos y para la competencia. Aunque la vida, al igual que la confianza, sea efímera.

Quizá por esa razón sea tan interesante la vida. Aunque esto se valora después, al canjearla por manutención y seguridad o, simplemente, al perderla.

Hasta las comodidades llegan a cansar con los años. Pero se añoran cuando se carece de ellas. Es verdad que una dosis de imprevistos y desajustes entona el cuerpo y la inteligencia, desentumece los músculos y afina la percepción. Sí, lo anterior es innegable, pero se aprende a destiempo, fuera de juego, extenuado del viaje. ¡Vaya fiasco! El vientre pegado al suelo, el hocico arañado por una mata espinosa, la lengua áspera, las orejas gachas, el rabo inhábil, la mirada huidiza, los compañeros prietos y minúsculos, la derrota prendida al cuello, el miedo clavado en las costillas. La secuencia de cierre. Lo inevitable destila una resignada complacencia. A fin de cuentas ha sido un viaje estupendo, acogedores amigos; yo me quedo aquí, tú sigues, ella vendrá a suspirar por lo que hubo. A mí me gusta la sombra de este árbol solitario. Cuídate, sé tú mismo, no me olvides, no me olvidéis. Vosotros os vais. Buen viaje al osero. Sarcasmo en la colina del adiós. Paradoja. Las despedidas se suceden entre los vivos.

Los acontecimientos se precipitan o esa es la impresión que da. Aquí y ahora la visión es diáfana, sutil el juicio, mágicamente han desaparecido los fundados temores y se han cancelado los resentimientos. Al otro

lado impera una actividad delirante, pecuniaria, y un mobiliario opresor. Visto desde esta perspectiva ya nada sería como fue, mejor pasar página sobre el trono almohadillado y rendir culto a la deleitosa indolencia recontando los agradables episodios del pasado, uno a uno, como el que viaja en asiento de preferencia con la suave brisa del mundo libre en la cara; espléndido paseo de ida a todas partes. Bien servido, bien tratado.

¡Qué satisfacción haberlo conseguido!

Al otro lado, no importa la bondad del observador, el viaje se ve siempre de vuelta. Monótono, frenético, castigador. La eterna inmovilidad del ausente no es tan aburrida como algunos piensan, aunque se eche de menos el roce mimoso y la palmadita afectuosa, las breves conversaciones impregnadas de secretos y chismes y esas contagiosas fantasías en las que uno se convierte en otro muy dispar en hechos e intenciones, y corre mil mundos en sendas aventuras con finales improvisados y generalmente apetecibles como las golosinas. En la ficción el límite lo marca el talento para fabular del autor y la connivencia activa e ilusionada del escuchante.

Claro que no hace falta complicidad para dar rienda suelta a la imaginación. Ni para hacer acto de presencia, por supuesto inesperada y con su toque desestabilizador, en mitad de la sala, sobre la mullida alfombra de la habitación o en un rincón predilecto del jardín trasero. Reunión de fotografías pulcramente colocadas en la repisa que empañan la memoria. Y en lo alto de la vitrina repleta de frágiles objetos valiosos, presidiendo hitamente, con ojos quizá comprensivos, sin duda distantes, la talla cerámica del extrañado. Fina estampa la del amigo explorador. El sitio de la

mascota. Así nos ven cuando no estamos físicamente presentes. Nosotros vamos, ellos vuelven. Seguro que cunde la nostalgia al mirar hacia arriba, por casualidad o con propósito, y se promete sacar más a menudo el polvo para evitar ese brillo falso y delator en el inerte cuerpo. ¡Hasta siempre, amigo! Es una voz sincera. Lo pasamos bien. Vivimos esta vida como mejor supimos. Las miradas coincidentes, la confianza en voz baja; parece que nada ha cambiado ni va a cambiar en el inmediato futuro.

El viaje en el mundo conocido suele ser apresurado y de vuelta.

La mascota está convencida de haber conquistado una tierra virgen, reveladora y fecunda en entretenimientos. ¡Qué bien se ve todo desde tan magnífica atalaya! No es que quisiera abandonar este mundo de ceguerras y utopías, con sus egoísmos, adoquines y asfalto, con sus maravillosas caricias de hierba y viento, sus nubes abultadas y sus raptos olorosos dondequiera. Por citar la parte positiva. Las cosas suceden según el cómputo magistral y hay que aceptarlas con buena disposición y renovada curiosidad. Aire libre. Viaje de ida.

(Cuenta Felio)

Aunque el perro traía mala cara salimos los dos a por unas ráfagas de aire verde, es un decir, bajo un cielo encapotado y una atmósfera zumbadora. La gaceta del marasmo, órgano oficioso del colectivo amedrentado, publicaba otra noche de repasos, imprecaciones y pareados ultrajantes. Embriagarse para sobrellevar la sorna de la guerrilla era subjetivamente

estúpido, ineficaz a la corta e insolidario con el perro y los abstemios. Teníamos que deshacernos de aquella afrenta cotidiana: o pergeñando la réplica o trasladándonos al pabellón de enfermos por crisis enervante.

Aparte de este asunto trillado y hediondo, de buena mañana nos dimos ánimos para hacer frente al negocio que nos hormigueaba en las extremidades: a ver si nos hacíamos con el codiciado trofeo. No recuerdo cuántas veces lo intentamos con resultado descorazonador. Hoy, sí, nos unguimos esperanza; hoy era la jornada memorable. Me había levantado de la cama cansado y mohíno, pero, quizá para contrarrestar, con la nutricia sensación del éxito inminente. Y también, lo confieso, con la de sincerarme sin estorbos ni prejuicios con el perro. Sí, los dos estábamos resueltos a alcanzar el final de la calle. Aunque su aspecto era elocuente: la mirada acristalada, el perfil ligeramente corcovado del que no sabe si aguantará y la posición retraída de las orejas aun estando con su aliado. No obstante y de mutuo acuerdo, en la explanada que abre, o según se mire cierra, la calzada de los gigantes, decidimos aventurarnos hacia el más allá.

Traga saliva, amigo. El desafío: una recta implacable, desaforada, cansina y urbana. Nos fulminaba antes de poner el pie y la pata sobre su obscena longitud. El riesgo de ahogarse en su inmensidad es grande; uno no sabe si avanza o retrocede sin instrumentos de orientación en el océano. Le dije al perro que nada nos obligaba a cruzar el desierto, sencillamente nos daba la gana buscar acción y un puñado de respuestas, porque nuestras respectivas personalidades demandaban lucha y fama pese al vientre movido y la cabeza espesa. Amigo, esta calle se traga un ejército, susurré:

“Dejadlos que pasen, no llegarán nunca”. ¿Oyes la risa?

Teníamos arrestos para hacer oídos sordos. ¡Qué brame la chusma! El perro se sacudió con fuerza expurgando pesares; estaba listo. Yo apreté las mandíbulas y fruncí el ceño para infundir presencia y determinación. Nos miramos, yo valoro el lenguaje callado, la expresión silente, la comunicación intuitiva. Aceptamos lo que viniera. Hoy, sí. La mañana estaba parcialmente cubierta, ni frío ni calor en la salida. Le aconsejé que no mirara adelante. El perro hizo caso a su manera, oteando en derredor y memorizando el camino de vuelta. Para amenizar la caminata le pedí que me contara el chisme más reciente, para relajarnos, para exteriorizar un bienestar engañoso. Paños calientes. Habrá que largarse, amigo, radicaliza la terapia. Si fuera tan fácil como proponérselo ya conoceríamos el planeta de cabo a rabo.

Los vapuleados por el azote del ruido nos solidarizamos. Tanta estridencia adrede intempestiva; pirotecnia atronadora; descargas cerradas de autoría miserable celebrando derrotas. Denunciamos públicamente esta guerra unilateral de minorías extemporáneas, antibelicistas -carcajada-, defensoras de la concordia terrenal -por la parte del sieso-, que acicalan la bulla con proclamas serviles al amo que paga y desafueros jamás penalizados. Al resto, los denunciante acogotados, la mayoría sufriente y doliente, cabreo y pesadilla: los sodomitas barrenan con estrépito y algazara los orificios sensibles, con saña y deleite, con premeditación y opacidad, con la dirección de tiro engrasada y operativa.

Durante las horas muertas, que a lo largo del día

suman unas cuantas, cuando más perjudica al organismo, restalla la marabunta embistiendo contra el metal, las papeleras, las farolas y los bolardos de plástico, sea cual fuere la festividad o el patrocinio local; querencia a las patadas y los porrazos. Yo sabía que el perro flojeaba del corazón, tenía una válvula averiada sin posibilidad de arreglo. Razón de más para maldecir el alboroto a sueldo. Y regodearme con una venganza redimidora, o casi.

Instintivamente nos enfundamos las orejas. Recorridos unos metros volvimos a quedar atrapados en una insufrible cuadrícula de calles rectilíneas. Otro enemigo en ciernes. Debíamos aislarnos del entorno.

Pasamos a la acción, camino del infinito murado. Le expuse un plan a ejecutar por fases. Aprovecharíamos la avidez del perro por los olores, su entusiasmo ansioso una vez identificada la pieza a cobrar. Perseguiría el rastro de vómitos y mugre ignorando -justa causa- sus preferencias odoríferas: comida, sexo e información. Su olfato debía pesquisar en la inmundicia para guiarnos por derrotero seguro hasta el cubil de la gentualla. Íbamos a golpear donde más duele.

El perro se dedicó con fruición al cometido, cumpliendo perfectamente la misión de comando. Yo le animaba con voz serena, frases espaciadas y gesto diligente: No nos arriesgaremos inútilmente. Saludemos al futuro junto a un compañero de correrías vitales. Maldita costumbre bípeda la de abrazarse al poste hendido. Me gustaría alguna vez lanzarme a lo desconocido sin sopesar los pros y los contras, lo que iba a hacer al momento siguiente o dónde iba a meterme al doblar una esquina; como haces tú dos o tres veces al día. Debería esforzarme en aprender. Ya me ves, con

la brújula en la mano para no perderme en esta urdimbre urbana que mortifica como una úlcera sangrante. Pero es esta calle ilimitada, sobre todo esta calle la que me sobrecoge; más que a ti. ¿Sabes por qué? Tú das media vuelta cuando quieras y yo me empecino en llegar al final a sabiendas del fracaso. Esta calle es el túnel del tiempo. ¿Tienes idea de lo que significa?

Claro que no, nadie la tiene. La ciencia nos asperja con dogmas de fe como cualquier religión: Fiaros de mi pronóstico, acabaré desvelando la gran incógnita. Una vuelta de tuerca para eludir la similitud con los antecesores. Sí, amigo; me dan arcadas. Pero tú a lo tuyo, no te importen mis reflexiones de asceta ocasional, forma parte del juego y de mi inalienable propósito de enmienda. Sigue indagando el paradero del enemigo, husmea las mefíticas huellas que conducen al círculo vicioso. Prometo costear tu desintoxicación. Qué descuidados; qué confiados. A ti y a mí nos gustan las ciudades atravesadas por un río. Tú y yo detestamos las aglomeraciones. A ti y a mí nos repelen los emisarios del Parlamento. ¿Por qué lo digo, ahora? La brújula oscila entre dos puntos cualesquiera. No me mires y continúa la inspección. Apenas nos hemos alejado del inicio. Vaya, será que actuamos hacia el origen. A ti y a mí nos atraen los montes universales, los piélagos de hielo y lava y las dehesas maestras. Si retrocedemos hasta el origen quizá podamos variar la sustancia de algo dirimente. Si alcanzamos el kilómetro cero nos sentaremos a la sombra de un árbol a vigilar nuestros dominios y nuestras posesiones.

Debió ser así. Lo del cercado divino, me refiero. Aquí estáis, aquí os dejo y a tomar decisiones. Muy al principio, pero todavía a mucha distancia del origen,

unos hombres listos convencieron a los hombres no tan listos de dos verdades incuestionables: que había seres superiores, inmortales e inasibles; que tales seres, dueños y señores de los destinos mortales, les encomendaban a ellos, los hombres más inteligentes, la guía, custodia y aleccionamiento de los hombres menos inteligentes.

Yo asimilo el origen a una gran deflagración, sin testigos; una arremetida colosal que provoca una expansión constante. Un fragor silencioso, pues sin oídos no existe referencia sonora. ¿Te haces a la idea? Fue hace mucho, muchísimo; tú y yo vagábamos en un agujero negro oprimidos o liberados, según el cronista. Entonces yo no era un ser racional; o sea, no te hubiera propuesto esta venganza. Pero tú ya eras parte de la fraternidad irracional, cuya fuerza sugestiva actúa sobre dos impulsos tan tuyos como míos: el de entusiasmarse por un ideal y el de dar rienda suelta a los instintos. Sé que me llevas ventaja, básicamente en el segundo impulso, el señalamiento dactilar te trae sin cuidado, a no ser que te metan el dedo en el ojo; ya me entiendes. Pero aprendo deprisa y te alcanzaré antes de que desestimes la enésima prueba de textura diarreica.

Sí, amigo; esta calle quiere engullirnos. Es una boca descomunal flanqueada por docenas de bocas suplementarias, cada una guarnecida con zanja y valla de color amarillo municipal, cada una con su correspondiente charco de vómito catalogado en la enciclopedia de la trivialidad. No te quito mérito, tan sólo constato lo que veo, piso y huelo. Mi vista de miope es tan deficiente como la tuya. Mi olfato, afortunadamente, es muy inferior al tuyo. Mi oído tampoco incluye tu notable

gama de registros, lo que en el mejor de los casos me salva de la neurosis.

La omnímoda calle nos absorbía progresivamente mientras yo saneaba la terrible vindicta. Mi mente trajo a marchas dobles para complementar la improvisación de la caza. El pacifismo usufructuario incordiaba con petardos, aerosoles, palos y barras replegado en zonas emborronadas. Ingenuas criaturas, a mí podrían confundirme, como si me echaran polvo a los ojos, pero a mi aliado no le engañaban con tan burda treta. Febril, espasmódico, el hocico del perro delimitaba el campo de pelea. Él solo se bastaba para acosarlos hasta el desespero. Yo le seguía manipulando el explosivo que me agenció en el origen, en la puerta trasera del cercado en construcción; con el concurso de rebeldes cargamos en mi mochila la pólvora primordial, el hastío presiona las conciencias, me desearon suerte y se comprometieron a preservar la estabilidad cósmica y fortalecer la ofensiva acopiando valor y efectivos. La bronca con follón se calla. Es frecuente denostar el manifiesto pugnaz por envidia y falsa virtud.

El perro mostraba síntomas de asqueo. La abundancia de restos orgánicos en satisfactorio estado de revisión afectaba la tarea discriminatoria. Advertí con sentimiento de culpa el balanceo extraviado de su cabeza, su incapacidad transitoria para fijar los elementos compositivos del ajuste de cuentas.

No te preocupes, amigo, descansa un rato. A cierta edad uno aspira a conservar lo que disfruta, a modificar los planes a conveniencia y a tumbarse cuando le viene en gana. Échate aquí mismo, yo me sentaré a tu lado y retransmitiré el partido.

“El enemigo está copado. Al enemigo le estallan los petardos en la mano, los aerosoles le rocían los agujeros del pasamontañas, las barras y los palos le machacan los huesos y los dientes. El enemigo está acorralado. Nuestra inquina justiciera lo azuza y tira, en tropel y suplicando, cual fardo de estiércol no reciclable como abono, a una de las profundas zanjas que el perro redivivo se apresta a tapar”.

El perro y yo nos dispusimos a ver mundo y a respirar aire verde.

Bellas artes

A vista de pájaro que muy alto vuela no se distinguía más que líneas y puntos. Allá abajo había un espacio abierto entre hileras de nobilísimos edificios coronados por gallardos pináculos, sublimes aureolas de prístina cerámica de mayor cuantía. En medio de la munificente arquitectura adivinábase el rasgueo del cálamo en el papel cebolla: líneas, puntos, comas y rodets.

-El pájaro Avefuego posee una visión privilegiada de las altas y las bajas pasiones.

-La alfombra de papel ahuesado lee a los enanos paseantes alucinadas elegías de esplendores pasados, irrepetibles.

-Así es el amor.

El parlanchín Onagro, cuadrúpedo silvestre emparentado con Oberón y Buridán, propuso a la adorable Hada Madrina, alias Sueño de Amor, despistar al minúsculo gentío instalado en la veneración de Cíclopes y Titanes esfumándose como el humus de los infaustos bosques oretanos. La coqueta Hada Madrina puso la cara fea, para contrariar al celoso Onagro que insistía en la unicidad del sentir de los amantes y en la inabarcable extensión del Universo por motivos aledaños.

-En las pesadillas las proporciones se distorsionan y las siluetas patentizan rasgos de inquietante fealdad.

-La agonía romántica combina ilusión, locura y muerte; explora las tinieblas, construye cárceles ígneas como las alas del Avefuego.

-Así es el amor.

Las rayas, los puntos, las piedras y las sombras se invadían mutuamente con la anuencia de espectadores enajenados a la ficción. Desde la altura absolutoria nada era como se representaba ni tenía un objeto vinculante. La luz hundida en la tiniebla de este laberinto sin divisorias, acoplaba sombras errantes a las diminutas criaturas consumidas por su propia impotencia.

-La gente paseaba entre la mazmorra y la tumba como si estuviera constreñida a impresionarse en la retina de Maimón, el simio vigía.

El silvestre Onagro, dispuesto a lo que fuera con tal de hacerse con los favores de Sueño de Amor, nombraba con pronombres y apartaba con su hinchado cuarto trasero a las muchachas que a ella pudieran agradar como ayuda de alcoba y otros menesteres relacionados con el proceder social. A medida que seleccionaba, con cierta tosquedad inherente a la precipitación, buscaba la caída de párpados de la beneficiada confirmando el empleo.

-Para agilizar la puesta en marcha del plan de huida, pues era grande el número de candidatas, el inflamado captor discurrió un plan de encantamiento escalonado.

-El Hada vaciló antes de soltar una risita comprometida. Y enseguida preguntó, en susurro hilado de plata: “¿Cuánto del Nuevo Mundo les daremos?”.

-Así es el amor.

El Mundo Antiguo conmueve por la grandeza de sus fragmentos. En el Mundo Presente el mármol agoniza a espaldas del tráfico incesante y rumoroso. El malsufrido amador, visto de perfil, acariciaba un resto histórico-artístico surcado por una cicatriz profunda y cortante; la huella de una tenaz destrucción. Se

preguntó si a ellos les sucedería lo mismo, pero antes. “¿Y si volvemos, Sueño de Amor?”. Quiso depositar su aterciopelada cabeza de asno en el fértil regazo de la ilusión perfumado de Luna: la luna de los niños, la Luna menguante o creciente, la luna de los enamorados, la Luna llena de magia, la nueva luna del recurrente deseo; simbolizando su inconsciente sensibilidad. “¿Y si nos abrazamos a la pálida luz del mono serviola para que parezca que estamos enamorados?”.

-Para que el público crea lo que a ratos ve y piense en imitarlos durante una pausa fisiológica del itinerario.

Al caer la noche la lectura de inscripciones mutiladas y degradadas se complica. El arqueólogo extraviado encendió un candil y leyó preso de la emoción del momento y de los garfios de la humana vanidad: “La belleza es cierta, la verdad es hermosa. Es todo lo que conocemos en la tierra y todo lo que necesitamos saber”. Suspiró hondo, feliz. Extrajo de su morral de viandante un escoplo y el martillo de cantería con premeditada intención de grabar dos nombres y la fecha del venturoso encuentro. Pero no pudo ser. Un séismo inopinado vetó la iniciativa. El temblor de los antepasados dejó al descubierto cantidad de escaleras sin descansillo, sin pasamanos, sin primer peldaño ni último escalón, y cadenas colgantes, tridentes de madera, ruedas dentadas, gruesas cruces de madera, garritas empinadas con barrotes en las ventanas, norayes desuñados y poleas renegridas, fanales de naos encajadas, pilastras y redes. El hogar perdido al que Sueño de Amor hace ascos girando los talones.

-Henos en el laberinto.

-La patrulla de ángeles custodios salvó al incauto

Onagro, el asno silvestre asimilado a Oberón y Burián por literario antojo, de perpetuarse como fósil romántico, de las lágrimas de cocodrilo de la Bella y de un ramillete de crisantemos con cinta añil.

-Así es el amor.

Le confesó al oído, en el rosado idioma del amor, que el luto la hermoseaba más allá de la áurea apariencia; y que habiéndose encumbrado hasta la cima de la Creación ya era un anonadado espectador en el anfiteatro del Teatro de la Muerte.

La sutil y etérea Hada Madrina saludó el pícaro aleteo de la Rapaz de las Toberas, en vuelo de reconocimiento, y fue a confundirse entre la muchedumbre abanicando las pestañas. Qué se le va a hacer. El juego es así.

(Cuenta Mónica Uve)

Trataba de explicarme la diferencia entre disputar con un fantasma o con el silencio. Me repetía: “Tú escucha; tú hazte a la idea”. Por las calles húmedas que conducen al hotel llevaba las manos muy metidas en los bolsillos de la gabardina y las gafas de aovada montura atornilladas al caballete de la nariz. Encendió un cigarrillo y me pidió que le acompañara a comer algo. Sería un momento.

Le dije que era tarde, que me tocaba madrugar y que en la galería había picado de todas las bandejas. Administré con desgana pero sin desaire unas excusas tan ciertas como pueriles, para zanjar la insistencia. Yo era alguien con opinión de peso y él un aspirante al mercado del arte con una biografía impresa en dos fotos y seis líneas. No iba a darse por vencido. A las ocho

partiría el tren y mi estómago aquella noche no recomendaba más celebraciones. Pero en honor a la verdad me apetecía seguir despierta y con el gorro impermeable encasquetado como si continuara lloviendo, quizá también acompañada en el resonar de los pasos por un desconocido con ganas de charla, ventilándome de tanta disparidad concatenada, tomando notas mentales a salto de mata, aceptando sugerencias cuchicheadas para mejorar las promociones.

Por casualidad, supongo. Nos cruzamos en el vestíbulo, fumando y en trance de despedida. Víctor Teple llevaba el prospecto de la exposición conjunta bajo el brazo como si fuera el programa de mano de un poema sinfónico; lo pensé tal cual. Ya había dicho hasta pronto a casi todos (siempre queda alguien con quien tendrás que disculparte por la falta) y en aquel momento, apurando el cigarrillo y la agenda de la jornada con la galerista María Vences, sólo deseaba cerrar la maleta y estirarme en mi cama del Embajador. No fue una casualidad, después me lo dijo. Quería saber cómo lo hacía.

El hotel está a pocas manzanas de la estación. Fui alargando el plazo de retirada a medida que Víctor, manoseando el folleto publicitario, declaraba su fascinación por la sinopsis. Aun así, no hay que confundir al personaje con el ser ni al suicidio con la muerte. Dijo que aquella noche de cundidora inspiración, sometido a la prueba comercial, se le había revelado la trascendencia del compendio y la autocensura. A un paso del desvelo ya es tarde para apuntarse a la excusa definitiva. Acepté meterme en el *Bardian* hasta la medianoche, ni un minuto más.

Víctor es un joven pintor cotizable. Puede que su talento se aproxime al nivel que María Vences y yo le adjudicamos. Sus dos cuadros por nosotras seleccionados tras examinar concienzudamente la obra presentada, sostenían un nivel artístico prometedor. Eso él ya lo imaginaba, y colegía como sus jueces que su inspiración nacía distante, belicosa y embarullada cual marco de volutas. Era anticipado y hasta perjudicial para su carrera, pero Víctor ya calculaba cuándo debería regalar un cuadro de trazos fulminantes, en señal de agradecimiento, a una institución o a un particular coleccionista de opciones y futuros. Simpaticé con esa franqueza mordaz, mezcla de pasión y raciocinio, de recato y anhelo que se debate en la cosmogonía del debutante. Justificar la opción por la pintura se había convertido en la razón del abordaje. Era yo, la autora del resumen, quien debía rendir cuentas sobre un texto conciso, promocional e ilustrado. Supuse que me tendía una trampa y que yo estaba moralmente obligada a recoger el guante del desafío. Vale.

María Vences apuesta por los artistas que adquieren fama en muy poco tiempo y compensan la inversión en ese mismo plazo. Yo prefiero valorar un lustro de trabajo, no me importa la cantidad si cubre el ángulo de reconocimiento en la galería; la oferta perpendicular que amarra al visitante en la intersección. Es la jerga del equipo. Nos sentimos atrapados en el ángulo antes de abrir las puertas, yo desde luego; quiero conservar mi instinto.

El Bardian es un lugar acogedor, casi íntimo, casi familiar. Quino, el propietario, es un amigo nuestro que perdió la fama de artista a vuelta de hoja; y ganó unas cuantas estrellas en la guía de sus clientes. Quino

hizo bien en cambiar de arte. Uno entra en el Bardian como en un piso por estrenar, desnudo de adornos y con el mobiliario básico. Pero es una impresión distorsionada por el prejuicio. El Bardian está sencillamente completo y huele a limpio. Saboreamos los exquisitos conos de berenjena y las succulentas láminas de jurel escabechado; bebimos el tradicional amargo de la casa.

Víctor hablaba sin rodeos de sí mismo, de su obra inacabada, de las perspectivas favorables, del miedo y de las dudas. En contraste con la viveza del habla su imagen rozaba el estatismo. Intuía que no encontraba el hueco por donde colarme la contradicción. Fumaba nebulizando un palmo de aire; lo mío son los detalles. Puede que el primer éxito diera con él buscando un estilo mercantil más seductor. Me preguntó si debería hacerlo, estableciendo una confianza inexistente. Empezaba a sopesar el afiliarse al Círculo, acogerse a sus canales de productiva navegación, integrarse en el Círculo como un miembro pasivo patrocinado por Mefistófeles; un aprendiz de la estrategia imperante. El Círculo no es lo que era. Para poder entrar en la cocina tienes que ser miembro o un admitido preferente para coyunturas utilitarias. Yo, últimamente, ni me acercaba, ni siquiera esperaba fuera o entraba como acompañante inocua; me picaba la nariz y me raspaba la garganta a kilómetros. Creo que Víctor Teple me provocó a sabiendas de mi reacción. El Círculo hiede, le espeté la frase con autoridad; asintió, estuviera o no de acuerdo no iba a contradecirme. El Círculo apesta, está podrido, es un fangal, aceptó los sapos y las culebras. El Círculo es una mala solución para un dilema inaceptable.

Recordé una conversación de sobremesa con María en el Bardian. Íbamos a reconciliar a Quino con su obra almacenada, una retrospectiva sobre el orgullo del perdedor, argumentando que sus ideas desbordaban el estricto sentido del arte; o sea, que él era el obstáculo insalvable. Él, tú, yo, nosotras, muchos. Víctor, decide los objetivos, el esfuerzo, la inversión y las metas.

Víctor era un diletante de la música, según sus palabras. Me describió a grandes rasgos su flirteo con el violín, el clarinete y el oboe. Entonces rescató el prospecto con las seis líneas a él dedicadas y las fotos de sus dos cuadros elegidos y señaló el titulado *Vals*: “La breve línea de la cuerda grave es la contestación de la madera a una triste y cadenciosa melodía dibujada en arcos; siete pinceladas cansinas, tres retoques con muy aligerado pincel y pervive el enigma de una conclusión suspensa”.

Aquella noche el artista bisoño no tenía ninguna conciencia de su aspecto. Nunca le habían corregido ni repudiado por cuestionar cosas tan elementales como la inercia, la sombra del espeso follaje o el eslogan pareado. Claro que él no era nadie a tener en cuenta por partidarios o detractores. Él aún no era un personaje que va a parar a una historia escrita con antelación.

Señaló con dedo nervioso el cuadro titulado *Cisne*: “Los tonos oscuros, recios, acotan un estilo poemático; transmiten la ácida sensación de lejanía, de presagio neblinoso, de subjetividad apasionada; manifiestan una idea poética”.

En los renombres del totalitarismo hubo y hay únicamente intención poética, camuflaje, encubrimiento,

jamás poesía.

El Bardian no es un club privado. El olfato de Víctor Teple por el momento era reacio al aroma de la naftalina. El resto de su vida como artista acababa de empezar con sendos homenajes a Sibelius, Goya y Fuseli. No te dé miedo el arte, no te escudes en el artificio, le aconsejé. Retuve la velada en el Bardian hasta que la vida se enzarzó en otra aventura parcial y absorbente. Aléjate de la telaraña, novato.

Aprobaba la elección de los cuadros para la exposición compartida. Pero sus seis líneas de texto, protestó, eran mejores y más identificativas del autor con su obra que las mías. Lanzó la penúltima andanada: ¿Cuáles son los criterios de selección? Nunca se me ha hecho dramática la disyuntiva. ¿Cómo se comprime una biografía en seis líneas? Extracto curricular. ¿Valdrá de algo mi opinión? No se lo tomé en cuenta.

Hipócritas y cobardes

Fue un día aciago. A lo largo de cualquier vida pública o privada hay que lamentar unas cuantas fechas malditas para la gente de honesta aspiración, inscritas en el fatídico almanaque de la ignominia por mano siniestra, artera, obviamente encubierta, que colocan el punto y aparte mayúsculo en un proceso largo y meticuloso gestado por el influyente mecanismo dispuesto desde el directorio.

Irrebatible suceso en tiempo y forma, escrito con la péndola de la traición, quebrantador y humillante, interpretado de tan diversa como equívoca manera al desaparecer la evidencia ante el certero embate; según la alevosa previsión de los organizadores. La verdad, la única y desnuda versión de los hechos, yacerá sepultada bajo toneladas de comunicados coleccionables, aturdidores, un sinfín de intereses esparcidos adecuadamente a la conveniencia déspota del beneficiario; que de eso precisamente se trata.

Ya se sabe, al que le toca no le vengan con excusas, cuentos o razones de superior comprensión; ya se sabe y así se acepta. Hizo un tiempo de lo más ingrato.

Sin embargo, en el censo de esforzados con nombres y apellidos, que también los hay y los habrá pese a metódicas cercenaduras o incrédulos con carga intuitiva o nostálgicos avivadores de historia documentada e higiénica u obstinados en la simbólica expugnación de la mascarada al precio que sea y dure lo que dure el juicio contradictorio, gánese o piérdase por veredicto de magistrados parlamentariamente electos,

lo que trae a colación la memoria, la incorruptible memoria, la memoria a resguardo, son las imágenes y los sonidos del antes y el después de la fatídica fecha rebullendo las sinceras dudas, inquietando las suspicacias y las definitorias imputaciones hacia los irredentos acusadores.

-Qué ha sucedido?

-Se veía venir.

-Sí, pero desde otra dirección; vamos, digo yo.

-Sí, yo también corroboro que antes o después prendía la

mecha; el enemigo está dentro y a la holganza.

-A mí, que para estas cosas presto atención, ya me lo parecía.

¿Qué hemos hecho?, preguntaron millones con la voz tímida. ¿Qué han hecho?, se preguntaban muchos con el sentimiento afectado; cada cual desde un epicentro marcadamente opuesto, irreconciliable. Con el aplastamiento del rival en juego como telón de fondo que a la mayoría pasa inadvertido en medio del caos.

-A mí ya nada me sorprende, hace mucho que lo vengo diciendo y ya veréis como esto es sólo el comienzo; que así, con estos y aquellos, conseguirán lo que les plazca.

-Hay que creer que por detrás se mueven muchos hilos para un solo propósito.

-A saber, a contar.

-Es el premio a la cobardía.

-Es el premio a la desunión; lo que sea por un miserable rédito, hacedme caso que lo huelo a kilómetros.

-Han fluido a espita rota los malhadados humores del rencor medroso, argumento repugnante.

Incalificable felonía.

El tiempo fue ingrato, hay que insistir en ello. Y en que la memoria de la conveniencia lo es mucho más. Pero a su pesar, la climatología no fue especialmente desconsiderada ni con los abatidos ni con esos tantos que amanecen con la oprobiosa intención de gobernar el esfuerzo ajeno, encauzar sus extraviadas energías, orientar las atribuladas conciencias y regir sus mundanos actos.

-El tiempo medido a plazos, en cualquier caso y por mor de repartir culpas, fracasos y errores, es ingrato además de esquivo y confundidor.

-Hoy ha amanecido cubierto, habrá que tomar precauciones.

Era un caminante de paso corto y apartado. Era un andador de fino oído. En el camino que el instinto toma coincidió con la mujer pretendida y bastantes veces soñada. Se llevó la mano al pecho como queriendo expresar lo que las palabras no completan y ella, femenina cual su naturaleza, inclinó la cabeza congraciada con el encuentro. Allí ambos, mirándose de frente, con los ojos aprestados al gentil asombro de lo esperado.

-A mí me daba que pasaría esto, antes que después.

-Nosotros no, nunca cederemos un ápice de espíritu.

-Ni hipócritas.

-Ni cobardes.

Las miradas atravesaban un lago de orillas desdibujadas e intercambiables, con una población endémica parcamente animada. Las aguas parecían no tener fondo y ellos con las manos enlazadas, manos tendidas al ánimo cómplice, practicaron la interminable

inmersión de quienes postulan aplacar la ira con un ejercicio imposible; tentador y meritorio, eso sí.

-Con el tiempo que ha pasado; y mira tú por donde.

-La de vueltas que da la vida; y siempre asomados al abismo.

-Abogados, diría yo.

-Ya nada nos ha de extrañar; es tozuda la inercia.

-Más habría de serlo la voluntad.

-¿Cuál de ellas?

El cuadro lo firmaba un pincel romántico, idóneo al reencuentro. Como si el mundo eclosionara de la vital pintura, con la pareja, para ellos y los elegidos a la carrera. Hace unos años se colmaba la ambición con la esperanza del mañana despejado; ahora, desvanecido el horizonte, intuyendo la feroz borrasca, había que refugiarse en la virginidad del origen. Paradoja.

Los actores fuera de nómina dieron rienda suelta a la tragedia interior, brotaron monstruos del limo tóxico babeando por saltar al cuello de las víctimas e hincarles el colmillo; el tiempo pasado era mucho y era poco, el tiempo del recuerdo era ufano y era ingrato; harán falta siglos y componendas para recapitular. O un minuto, trepidante y entusiasta, con los ojos luminosos y anchos como antes, apenas doblada la esquina del calendario, en el primer cajón del inventario; con otras palabras que revelan mejor el pensamiento.

-Me expresaré sin reservas.

-Incluso sin miedo, con determinación.

-Declaro con todas las consecuencias que no renunciaremos a lo que nos pertenece.

-Ni prolongaremos esta apatía encubridora de tantos males como obstáculos afloran en el camino de ida

a la siguiente anécdota.

Si de eso se tratara, una anécdota, un interludio, un entremés. Sueltas las manos, de perfil los rostros, imaginando la emoción de un necesario embuste que ayudara, por ejemplo, a empezar una novela.

(Cuenta Felio)

Federico Álvarez Grein me invitó a recorrer con la mente en sesión retrospectiva el Paseo de la Honra y la Memoria. Mi amistad con Federico se ha forjado desde la voz y las coincidencias espontáneas. Éramos amigos parentéticos, de esos que se ven de tanto en tanto porque apetece y conforta; amigos que se sostienen por voluntad. Federico es hijo de un eficiente funcionario y una honrada ama de casa, dedicado al negocio de las maquetas, miniaturas y modelos deportivos o experimentales. Elena Rus es hija de madre cocinera y vocacional lectora y padre del comercio, afiliada a una asociación profesional de mujeres activas y docentes, dedicando sus conocimientos de ortografía, retórica y música a toda clase de público por un módico estipendio.

Precediendo a este encuentro de obligada vindicación y desagravio, en incipientes primaveras y tardíos otoños nos entregamos a la nobilísima causa de exaltar a los héroes de Nación y su heterogénea sangre, que explicita lo que somos por lo que fuimos. El Paseo por la Honra y la Memoria aporta aleccionadoras memoranzas y saludables ilusiones para los vivos y los que sólo mueren materialmente. Al cabo, año arriba o abajo, milenio más o menos, moribundos, agonizantes y cadáveres nos amasaremos en el mismo horno,

seremos idéntica ceniza: el fertilizante del remozado universo. Pero según Federico, poco dado a imaginar más realidad que la presente, urgía ese elemento que otorga mayor solemnidad y recogimiento en los presentes a los actos emotivos al aire libre, aludiendo a la nevisca. Cierto. No atinaba yo con el meteoro en mis espaciadas visitas. La nevisca fue el telón que divide una época estudiada y vorazmente consumida de otra que por antecedentes y definición habrá de ser volitaria. En eso, para no perder la costumbre, también estuvimos de acuerdo.

Amanecía a desgana en Nación. Visto desde mi cuarto y con ojos insomnes, el cielo se resistía a vestir con luz y gasa. Yo me atrincheré unos momentos, quizá felices, probablemente cómodos y evocadores, en la cama, izado el embozo, con el pensamiento retraído a la madrugada. La luz de la Luna fue oscura, una luz perdida desde el origen, debilitada por el escurridizo albur; los elementos del paisaje emergían desfallecidos a través de la ventana, inconciliables en un conjunto de opresora caducidad. Unas horas, unos minutos. Pero aun así, desvaídos, tenebrosos, implorantes de luz clara, los elementos mantuvieron ante el espía la unidad con una ligazón firme e incluso inquebrantable. Con la sábana cubriendo la barbilla, la penumbra del duermevela, el cielo que todavía se resistía a iluminar la mañana del día después, continué visionando un documental grabado con cámara doméstica: Elena leía un libro con el título en letras doradas junto a una encina de diez troncos, sentada en el sotobosque; Federico mitigaba un agotamiento sobrevenido, melancólico, con la espalda apoyada en una piedra miliar de caras veteadas, alongando la memoria

combativa. Luz que alumbra a epitafios. Paisajes ideales semiclandestinos, pinos y encinas de Nación, robles y hayas intactos y misteriosos por leyenda y divisa; reclamo turístico entretenido y ocioso.

Vivíamos una historia triste, sin más paliativo ni aditamento literario; una historia triste. Luz perezosa, remisa. Un desayuno abundante y al coche. Salpicaduras de aguanieve en el cristal y en las ramas de los adustos árboles, frío bajo techo, frío que horadaba la ropa y rasguñaba los huesos. Nostalgia del calor que protege y alienta. Pero, decididamente, nosotros queríamos que nos acompañara la nevisca. Brumas cercando la carretera. Callados y pensativos los ocupantes. El día no acababa de sacudirse el letargo.

Elena Rus sostuvo el libro sobre sus manos durante la hora y media de trayecto mientras su predecible sentir viajaba autónomo por páginas de fantasía hacia una historia diferente. Eso me parecía a mí, evidenciando los mismos síntomas.

Federico Álvarez Grein conducía por la revirada carretera hacia la severa rigidez del cementerio; primera y más importante estación de la jornada conmemorativa. Al llegar aspiramos aquel aire realzado de motivos. La mañana continuaba apagada, plañidera, sollozante. En cambio, para contento de los muchos visitantes, como tónico del alma herida, para denuesto de contrarios, lucía orgulloso y retador en la antesala del Paseo de la Honra y la Memoria el cartel únicamente baqueteado por el inclemente tiempo y la venalidad inmobiliaria: “La muerte es digna, la rendición abominable”. Hacía un frío intenso, corrosivo.

Nos adentramos en la Avenida de los Cipreses. Llegamos a la puerta del cementerio. Elena extrajo de su

cesta un ramo de flores pálidas que ató a la verja cerrada, los altos barrotes vibraron al tacto de la cinta con los colores nacionales y los pétalos humedecidos de las flores primigenias, flores vivas a los caídos con sus nombres completos grabados a pulso y cincel en la piedra autóctona. Fuimos de los primeros en honrarlos. Elena abrió el libro y leyó a los vivos y a los físicamente muertos, con voz que no delatara que pese al sacrificio la cosa iba irremisiblemente al desastre, pormenores de su gesta para que la conserváramos en lugar preeminente; con música de Manuel de Falla la lectura y de Franz Schubert el respeto. Federico epilogó con una alocución breve dirigida a los que nos consideramos deudos de la magna obra. Luego, sin prisa, con horas cedidas al sobrevuelo de confesiones y añoranzas, con las melodías resonantes y conmovedoras que la docente Elena tarareaba con tanta soltura como distingo, nos orientamos hacia Poniente por los cantizales intransitados de la vieja Nación.

Yo prestaba atención a todo lo que se movía alrededor y a mis pasos, a la agreste belleza del entorno y a la exposición de contrastes antagónicos. Del suelo al cielo.

Aves que en vuelo hacia el ocaso son de fuego aleteaban en torno a las ramas pendulares de los abedules. Acentuado simbolismo el de estas aves ajenas al mundano conflicto de los paseantes así como al goce y al pesar del testigo abrumado por la carga de la prueba, sentado a la sombra acanalada de ruinas en acelerada descomposición. Me lo imaginaba con patética nitidez. Una fotografía de espaldas. Éramos figuras empequeñecidas ante un mar de brumas, no quisiera definirlo de manera más prosaica. Ya sabes que

me gusta mirar a la vez lo que veo y lo que presumo en pantalla dividida, y desamarrar cuando me hostiga un ambiente que rechazo. Era una manera de esquivar emocionalmente la losa que amenazaba con aplastarnos al primer recodo o a la primera confianza; la cosa iba a peor con o sin venda en los ojos. Además, Federico no dejaba aliviarme con la cautivadora estética de las aves de fuego a las que él, seguro, no daba crédito.

Entre frases y suspiros elevaba yo la mirada al cielo estriado -y a la mística de las aves de fuego- para averiguar al paso y socapa si la causa coincidía con el resultado o si había un canje en los extremos para mayor confusión del cronista. Hay personas con suficiente conocimiento de causa que dicen lo que saben o lo callan a sabiendas de su renuncia. Algunas personas sienten el imperativo de la narración que prodigan ampliamente, personas que comentan en exclusiva a los allegados, personas con argumentos dispares que a nadie cuentan nada, y otras que ni a sí mismos susurran por la causa que fuere. La oratoria es arte selectivo.

Federico Álvarez Grein andaba beligerante, maldiciendo y condenando a destajo: ¡Mentiras! ¡Sofistas! A falta de imputados con las facciones al descubierto se despachó a conciencia contra las nubes, mefíticas alertó, contra la tierra vencida e infectada, advirtiendo que en ella ya era imposible que germinaran en pertinente ciclo historiográfico el buen criterio, la templanza y el valor; en el orden que se prefiera. Agregó, con nuestra crédula anuencia, que éramos el cortejo fúnebre de un mundo envenenado por engendros y pusilánimes, agentes asesinos y mercenarios, pobladores cobardes e hipócritas. Su tono riguroso hizo

hincapié en la caterva de cobardes ocultos entre los pliegues del velo de la hipocresía. ¡Sofisma!

Éramos figuras menguadas al borde de un acantilado de paredes lívidas. De cara a un mar ondisonante, en remisión la nevisca, nos zarandeaba el turbión. Me alejé del temible cortado por si al vértigo se aliaba un aletazo jacarandoso de quien yo imaginaba y allí, en el final de la tierra, con buen aire que sanear los pulmones y el ideario, con la desmesurada inyección de nervio, trocábamos la vida por la honra y la memoria antes de tiempo, con dignidad pero sin lucha, sin homeñajes póstumos, ni fruto a recoger por los venideros. Me pasó por la cabeza lo que te cuento y por el rabillo del ojo el mimetismo de Elena que echó con disimulo el cuerpo atrás unos palmos, rebuscando en su cesta. Federico aguantaba a pie firme con genio y dominio de la situación. Hay que reconocer que metido en harina brega como un jabato sin reparar en adversidades. Iracundo, arraigado al solar con garfios de brío y coraje, expresó los duelos que afligían a Nación una vez esquilhada su sangre pionera, arbitrariamente parcelada por un puñado de administradores de falaz vocación: recua de arribistas manipuladores de juicio, historiadores empadronados en la trápala, ideólogos sectarios exentos de fiscalización, cebados mentores de la maraña y la trifulca, procomún abyecto, listeros de la poltronería, titulados por la práctica nepotista. Cuanto se diga es poco. Escuela de olvidadizos, ingratos.

La aflicción de Federico Álvarez Grein añadió niebla al de por sí fumífero ambiente. Nos sentimos un poco más frágiles y desamparados; en aquel momento creo que nos hubiéramos puesto a buscar una cueva

donde guarecernos de la pesadumbre y de la coacción del cielo enfurecido. Nada de eso. La mirada reclusa en un mundo de bruma, ante un mar de niebla, absorbidos en la vastedad de un paisaje que era hermoso, que siempre fue magnífico; en regresión hacia la nulidad, espectadores en vez de actores. Federico deducía que estábamos inermes ante sucesos tan a propósito en tiempo y forma: Esta masa no se ha elaborado en un día. Elena Rus sospechaba que Nación sufría una pandemia de miedo, a duras penas disimulado, y de resignado acatamiento a los hechos consumados. Mala cura, improbable y mala. Yo opino que la desazón, propagada como un reguero de pólvora mezclada con veneno, cunde intrínsecamente en los cobardes y acomodaticios, y por orfandad repentina en los valientes y audaces. El miedo se hereda con menos trabas y conflictos que el valor. Los cobardes jamás tendrán reposo ni tranquilidad, es un consuelo y un incentivo a la paciencia de algunos.

Al despedirnos arrojamos al vacío repentizadas notas con recuerdos, deseos y parabienes. Por si acaso.

Durante el paseo entre el Honor y la Memoria hacia las maltratadas pero aún durables fronteras de Nación, Elena Rus nos obsequió con dulces hojaldrados y una patriótica suite de Isaac Albéniz.

Efecto terapéutico

Aquel hombre hecho al deambular portaba la caja como un consuelo. La legendaria carga transportada a cuestras, lomos y riñones desde una distancia omitida, pero más como premio que como castigo según la imaginación popular que no pujaba en pública subasta por no abrirse el concurso sin límite de participación, despertaba cuchicheos y levantaba especulaciones donde iba.

-La caja era más bien una cesta de mimbre elaborada por artesanos *cistóforos*. De ella salían, en momentos pertinentes y mediante invocación en lengua muerta, símbolos, predicciones y sorpresas que por serlo, nadie revela a escuchas advenedizas. El relato del viajero era largo, copioso y añorante. Junto al fuego, siempre de cara al resplandor de Hefesto, ya fuera invierno o verano, ante los elegidos en la morada de Atenea, los gentiles candidatos a la ciencia maestra, a la exploración subrepticia del último abismo, al denso gris de la eximida de culpa delación, prestaban caudales, especias y frutos al redentor de las humanas desdichas.

-Un piadoso ser registrado entre los dioses de segunda jerarquía, alivió el confiscado destino de los humanos proporcionándoles arcilla, semillas y lumbre hurtada. A cambio de un contrato de suministro exclusivo y aforamiento.

-Los socios del ateneo, damas y caballeros, pensaban que el hombre aquel inconquistable por su obstinado peregrinar de plaza a mercado, nada desconocía

y aún menos temía. Le escuchaban graves, asombrados, pendientes, arrobados, dijera o no más palabra que un saludo o una advertencia o una demanda que era satisfecha al instante.

Pero suele haber alguien que astutamente somete a tela de juicio las apariencias y los mensajes, los recipientes herméticos donados en el lecho de muerte al bienamado alumno, los cofres de madera enterrados en la isla de las palmeras en aspa, los bálsamos de Fiebrabrás y las cajas con denominación de origen Pandora.

-Una dama sentada a prudente distancia del calor sofocante y el hedor acumulado por la peripecia y el manoseado contenedor, dudosa de las virtudes del guardián o de ellas celosa: qué hombre tan generoso, honrado, valiente, tan implicado con los débiles hijos menores y sacrificado a la causa común, penetrada por el laborioso insecto de la vil curiosidad que algunos llaman desatino y otros genética, destacaba su figura seductora y la expresión de maniquí enigmático y solemne.

La caja misteriosa fue rescatada de la Gran Catástrofe por una mujer de aliento insuflado por los cuatro vientos y belleza prestada a la holganza y la malicia; en versión misógina.

-De puerto a puerta, de garito a foro, el misterioso contenedor precedido por su fama sirvió de aval a poseedores sin tiempo a forzar el cerrojo. Bastaba con abarcar el perímetro del tesoro para experimentar la leyenda sin correr el riesgo de cerciorarse.

Los ateneos parlamentaban entre sí echando reojos al viajero y especialmente al gobierno de la preciosa carga. En los relatos de allende contados a un

auditorio entregado, el aroma de los perfumes asalta, embriaga, pierde y somete hasta el poético desvarío; incluso hasta la prosaica locura. El viajero en su cuento y con la fábula abría cofres, arcones, cajas y cestas que cerraba con una inflexible lección moral. Era él, tan recalcitrante en el consejo, eran sus personajes masculinos y femeninos, eran sus vivencias y era su equipaje que llenaba de oscuridad el salón a la hora del refrigerio, la maravillosa y prohibida esencia del Ser.

-A cada frase, premiosa y disimulada en el marco público, dicha de boca a oído, correspondía una risita nerviosa.

-A un mentido bisbiseado seguía un desmentido murmurado, por desmarcarse el causante de la polémica del manso y parasitario estupor, tremendamente dañino para el ego.

La leyenda cumplía muchas sumisas actitudes y fidelidades. Aunque suele haber alguien que desde el silencio y la inalterabilidad singulariza un atisbo de reproche. O quizá fuera venganza.

-El viajero era intensamente observado desde la perspectiva opositora.

-El relator olvidó lo que iba a contar tras la pausa a los ansiosos anfitriones de su extraordinario periplo. Sólo alcanzaba a distinguir aquellos ojos y aquella malévolamente sonriente atrayéndole al seno de la incertidumbre. Inútil cualquier resistencia ahora que estaba cercado.

Poco más dijo el agasajado a los ateneos. Quería estar solo y se excusó de seguir refiriendo tanta maravilla unida a tanta perversión ensayadas en primera persona. No obstante su congoja, en un raptó de sinceridad de máximo desprestigio, prometió otro día

hablarles del Báratro. Y huyó como alma que lleva el diablo.

La caja le fue entregada en mano a la intermediaria por el servicio postal, con acuse de recibo y recordatorio. Junto a la ventana que da a la metrópoli, la que mejor ilumina las confidencias y las puridades, abrió el regalo y el contenido se esparció aquí: las aflicciones y las plagas, y allá: los bienes y los títulos. Únicamente la esperanza, que yacía en el fondo, no pudo escapar. Pobre consuelo.

(Cuenta Mónica Uve)

Tres amigas en un balneario. Tumbadas al sol, planeando por corte lo que harán en un rato, intercalando episodios deslavazados de sus respectivas existencias todavía ocultos, es un decir, conservados en adobo para la feliz ocasión. Andrea nos llevaba tres días y dos noches de ventaja en la competición por pasarlo bien, mejor que las amigas presentes y los compañeros ausentes, jamás apostaría contra ella; en su haber tres bienhechoras jornadas disfrutando de las terapias y los excitantes conocimientos esporádicos. Una ventaja hartamente considerable.

La huesuda y larguirucha Morín, apegada al muelle albornoz como a un gato de Angora, pretendía embardurnarse con el paquete de terapias novedosas, y saciar su inocuo apetito con la exquisita cocina multicultural. Qué envidia nos daba Morín a la mesa. Yo, resistiendo sin chistar el lánguido aburrimiento, entregada a la molicie, edulcorada de perezosa somnolencia, deseaba perpetuar el placer sensual y nutritivo del

sol sin mayor pretensión que la de inundarme con aquella gratuita felicidad escasa y perseguida en aquella época del año; una semana, un mes o una vida de esas que se encierran entre paréntesis para exclusivo goce personal.

Andrea nos llevó la tarde anterior de paseo por Garvato, la pequeña ciudad que da nombre al balneario. Morín y yo estábamos fatigadas del viaje en coche (en realidad la fatiga era por haber dormido poco ultimando los preparativos y queriendo salir antes del amanecer para llegar después de comer), pero nadie debe ir de vacaciones, por cortas que sean, para meramente descansar sin mover un músculo o que se lo entonen y refuercen métodos maravillosos a precio de oro. Hay que hollar el terreno, desplegarse como la infantería y tomar posiciones en los lugares estratégicos. El beneficio radica en la planificación, según la táctica Andrea.

Lo peor de los puentes y demás periodos concentrados de vacaciones es la masificación y el consiguiente deterioro del humor y el apresurado retoque cosmético de las expectativas, no fuimos nada originales al elegir las fechas y es que no teníamos opción a la corta y es que teníamos ganas de echar por la borda el trajín cotidiano. Morín y yo nos hubiéramos metido de cabeza en las burbujas y en el lodo, pero Andrea, la impía y aventajada Andrea, nos condujo por otros derroteros que, al parecer, no podían esperar como nuestro programa terapéutico.

Mucha gente. Bastantes extranjeros; nuestro sol es un magnífico reclamo para los sufridos septentrionales y un aliado en franca explotación para los emigrados meridionales. Fuimos al Mercado Medieval,

evento que es una iniciativa turística adaptada a la concurrencia, rodeados por la muchedumbre ociosa y bullanguera. Una década atrás en el tiempo este mercado era la Feria de Productos Artesanos regionales; y hace medio siglo, la Feria Agrícola y Ganadera comarcal. Andrea estaba informada por un huésped (qué elegante arcaica denominación) del balneario al que llamaba el Doctor, un amigo reciente, un terapeuta alternativo. Calor humano y ensordecedora algarabía en la Feria Medieval de Garvano. Nos abrimos paso a codazos entre los abigarrados concurrentes a los espectáculos supuestamente tradicionales y de veraz marco histórico, demostraciones de oficios, habilidades manuales, gastronomía de cuenco y dedos, moda de encaje, utensilios domésticos en materia noble y prácticas adivinatorias con decorado al uso. Ciertamente un mercado y un teatro. Quieras que no siempre te atrae algo, te incita alguna cosa en la que no pensabas antes de embarcarte en la aventura. Se vendía de todo, florecían como regados con suero vivificante los adivinadores y los místicos, los bohemios y los errantes con jubón y manto de arpillera. Sí, un elogio del vagabundo entre los obradores de los artífices en el que se aprende lo mucho inútil que complace, llena, ilustra, prevalece, cautiva, orienta y dispone como una compañía deseable sin pronta caducidad.

Faltó un ápice para que nos sedujera a las tres un eremita visionario del Monte Carmelo o un derviche giróvago del Cuerno de Oro, según lecturas o fantásica interpretación, y pasáramos una a una, en fila excitada y con hambre profética, ante su sabiduría aireada a la secular, amañadamente escéptica y no poco impresionable sociedad del bienestar. ¿Qué nos

frenó? A mí la vergüenza, la propia y la ajena, y el tener la urticante sensación de salir malparada o de convertirme en la cobaya del espectáculo con nulo beneficio, así de terminante. Había cola para entrar en la carpa y dejarse predecir o, quién sabe, averiguar cosas del pasado que explicarían cual manual ilustrado el futuro. Pero para hacerse una idea del procedimiento, para desencantar al público en el hemiciclo vallado con cuerda y postes de madera o para lo contrario y aguantar a pie firme la espera en el horizonte crepuscular, el Maestro agorero presentaba a la médium Tatmos (escrito el nombre en la muselina granate que envolvía su cuerpo), carnosa mediadora con los espíritus cuyo aspecto, cuidado al detalle y velado, fluctuaba en la cuarta dimensión. El Maestro trazó en el suelo de arena un círculo alrededor de la ornamentada mujer y fue colocando doce lámparas de gastado metal mientras recitaba unas oraciones o unas fórmulas mágicas en el idioma de Eleusis; después encendió las lámparas con una astilla y Tatmos contempló al público como si buscara un cebo en el que picar. Nos miró a todos con parsimonia esquizoide, nos sometió a la enojosa inspección, me puso nerviosa, me provocó un escalofrío y me sentí descubierta cuando en la periferia de su campo visual remedó mi vicio de toquetear la cadenita de oro anudándola a los dedos, que ese día llevaba en la muñeca. Me dio un vuelco el corazón, el oráculo podía involucrarme con un designio sobrenatural y no tendría escapatoria, y todos se mofarían de mí si me negaba a participar como una niña asustada. Pero las tres y el resto seguíamos apresados en el poder invisible que acciona el mecanismo de la captación; no se me ocurre una definición más precisa o

menos humillante. Yo no soy sugestionable, por lo menos fácilmente sugestionable, pero sí me mueve la curiosidad y gracias a ese impulso soy como soy y hago cosas de las que no suelo arrepentirme. Me estoy justificando, sí. Entonces, instintivamente, a la defensiva, anticipando la jugada, eché el cuerpo hacia atrás abandonando la primera línea de espectadores. Fue una señal para ellas. Andrea consultó su reloj y empujó a Morín fuera de la influencia de Tatmos. Qué alivio. Sí, qué infantil desazón la mía.

Animadas y compuestas, aparcado el capítulo vespertino del que agradecí no se hiciera mención durante la cena, saludamos al amigo de Andrea y le invitamos, como estaba acordado, a culminar la velada en nuestra compañía. Adquirió el Doctor todo el protagonismo que se pueda imaginar, ocupado en entretenernos a las tres sin distingos delimitadores. Era un hombre versado en cultura termal e hidroterapia, ameno, caballeroso, encantador; pero su tos era fea, preocupante. Los accesos le acometían al secársele la garganta, por lo que bebía a pequeños sorbos saludables infusiones de hierbas aromáticas y digestivas con cristales de azúcar moreno y una rodaja de limón. Sin eufemismos: era una tos aniquiladora. Se disculpaba con resignado porte, acomodaba el pañuelo blanco a listas pardas en el bolsillo superior de la chaqueta y seguía al punto sin perder ripio de su relato.

En el balneario se dan cita contradicciones y antinomias. Los paquetes de terapias a cubierto preordenados en lista horaria y por oferta promocional contrastan con las zonas de descanso, coloristas jardines salpicados de bancos rígidos, sillas ergonómicas y clásicas hamacas para el solaz y la tertulia de siempre;

convidan a sentarse y descansar sugiriendo ese cansancio intrínseco y endógeno que opta por el balneario como la opción correcta para reponer las maltrechas fuerzas a mitad de la temporada laboral. Pero para algunos, la estancia en un balneario desborda la relajación y el combate antiestrés semestral. El Doctor era un enfermo afiliado a los antiguos baños; al reposo estipulado, a la prescripción facultativa y a la asistencia médica regulada. Aceptaba de buen grado el tratamiento porque se sabía enfermo y todavía no arrojaba la toalla por aburrimiento, desidia o dolor. Pues sí, la terapia activa el ansia de más tratamiento, de más experimentación para simplemente curarse, o sea, seguir vivo con la amenaza pendiendo como la espada de Damocles; y también reactiva la esencia y fuente de la vida que es el movimiento: andar, correr, brincar como un adolescente y largarse unas horas para ser libre echando de menos lo que atesora el balneario. La magnífica cocina que tienta al exceso y desequilibra las dietas urbanas y ejecutivas. Cabe pensar que se come tan bien para eternizar las dolencias; se acabaría el negocio si los pacientes se curaran. Las antinomias, las contradicciones por doquiera. Y quién de entre los clientes, tras las sesiones placenteras, que en realidad encierran un orden, una agenda, un sacrificio, acataría la abstinencia y el ayuno con lo que ha pagado, lo que se puede permitir o la consolidación hedonista del placer y el bienestar. En el fondo se persigue la perpetuación de la necesidad de unas terapias de relajación y sanativas futuras, con el beneplácito de los huéspedes. Los ya mayores, de existir la cura ideal, sanarían enteramente y no desocuparían las habitaciones para los que llaman insistentemente a la puerta exigiendo la

sustitución. Qué sería de un mundo rebosante de ancianos preservados de la enfermedad, pensionados y atendidos constantemente por un servicio de vigilancia inteligente; que sería de un mundo de incombustibles predadores, entrometidos sabelotodo. Nos dejamos engañar muy a gusto, y mientras podamos pagar la cuenta el menor achaque, esa tos afrentosa, esos nudos gordianos en la esforzada musculatura de la espalda, tomarán en préstamo la categoría de mal crónico de inexcusable tratamiento profesional.

Las terapias y el bien pasar abren el apetito y cualquiera acaba entregándose a la gula. Vivir, qué bello es vivir confortablemente. En el balneario, durante las terapias sanadoras y relajantes, embellecedoras y estimulantes, uno vive sólo para sí. Durante las comidas y los paseos y la elección de tumbonas, bendita casualidad, nacen relaciones complementarias e igualmente terapéuticas. Algunas figuras del teatrillo local regocijan a diario por la precisión con que actúan, por la justeza de su papel.

El Doctor traslucía un poso melancólico, es comprensible. Nos hablaba desde la disculpable envidia, desde el realismo patético y desmitificador, pero sin egoísmo. Era un tipo valiente y se reponía de cualquier decaimiento con prontitud, abordando en el epílogo de la velada la dimensión privada de su acotada vida. Aquello que ameniza el largo cambio de agujas.

Aficiones, obsesiones. La escritura y la pintura son juegos de paciencia solitaria que abstraen. Corría aca-lorado tras sus pensamientos, construyendo frases, eligiendo palabras, en la intimidad de la habitación con su ordenador portátil. Era una actividad frenética sobre una silla y una mesa. Una actividad mirífica y

reparadora por sí misma. Como cuando concertaba cada color aislado con sus vecinos teniendo en mente las partes nonatas del cuadro y la red de entrecruzados efectos de luz y de matices. Al sentir la impulsión creadora, la concentración deviene tan poderosa que vence todo impedimento exterior con ayuda de aladas fuerzas sobrenaturales. Buenas noches, Doctor.

La mañana era espléndida. Sol, tibia caricia. Andrea y Morín me dejaron a solas con mi placer vulgar. Ellas tenían que experimentar con placeres terapéuticos. Silencio, dulce música. Yo estaba haciendo lo que me apetecía en aquel momento. Sonaba en el valle de Garvano música pastoril, o en mi liberada cabeza. Había rechazado una sesión adivinatoria con la intuitiva Tatmos, una confesión de mi pensamiento disperso con el eminente Doctor y ahora prescindía graciosamente del paquete prepago en cabinas, salas y bañeras. Vale. Más tarde desistiría de mí, para ellas, desconcertante insumisión al plan trazado por un deleitoso masaje corporal con aceites.

Casi lo que parece

Cielo cárdeno, horizonte nítido. Declinaba la luz a la velocidad acostumbrada el segundo día del año. Una cincuentena de curiosos, puede que seguidores de una hipotética profecía o quizá del magisterio del sapiente Astrónomo, en consabida espera estiraban el cuello hacia un repetidamente indicado punto en el cielo, la génesis, el radiante, desde el que prometía joyas.

La noche, incipiente y serena, transitaba en pos del apogeo y los allí reunidos en contemplativa actitud escrutaban el infinito cósmico, y la confirmación del Astrónomo. El arcaico observatorio de estrellas y sorpresas siderales, morada del ínclito personaje, sobresalía de un abrupto cinturón rocoso, defensivo, divisoria natural potenciada por canteros. El Astrónomo celaba su trabado patrimonio a golpe de vista; con instrumentos de rústica factura el cielo, las huestes del magno espectáculo y todo lo que oscilaba entre la certeza y el deseo, entre el estudio, la experiencia, la suposición juiciosa y el figoneo, la superchería o la ineluctable necesidad.

El infatigable inspector llevaba años interrogando al cielo diurno, al templado crepuscular, al nocturno y a la fresca alborada; con rigor y oficio acechaba la ubicación del enjambre, la trayectoria de los meteoros, alfileres fugaces, y la luminosidad de las estelas, su origen remoto, su travesía incandescente, la batalla disgregadora, su destino estadísticamente tabulado.

Los curiosos o los seguidores o los alumnos en

reserva, bordeando el anillo de piedra filosa, pendientes de la señal sucumbirían a la decepción, ateridos, nunca escarmentados, dejando al Astrónomo la sempiterna vigía y el refulgente colofón ya casi al amanecer.

La cámara del Astrónomo amalgamaba el discurso con la fe. Reliquias de glorioso ocre poblaban estantes y mesa, infolios, pergaminos, cábalas, planisferio y efemérides. El santuario restringido al sabio y a su hija, una muchacha pálida e infeliz, sigilosa y servicial. Entró anunciada, tímida, con la bandeja de frugal alimento compartido a ciegas. El Astrónomo le besó la frente y la invitó a esperar lo que aconteciera.

-¿Será hoy, padre?

-Qué daría por saberlo.

Al Astrónomo le agujoneaban las conjeturas.

-¿Leeremos las estrellas?

-Sí.

-¿Habrà una señal?

-Sí.

-¿La veremos?

-Sí.

Era un diálogo fraternal, de mutuo sostén. Repasaron la historia que les condenaba a aprehender la vida dispersa en fragmentos de viejos cometas, partículas nuclearias, bólidos de carrera oblicua.

-Prepara la copa, hija.

-La tengo conmigo.

Un cuenco de roca volcánica aupado a la altura del pecho con las dos manos.

Había que recoger el fruto maduro del críptico Árbol de la Vida mientras rutilara, antes de que las moléculas orgánicas del impenetrable espacio fenecieran

en el tanatorio terrestre.

-Ve afuera, hija.

-Seguiré las instrucciones.

El Astrónomo la situó en el vértice de la estimada convergencia.

-Extiende los brazos.

-Es cuanto puedo.

Lloviznaban fulgurantes saetas.

-¿Maridaré esta noche, padre?

-Deséalo.

La avezada hija del Astrónomo reprodujo el culto vestal de la panespermia, reclinando la núbil cabeza, delicadamente separadas sus enflaquecidas piernas; ella no malograría la conspicua ensambladura.

El Astrónomo, entretanto, parlamentaba con los portavoces de las trece constelaciones, la cohorte de candentes meteoritos en vanguardia y la cola del cíclico cometa importador sin intermediarios encarecedores de la simiente.

-¿Qué dice el cielo?

El cielo contaba venturas y desengaños en recíproca correspondencia. Alguna estrella musitaba a la intimidada sombra la perpetuidad de su temor impedido. Pero nada de esto trascendía del confesionario.

El caldo primordial, fuente de la vida eterna, viajaba a lomos de cristal azogado.

El Astrónomo acercó al reverso de la orante un contenedor de basalto, por si la oscuridad marraba la puntería.

-Sorbe el fuego.

(Cuenta Felio)

La atmósfera caliginosa presagiaba un cambio de tiempo; pero en las Tierras Boreales de Aquende, donde la inestabilidad es patrón meteorológico, no tenía porque ser inmediata la granizada, el aguacero o la ventisca. El tono matinal nos animó a una placible excursión por la Estrechura de Lobos, con Capelméister en funciones de guía cultivado y ocurrente.

El cielo, a mediodía, aún era imparcial. El río encajonado serpenteaba desplazando numerosos pasajeros sin raíz acuática. La vegetación de ribera, limpia y vivaz, coloreaba intensamente nuestra romería entre formaciones calizas sobrevoladas por rapaces, la afinada orquestación de los enhiestos chopos, la adusta centinela del sabinar en las faldas kársticas.

Capelméister quería llevarnos a la ermita fortificada de los monjes guerreros, erigida en el siglo XII en honor de san Bartolomé sobre una pequeña eminencia dominando un amplio recodo del río y una franja de cielo admonitorio. De los cimientos del edificio manan corrientes asilvestradas, frías y bullidoras que sin solución de continuidad y en vistoso contraste tributan en el remanso, anticipó Capelméister adentrándonos en el desfiladero pero desviando la vía rodada por un sendero a la derecha y en declive. Antes de ascender entre pinos y sabinas anunció muy seguro del resultado que iba a excitar nuestra intrínseca curiosidad.

El propósito de Capelméister, la sorpresa que nos reservaba, era llegar a la ermita por un corredor subterráneo que partía de una cueva sita en la escarpadura. Dos o tres veces al año, en fechas antiguas de obvio simbolismo, en una localización central de la caverna y desde hendiduras en el techo abovedado haces de sol iluminan el acceso subterráneo; alumbran una

salida septentrional del cañón; la salida de meridión o del cénit; y el restante fajo de rayos, a modo de alienante cruce de caminos, desorienta al intruso en un dédalo de pasillos truncados y silbantes hasta ser engullido por la laguna sin fondo o con el maltrecho cuerpo cercenado por una gigantesca espada de doble filo. Capelméister sostiene que la luz es solar, nada de fosforescencias de la piedra o interpretaciones de alucinados. También, según explicación de Capelméister condensada de múltiples cauces, los haces de luz proyectados en la roca reproducen los frescos de las naves y el ábside del templo que, amén alegorías, procuran información urbi et orbi y delatan un hecho significativo que afecta a alguno de los observadores que a buen seguro prefería ocultar. Recíproco misticismo entre gruta y ermita.

El cielo perdía a ojos vistas su ecuanimidad anterior, se gestaba la tormenta en torno a nuestra audacia pero lejos de hacernos desistir, recobrando la sensatez y la ruta convencional, nos imprimió presteza y fuimos trepando cual bípedos llaneadores espoleados por precio o recompensa.

Durante el ascenso consideré que Capelméister tubeaba demasiado al elegir el giro, el tronco o la roca que sirvieran de pauta a medida que espesaba el bosque y quebraba el suelo. Mercedes y Julia Potos, con la ayuda de las ramas bajas y los altos tallos, pisaban la huella precedente con encomiable minuciosidad; y yo, en un alarde conservador, arqueaba la trayectoria para mantener las referencias del origen. Quizá por efecto de la persecución a que nos sometía la tormenta, con carraspeos y bufidos de costado, advertencias todavía, o debido a las vacilaciones de un

Capelméister escindido apareciendo y desapareciendo entre la fosca verde (hasta cuatro identidades corroboró mi alterada percepción en un ángulo de ciento veinte grados), como fuere, el Capelméister genuino o una cumplida réplica encontró el hueco por donde colarse hacia las entrañas de la montaña. Muy a punto, pues comenzaba una lluvia rabiosa. Yo, que fui el último en ser ingerido por la boca rugosa y que seguía recontando las identidades de Capelméister, reparé como emitían avisos contradictorios antes de ceder estrujadas por un poderoso abrazo de agua y viento.

Ignorantes los tres de si aquella era la famosa cueva, obedeciendo la voz sinusoidal del guía o bien sujetos a la inercia de los desorientados o por culpa de un tropiezo compartido, rodamos unos palmos de cantizal y unos metros de bacheada cuesta abajo; no sé cuántos. Capelméister, omnipresente, nos esperaba en el extremo del tobogán con su premiosa retahíla, libre de contusiones y remordimientos, empujándonos a seguirle con gesto histérico y voz reverberada. Julia tras él, Mercedes por delante de mí, y picoteándome la nuca fantasmas y desconcierto.

Tras del raudo Capelméister y por un canal angosto pasamos a otra caverna, enorme ante nuestra precariedad, débilmente iluminada, de forma oval, con eco y aire enrarecido. Separados de la pared y raspando el suelo, con Capelméister desbocado y vocinglero sin que sus palabras me fueran comprensibles, tironeaba de nosotros tres hacia el interior de la montaña una fuerza húmeda y fría. Un goteo de agua contra piedra, de agua sobre agua, marcaba el paso de nuestra cuerda de apocados. Por delante una columna de piedra sin remate; al fondo, una laguna. A los lados, en una y otra

pared, galerías excavadas en tiempo pretérito. El desgajado Capelméister entraba a la vez que salía de esos ramales, como si tampoco entonces le satisficiera ninguna elección; pero insistía poseído de un ansia ardiente. En la orilla de la laguna había una pequeña plataforma con asientos rústicos, ásperos al tacto y enmohecidos. El incesante goteo no perturbaba la superficie líquida ni el contorno terroso, sonaba alrededor pero carecía de forma con la que atraparle en imagen. Un susurro de Julia fue intensificado y repetido por el eco hasta hacerlo estallar como un disparo; un suspiro de Mercedes retrocedió escarnecido a lo largo del corredor hasta difuminarse en un gemido lastimero. Ambas permanecieron quietas y sensorialmente inactivas.

Entonces sobrevino otro episodio. Capelméister, infatigable su deambular por pasadizos cegados, trampas para batidores sucedáneos, percutía un tambor con dos palillos de hueso que habría encontrado en los trasiegos. Pensé que entre el esfuerzo mecánico y el protocolo sonoro acabaría despeado si no algo peor, y no tendríamos forma humana de huir; claro que era una preocupación absolutamente personal, y ridícula, conforme se desarrollaban los acontecimientos. Capelméister modificó su itinerario para dar vueltas al rollo con algún sentido ritual; movía los labios, puede que leyera un texto impreso al vacío: el dictado de una sentencia inapelable. Al cabo, rodeó a Julia sin cesar la percusión. La circundada se tambaleó ligeramente. Terció un redoble. Julia, vencida la suspensión, se encaminó hacia el rollo. El aire se llenó de purga. Mis oídos sordos procesaban rumores a la inventiva. Capelméister pautando con acorde macabro.

Mercedes, la afable, la incondicional Mercedes, con paso corto y mirada ausente, cerraba la comitiva; los brazos atrás, Mercedes la bienmandada portando con el mismo sentido ritual la centelleante hoja de la justicia.

Capelméister deponía ante el tribunal. A medida que aquellas palabras desconocidas salían de su boca, las fuentes luminosas ondulaban y fluctuaban como llamas de hachones diseminados estratégicamente por todo el recinto. Los tres siguieron en hilera procesional desentendiéndose de mí como de un mal comparsa, despreciando mi papel testimonial en el retablo.

Ellos o un coro gutural, invisible a mis ojos irritados, salmodiaban dejando constancia de su acerado hermanamiento. Por el eco amortiguado deduje que era una fórmula apostrofada, sin expresión. Unas ráfagas levantiscas principiaron el baile desde los tortuosos corredores, más allá del agua, dejando en pos de sí un eco quejumbroso. Una especie de neblina que parecía brotar de la roca se condensó en la picota como un aura plateada y transparente. Una nube esarlata, siniestra, ciñó al trío imantado. Aproximándose más a la plataforma, o sea, alejándose de mí, Capelméister dio un fuerte redoble recogido por el eco con un efecto terrorífico. Retumbaba la caverna con estruendo incesante; un clamor más y más ruidoso sucedía a otro, hasta que el demoledor estrépito sustituyó al vigente coro de parcas voces que quizá imaginaba más que oía. La laguna de ensimismada superficie se agitó con las ráfagas y los fucilazos. Nuevas estrofas, nuevos redobles y la montaña entera tembló y se desgañitó enfrentada a la extraordinaria artillería.

Una tormenta desgarrando el corazón de la tierra.

Y yo subjetivamente atascado a la sombra de la picota, con una interpretación hartamente trágica y desamparada de la escaramuza.

Vaya situación artificiosa e incómoda la mía, el cuarto intrascendente protagonista y el único espectador tangible. Y para colmo, por si no fuera bastante lo pasado, víctimas mis sentidos de un celo explicable en el momento, con la abrasiva picazón en los dedos y un nimbo magnético puenteando entre el yo y el ello, coronaba el pétreo cilindro que yo recordaba exento de tocado una cabeza. Sí, una cabeza. ¿Quién resiste la tentación de mirar? Un bulto ceniciento, me dije; una pelota manchada, un fardo de arpillera, una generosa ración de cecina. No, a qué negarlo; era una cabeza impecablemente seccionada por un profesional, de un tajo preciso e indoloro.

Era una cabeza altiva. Era una testa regia. Era una cabeza plebeya. De cabellos trenzados... de tez bronceada... Una cabeza barbada... afeitada... hablante... pálida... enjuta... calva... maquillada... greñuda... De prominente mandíbula... de mentón rajado... mofletuda... orejona... tundida. Una cabeza clara... oscura... de nariz chata... picuda... de labio leporino... convicta... delinciente... parda... cetrina... arrobada... obtusa... venable... Una cabeza recortable... dolicocéfala... braquicéfala... Una cabeza noble... ordinaria... amada... gentil... odiada. Una máscara... la traición... la soberbia... la estulticia. Eran muchas cabezas en una.

Prodigio morfológico.

Un estampido arrancó la postrema cabeza del rollo, qué destino sátrapa y reincidente. De bote a rebote, hueca como un balón, saltó al agua y se alejó flotando

hacia otro amarradero. Iba a retroceder hasta la picota, por si remanecían las apariciones y me enteraba de algo más o un disciplinante de luz me ayudaba a fundir las tinieblas, cuando, un destello metálico, cómo no, localizó a Capelméister, Mercedes y Julia Potos sobre una plataforma con alero protector, los tres con la cabeza sobre los hombros chapoteando en la grumosa laguna, derechos a alguna parte en perpendicular a mi ofuscamiento.

La plataforma guarecía de la lluvia. Pésimo cálculo meteorológico el de las televisiones, aunque esté descontado el acierto en estas latitudes. Di gracias a la actividad natural por el útil tallado en la vertiente, justo al despedir el bosque; una boca seca, desdentada. Y al cielo por apretar sin ahogar. Qué horrible castigo el de Zeus si incursos en la arboleda a arbitrio de su puntería nos hubiera asaeteado con sus flechas.

Llovió. Una cortina de agua fresca y limpia como el serpenteado río en el que beben los lobos. Los arquitectos de la naturaleza nos auxiliaron magnánimamente. No hubo excursión al centro de la Tierra. Capelméister tenía el presentimiento que escamparía en nada. Yo no, o lo deseaba. Tronaba y relampagueaba todavía a distancia de seguridad. Entretanto y ante la conformada postura de Mercedes, luciendo en la muñeca una gruesa pulsera de metal bruñido, y Julia Potos, sentada con el cuerpo abrazado y como en trance, Capelméister exploraba la primera sombra de la cueva, impaciente y curioso. Con un palo fino y recio percutía en la roca extrayendo una cadencia somnifera.

Confidencial

Su música es tan arrebatadora como la que interpretan en audiencia privada los celestiales espíritus del primer coro. Es una música femenina cantada por una mujer. Ella, al concluir cada una de sus actuaciones, sonríe enigmática, profética, implicando a su público. Suspendida en la sonrisa blanca una pregunta: ¿Os ha gustado? Implícito el asentimiento, un brindis: Queremos más. Y a sus compenetrados músicos da el pie para lucirse: Improvisemos.

La mano derecha a la cintura, cantando con acento sabio; la izquierda, acompasa femenil surcando el aire de hombro a barbilla. No hay gobierno que frene a esta mujer. Ella sabe cuán aterrador en su facultad es el corazón femenino.

-La música amansa a las fieras. Es una frase hecha de una certidumbre incuestionable. Las Siete Vírgenes lesbianas, también conocidas como las Siete Musas de Lesbos, cantaban acompañándose de la lira. Los conciertos de las doncellas dulcificaban los caracteres de los hombres violentos y sombríos.

Descubrió su voz siendo niña, o apenas mujer. El resto, hasta completar la obra, hasta desalojar a la crítica que la amonestaba por su veleidoso donaire, hasta poder elegir entre un aluvión de contratos solicitando su nueva forma de presentarse en directo, lo obtuvo presintiendo que podía vencer a cualquier enemigo de los muchos con que toparía con sólo proponérselo. Armaba un alfiler de costura para acribillar los almohadones de las camas cedidas; le dijeron que alguien

muy importante en el pasado implantó esa costumbre en pago a los rendidos admiradores. Idolatría y fetichismo: He aquí mi vida, amigos.

-No hay que creer todo lo que se cuenta sobre las divas.

-Ella ha forjado la intimidad del holograma.

A pesar de las insistentes llamadas, la puerta del camerino no se abre una vez acabada la función. Los regalos, las flores, los bombones de chocolate negro, las cortaduras de papel garabateadas con pulso trastornado se amontonan ante el penúltimo obstáculo. Detrás de esa puerta, es creencia unánime, descansa en lecho de azahares un ser idalio, una voz divina; la perfección mitad mujer, mitad ave.

-Las Sirenas eran músicas notables que atraían a los navegantes para devorarlos; originariamente se contaban tres a la orilla de ríos y mares: una tocaba la lira, la otra cantaba y la tercera tocaba la flauta. Su deseo de carne era insaciable. Pero si su armonía celestial fracasaba en la caza de la codiciada pieza, por razones de profilaxis náutica, despechadas, se precipitaban desde los riscos de Levante al cementerio de las naves para morir ahogadas.

Ella, más hermosa que nunca, va a reanudar su canción. El escenario es la vestidura que la ciñe. Afina el gesto de las manos, pero pospone la música que impaciente aguarda el público porque sus grandes ojos denuncian un imprevisto. Es un segundo de vacilación que nadie acusa. Puede que ella finja. Entre el público descubre un observador de mirada fría, un viejo filósofo que ha andado los mismos caminos y que sabe mucho.

-Orfeo era un excelente cantor, y un apreciado

músico y poeta, nacido de una Musa. Pero su fama no ha sobrevivido a la revisión histórica por su habilidad al tañer los instrumentos de cuerda. Es recordado, e incluso adorado, por su arriesgado descenso a los infiernos en busca de Eurídice. Por amor, se subraya. Eurídice, de paseo por la ribera de un río de agua mansa, estuvo en trance de ser violentada por un joven apicultor holgando en la pradería. Corriendo por la hierba para escapar del asalto fue mordida por una sierpe y murió maldiciendo la lujuria. Eurídice era una ninfa de los bosques, pero su vida no duró lo que el árbol a la que estaba unida. Orfeo marchó al incierto rescate entonando el dulce canto que aplaca la crueldad de hombres y bestias. Con los acentos de su lira encantó a los monstruos del Tártaro y a la caterva de dioses infernales. Con su inspirada música consiguió detener la rueda del parricida Ixión; que la roca de Sísifo, el más astuto y el menos escrupuloso de los mortales, quedara en equilibrio; que Tántalo, castigado por soplón y ladrón, olvide su hambre y su sed; y que las homicidas Danaides dejasen de llenar un tonel sin fondo.

El hombre que sabe mucho y que ha irrumpido suavemente en la actuación está algo desconcertado. Hace tiempo, callará cuánto, de ella escuchó la verdad sáfica y comenzó a descreer del arrepentimiento. Tampoco podía ya recitar una estrofa o escribir una línea sobre el alma de la mujer; unas palabras henchidas de candor, pronunciadas en su justo tono, darían al traste con sus místicas especulaciones.

-Las Piérides eran nueve muchachas que ni saliendo de cuidado perdieron su virginidad. Muy hábiles en el arte del canto, rivalizaron con las Musas

proponiéndoles competir a domicilio en el monte Helicón. Fueron vencidas y sufrieron el castigo de las invictas que las convirtieron en aves de diferente pluma.

Ella, en el altar del triunfo, canta esa canción que la retrata, segura de que el eco persistirá por los siglos; y surgirán en sucesivas épocas portavoces de su victoria. Luego, satisfecha de la canción, loada con un fervoroso aplauso, se durmió al lado de su sombra; o sobre su sombra; o entre su sombra. Y quien así la vea afirmará que es una mujer feliz.

Parafraseando a Hesíodo: “Dichosa aquella a quien las musas aman; de sus labios fluye dulce el lenguaje”.

(Cuenta Mónica Uve)

Zemyna, la licenciada. Es una celebridad en boca de amigos, conocidos y adversarios. Nunca pasa desapercibida, se esmera para que la reconozcan de día o de noche, y es constante su mención sea cual sea el comentario vertido. Pero, paradójicamente, es harto desconocida para éstos mismos. Quizá de ahí su inextinguible encanto. Zemyna pertenece a la clase de personas cuya imagen es objeto de halago, sí, y en gran medida de confusión y contradicciones debido a que ella, su luciente vida y su obra tangible, tiende a desaparecer bajo el caudal de una exuberante leyenda confeccionada basándose en rumores y anécdotas con propensión a investirla de una ambigüedad bañada en sales aromáticas. Pasea capa de raso y antifaz de pedería junto a su doble atractivo y su descollante ingenio, a raudales ambos, y su reincidencia en el laceo y doma de hombres prestigiosos, afrontando con insolencia pintiparada la moral del grupo, arrogándose

por derecho la compañía sucesiva y a veces simultánea de la elite inteligente, provocando enemistades, vicios, patologías, declaraciones ebrias, rupturas y otros avatares sentimentales de signo adverso. La coleccionista de reputaciones tituladas académicamente desayuna en las cafeterías con firma de interiorista y almuerza y cena menús ligeros o tentativas culinarias compartiendo mesa y paladar. Los lunes no festivos psicoanaliza sus propias emociones y experiencias, es el día consagrado a retirar las capas de barniz acumuladas durante la semana. A este ataque preconcebido a la hipocresía lo llama puesta a punto para el porvenir. Además, controlando los tiempos de paso en los tramos especiales, proyecta vidas en común entre amigos complementarios con el altruismo de quien se cuida del tedio como del mismísimo demonio. Ha establecido un modelo de relación larga y fructífera con sus favoritos descartando el engorro genital como intercambio de placeres. La óptima simbiosis está gravada con un inmenso sacrificio: el de ignorar las formidables acometidas de la fiebre fisiológica primaria. Puestos de acuerdo en las preferencias, la concordia es gobernable y duradera. Ella está decidida a no sacrificar su libertad de elección por nada, incluso a defenderla hasta la crueldad.

Agalia, la resuelta. Es redactora de cáusticos manifiestos en favor de las causas convenientes. Se dedica al mitificado goce de hacer cuanto le viene en gana sin dar tres cuartos al pregonero, adoptado el lema: Conviértete en lo que deseas. Agalia no se cansa de contemplar la genuina hermosura sea cual fuere su formato de exposición; en cambio, postula por la abstinencia al exhibir los antiestéticos romances y los apaños

atribuibles al exceso de oferta. Sigue cursos de literatura preceptiva impartidos por un venerable anciano ciego, que ya no quiso ver más aberraciones y desatinos al pronto entronizados en la cosa pública, y lee poemas impresos al dictado de los acontecimientos apoyada la espalda en la tapia de un cementerio abandonado. Es mujer viajada y a la vez hogareña en los intermedios, que ha hecho de su casa un lugar de reunión, reflexión y lecturas improvisadas, reservada e intransferible la prioridad en la admisión y la pernocta. Adscrita a su irrenunciable carácter polemista, escribe epigramas a los que no pone fecha ni aduce en nota aparte el motivo inspirador de cada uno; en ellos sintetiza las maniqueas conversaciones entre sus invitados de las que también participa activamente por echar leña al fuego que todo lo consume y producir, en la inercia de causa a efecto, inscripciones, aforismos y nuevas querellas seudocientíficas. Sabe detectar el talento, el que le convence, y no duda en apoyarlo con una palmada en el hombro o un cepillado dactilar de pelo y desde su magisterio propagarlo entre los senadores animistas y los peripatéticos. Fiel seguidora del movimiento como expresión vital, dado que el movimiento se demuestra andando, recuerda que en la infancia sus maestros fueron las olas del mar, las nubes en libérrima procesión, las hojas de los árboles mecidas por el viento y las vertiginosas aguas cuesta abajo; al rayar el alba o cuando las cresterías se sonrosan corre un rato en competencia con el Sol, sin querer ganar. Abstraída en el origen de los sentimientos, porque en algo hay que entretenerse mientras se cruzan los puentes, sin buscar respuestas, cree que la pasión es hodierna, breve, nominal y sufre un mayor y más

acelerado deterioro que el cuerpo del que se extrae, los epitalamios y las esquelas; y que la muerte hace acto de presencia al nacer. La octava noche de mayo, a la hora en que las brujas saltean la cena que sirven al lavandero de los cornúpetas, en un labrantío de la ínsula Barataria baila una pavana con el mego nuncio del brigadier Sancho Panza.

Nínive, la autodidacta. En su laboratorio de personalidades pasa horas o días enteros cumplidamente perdida la noción del tiempo, entreabierta la puerta para que la aquiescencia cuele el desafío y la afinidad, sosteniendo esa sonrisa que la hace deseable, inteligente. Nínive, a su vez, picotea en todas las puertas, figgoneando por los resquicios como si fuera niña, como si fuera anciana, a ver qué cae o quién le ofrece el trozo de pastel más succulento. No es ni nunca será una mujer feliz, dice. Sus bruscos cambios de humor la arrastran de la compulsión expresiva a la catatonía. Pero el estupor es sólo un paréntesis; poco o mucho después, según el grado de recuperación, se confiesa con obscenidad depurada tachando de repulsivo todo lo concerniente a la víspera que la deja en mala posición. Come, bebe y fuma a discreción para apaciguar el desengaño, y para burlar el envite de sus sofisticadas debilidades. Si se embriaga más de la cuenta pero todavía no rueda sobre el pavimento se torna huraña o pendenciera, indistintamente, y antes de llevarla a casa, siempre encuentra un amigo que se presta a cuidar de ella en el bochornoso trance, revive entrecortada y al oído un rodeo expresionista anejo a la carpa circense. Dice, entonces, que esencialmente le atrae la pasarela que cruza el abismo, sin especificar el abismo, y que hace lo que hace a modo de ardid para

sobreponerse al pánico que le da mirar hacia abajo. Intenta poner el pie en la tabla que vadea el abismo a la par que se pregunta si habrá otras pasarelas que franqueen el paso. En brazos del amigo, reteniendo la intimidad y la penumbra, vomita un monólogo desquiciado en el que denuncia la mediocridad de la parodia cotidiana y su miedo al contagio, a la putrefacción, al miasma. En estados de cordura reversible, a solas, procede a complimentar un almanaque de apócrifas memorias mixturando irónica, tierna y cruelmente las actitudes y caracteres de cada uno de sus salvadores. Relee, cabecea, suspira apesadumbrada. Miguel de Cervantes Saavedra escribió que las tristezas no se hicieron para las bestias sino para los hombres, pero que si los hombres las sienten demasiado se vuelven bestias.

Hermión, la déspota. Mujer audaz precedida de la aureola del éxito en las facetas públicas; le basta estampar su sello para cobrar el beneficio. En el envés de la irisada tela, desplazada con dedo fisgón, la calamitosa configuración de su privacidad condiciona el fracaso, el irremediable desastre ante cualquier intenciona y, en suma, la práctica inexistencia de relaciones íntimas. Hermión no siente el vértigo de la indeseada soledad, piensa que aún le quedan años asistida por el innato sentido de la teatralidad, su fértil imaginación y un vitalismo abonado por la niña que conserva para sí. Hay que llamar la atención para conseguir el objetivo, su máxima. Lo repite frente al espejo, es su última reflexión consciente y su primera reacción al despertar de un sueño habitualmente profundo. Hacerse notar, ser alguien en todo momento; y después, reposar las experiencias en un escritorio de cajones

cerrados con llave: cada cajón celando algo fascinante para la inasible posteridad, marcado a fuego, inequívocamente suyo. En público aparece como un maniquí, impecablemente vestida y peinada, estudiados al milímetro el gesto, la expresión y sus correspondientes destinatarios a fin de demostrar que es una mujer dueña de sí misma y del escenario. Es una artista que posa desnuda frente a las ventanas de los vates ayunos. Su cuerpo es la estética plasmación de un ego marmoroso esculpido por Miguel Ángel. Pero su deslumbrante figura es de colores fríos y duros, más imaginaria que real, amoldada a una lujuria decadente, voluptuosa, sensiblera y falsa (perdón por el modo de señalar descaradamente arisco y prejuiciado), consecuencia de una atracción simultánea hacia el metal, la gema y la carne. Mírame, pero no me toques: la anatomía sometida a la disección de la gaya ciencia, a la desintegración geométrica en círculos y triángulos; texto y pintura. Es una tirana de tragicomedia griega intérprete de sí misma en el proceloso arte de la vida (ah, la poética influencia), imponiendo servidumbres y una renta elevada de pago anticipado, por qué no, que hará lo imposible para no caer de la lista de popularidad. Pague quien deguste el canapé.

Elvira, la ensoñada. Se siente un tanto excluida de los aconteceres que conforman este pequeño mundo esférico achatado por los polos, contemplándolos con ojo atento, más bien calibrando el grosor de la maroma y un sí es no condescendiente por no saber qué carta jugar. O puede que por haberse resignado a mirar por encima de los muros o por el ojo de la cerradura, sin rencor. Elvira tiene amistades ficticias que son reflejos batalladores en pro y en contra de la

hacedora, a las que concede su inventiva en el desarrollo de situaciones diarias desde su peculiar observatorio. Estas amistades imaginarias, sueltas de la inclusa, practican el guion libre; o sea, triscan como duendes que tiran al monte y al salto de tapia, burlescos y burladores, sátiros de la tiente bailando el agua en corro al ofuscado don Quijote, penitente en la intrincada floresta de Despeñaperros. La viveza con que su alentada imaginación recrea esas amistades dotadas de franquicia la llevan a experimentar todas las pasiones como si realmente le hubieran sido adjudicadas. Forzada a recobrar el tino, una o dos veces al día, da a los pedales de su bicicleta esquivando las zonas urbanizadas, los escombros desasistidos, las basuras corroídas y el estertor vegetal. A su lado, acompasada la marcha de fuga y cierre, con el sano juicio en la visera prosperando cual gallardete, don Quijote, genio y figura, previene a Alonso Quijano, ya el hombre cerciorado y preso de la repercusión de las aventuras montaraces, sobre la imposibilidad de atar las lenguas de aquellos maldicientes: “Que es tanto como querer poner puertas al campo o coto a la hidalguía”. “Entienda vuesa merced que los mal curiosos, los chismosos, los tratantes, los famélicos de espíritu e inteligencia, los parasitarios, los blandos, los traficantes, los esquinados, los arribistas y los envidiosos son los culpables de la histórica decadencia española y de la vergonzosa circunstancia del extrañamiento de la patriótica labor de sus próceres”. No le guardes el secreto.

Seducción

Concluyó la plática y puso su majestuoso índice en los labios, con la gracilidad y oficio aprendidos de la maestra Discordia. A esta indefectible señal ejecutada primorosamente le siguió la gravedad en el rostro y un pesado silencio precursor de las grandes decisiones.

-Las damas jóvenes se buscaron de reojo para apoyarse como habían acordado antes de acudir a la cita despojadas de adornos y colores, con tocado flexible y halda al tobillo. Aceptando lo que se ventilaba para ellas.

Las postulantes eran hijas de la madre Olvido.

-La hija de la Discordia se llama Olvido.

La niña nació en casa y a media luz. La madre estuvo una semana con dolores de parto, ataviada como para ir a una recepción en Palacio, desasistida de la comadre, alcahueta excedente y picajosa, viuda, casada en segundas nupcias con un fullero de buena planta, ladino y gritón, melindroso sacacuartos, que la hacía feliz los martes y los jueves después de cenar. No se avino la comadre a la gratuidad del servicio, hoy por mí y mañana por ti, ni al pago fraccionado ya que la parturiente era una rival de fuste y una avara impenitente. A todo eso, una semana de tira y afloja, de ruegos y amenazas, la criatura ya formada y en su peso no atinaba con la salida o remoloneaba anticipando el carácter con el que iba a presentarse en sociedad. Impe-tró la sufridora Discordia a la comadrona que pasara el gasto y las dietas a la concejalía de servicios sociales. Pero la partera quería cobrar de la preñada, por

contracciones, dilatación, flujo, bolsa y cordón, innegociable la propiedad de la placenta, al acto y en metálico.

La niña, gracias a Dios, nació entera y viva. Las primeras palabras que dirigió la Discordia al cachazudo fruto de sus entrañas, hija de su padre tenía que ser, ponderaron la obediencia a su madre y a las estrictas normas que ésta le iría dictando, referentes de la política social, gonzúa que abre la mayoría de puertas. El preámbulo: “Tú eres hija de tu madre; tu madre es tu madre, tu padre, tu hermana y tu abuela. Tu madre es un todo indivisible. Has nacido porque me ha dado la gana. Cuidarás de mí sin rechistar. Acatarás las decisiones de tu madre y compartirás sus objetivos. Tu madre es sabia. Tu madre es experta. Tu madre no concede espacio a los sentimentalismos. Respeta y teme a tu madre por encima de todas las cosas. Cuando me muera heredarás lo que te deje, incluidas la finca y la fuente, si te comportas como es debido, y me santificarás todos los días de tu licenciosa existencia. Si me asesinas te desposeeré de fortuna y mi albacea contratará un sicario que te arrastrará al infierno de los monoteístas”.

El puerperio también se prolongó más de lo debido y dejó maltrecha la salud de la abnegada Discordia. A la hija la llamó Olvido, con doblez. La niña Olvido nació sabiendo, de casta le viene al galgo, con la apostura en las neuronas. Fue una infanta dócil y aplicada, una adolescente ingeniosa, un encanto femenino. Su madre le atosigó hasta la menarquia. Cruzado el puente con llanto y congoja fotogénicas depositó una rama de laurel en el sepulcro de la madre Discordia. La mujer Olvido tuvo cuatro hijas de sendos histriones.

Cumplimentado el censo de vástagos sin errar en el sexo, las impúberes nietas de la Discordia ejercieron como pajes de novias ilustres a las que con pericia heredada tejían los velos con que disfrazaban su edad.

-Una a una, modosas, asintieron. Cuatro afirmaciones, cuatro danzas con música de agua.

-Desnudas, cogidas por los hombros; tibias, laxamente distraídas; la mirada al sesgo. Adoctrinadas por la Maestra.

-Qué visión estimulante: mejillas de amaranto, flores de viento.

-Quién pudiera...

La fémina Olvido había salido exhibicionista y cortesana, como deseaba su madre. A sus cuatro hijas la vocación les llegó con el destete y para asegurarles un porvenir, y para desamarrarlas de la familia, las internó en la academia Vernon para sindicalistas del espectáculo, que cuesta un riñón por curso y prácticas ad hoc. El centro se rige por los mismos criterios económicos que inculca. Las hijas del Olvido convalidaron la costura por las hechuras, serían alumnas aventajadas y devolverían el cincuenta por ciento del dispendio académico al graduarse; lo prometieron candorosamente a su madre y a la intransigente memoria de la abuela.

-Las niñas del Olvido hicieron carrera.

-Las niñas del Olvido visitaban a su madre en la finca de la Fuente cada bimestre para rendir cuenta de sus progresos. La madre, colmada la exigencia, las obsequiaba con halagos y una reconstituyente cura de aguas.

-Las cuatro se reúnen con su madre los equinoccios de primavera y otoño en la finca de la Fuente,

revisiones de mantenimiento. Fines de semana de balance y terapia; ríen y cotillean las hijas del Olvido con la felicidad de los ignorantes bien pagados.

En la finca que inverosímilmente adquirió la previsora discordia en el declive de su mocedad, hay un manantial sobre cuyas aguas circulan rumores alucinados y mucha envidia local. Se la conoce como Fuente del Olvido, y nadie duda de su propiedad.

La madre Olvido, por seguir la tradición, por alentar el espíritu émulo que inspira a cada cual el gusto por su oficio, da de beber de la fuente a sus cuatro hijas. Ella, después de haber cruzado el puente y depositado en la piedra sepulcral un beso con su bonito dedo índice rozado en los labios afligidos y pronunciado la frase: “Calla y olvida”, no volvió a probar el agua de la fuente con su nombre.

(Cuenta Felio)

Nora Bómez Mestero estaba muy unida a su madre, la finada Adelaida Bómez Mestero, madre y consejera, que lucía a la última transformando un vestido viejo en nuevo, alquilando joyas, decantándose en el trato esporádico por los caracteres apacibles de los cincuentones acomodados. Se esmeró con Nora, la hija buscada, el báculo en la inmisericorde senectud, la muñeca de *soirée* y alcoba, imbuyéndola de elegante gusto, enseñándole a gorgoritear en francés, a mercearse y bailar donosamente, entornar los ojos, velar la voz, componer atractivos y a prefigurar melancolías, misterios y éxtasis según terciara. Nora conoció la manera de acicalarse y perseverar desde la infancia y aprendió diversas técnicas y recursos de emergencia:

llorar en seco, preparar infusiones, recitar poemas modernistas, apuntar maneras al tresbolillo; pero no podía compararse a la maestra Adelaida. Nora Bómez Mestero era mujer de luces fundidas que, a la fuerza ahorcan, suplía la lobreguez con destreza erótica. Su elección, tras haberle examinado la paciencia y dirigido el apetito con más promesas que afectos, se llamaba Gabriel Redo Páez. Las ínfulas de Nora y sus numerosos merecimientos obraron la confluencia y aventuraban un desenlace acorde al convenio. La cosa estaba madura para formalizar pero el afortunado, por lo que fuera, no agilizaba los trámites. Nora no sabía ya con qué arte persuadirle de la bondad del matrimonio en régimen de gananciales. Gabriel Redo Pérez, hombre sobrio y comedido, tímido y misántropo, accedió sin entusiasmo a la cohabitación y Nora, la belleza rasante, se hizo fotografiar a la puerta de la vivienda de Gabriel con el collar de lágrimas de Batavia que su madre le cedió en vida y que a la postre fue lo único mueble que recibió de ella. Un homenaje sentido a la difunta, una foto para enmarcar en plata. Al pasar los meses las tornas cambiaron y Gabriel Redo Pérez, ya despachado de instintos y con los objetivos alcanzados, abogó por la igualdad de derechos y obligaciones pasando a la desafortunada Nora una crecida nota de gastos, exigiendo el equilibrio presupuestario. Adelaida se revolvió en su caja de ébano, quizá por la torpeza de su niña, quizá porque le faltó impartirle una lección básica. Nora la despechada había gastado en salvas toda la pólvora. Intuyendo lo que se le venía encima se encerró en la alcoba para forzar la compasión de Gabriel. Vano intento. Las lágrimas de Batavia rodearon el cuello de Nora la víspera del desahucio. Al

amanecer, colorista y nervioso, los dedos de la infeliz Nora Bómez Mestero habían descompuesto en polvo que la escoba barre el legado de su reputada madre.

El hado de Evaristo era un lacre montaraz, no había forma humana de disolverlo. Uno tiende a compadecerse del infortunado prójimo al leer su biografía, resumida y novelada. Evaristo era natural de Conservas, población en reflujó, y esta flagrante contradicción no ayudaba a abrir el sobre. Evaristo aspiraba a recalar en la ventura, estuviese donde fuera, antes de fenecer anónimo y llagado en la depresión; Evaristo ambicionaba destruir el ulcerante sello. Así iba y venía el desdichado de todas partes a ninguna; busca que te busca una plegadera. Hasta que... En su aún joven vida, Fabia había recorrido alternativamente muchas leguas de tierra y millas marinas. Vino al mundo a orillas del tortuoso río Porfía, a complejada, más oculta que desnuda, una olvidada fecha de pegajoso estío. Era inevitable, incluso deseable, que la desventurada Fabia, una vez sus piernas sólidas y el entendimiento desbrozado, escapara al trote y al rebufó de la porfiada corriente. Pero con su naturaleza a cuestras la huida, como tal, estaba condenada al fracaso. Aunque... Evaristo salvaba los desniveles con pértiga, alocado al tomar carrerilla, saltando con los ojos cerrados para acrecer la caída y el golpe, a ver si así cedía la pasta gomosa y se volatilizaba el barullo. Fabia portaba su lío bajo la ropa holgada, qué remedio, esquivando percances y murmurios, harta de travesear entre postas y puertos. Evaristo cobraba impulso antes de saltar, y aliento y esperanza, apretaba los párpados hasta sentir el acicate del riesgo y salía disparado loando la inminente caída; a ver si de una bendita vez... El cielo

sobre Fabia se oscureció, el aerolito tenía forma animal, la indefensa Fabia se resignó al asalto: venga pues, suspiró; y con presteza se echó al suelo, abrió las piernas y afianzó los brazos de acogida. Evaristo dio de bruces con la ofrenda. Se la quedó mirando con curiosidad y pasmo. Fabia mantuvo la postura sin esfuerzo, hasta puede que ampliara el ángulo de recepción. Como caído del cielo; como brotado de la tierra. Fabia presumió que no la abordaba un desalmado que a brincos y tropicado viola a la hembra que se pone a tiro. Evaristo respiraba desacompasado, estaba indeciso y comenzó a turbarse cuando la despatarrada inclinó levemente la cabeza hacia el tepe sin bajar la mirada de sumisa rumiante. Resbalaba la luz por el sembrado, rielaba el cuerpo a medio cubrir de Fabia. El temperamental Evaristo sucumbió al cazador llamado de la trompa, tendió su cuerpo frente a ella a distancia de contacto y contempló rijoso y atónito los aspavientos de una mano que rozaba el seno por la base, de otra que incitadora se deslizaba vientre abajo, de la tercera que caracoleaba en el crespo cabello. Evaristo entró por el derecho y lidió una faena de alioño mientras ella con una mano le afilaba el estoque y con las otras dos, dulce, virginal, acompasaba el empuje torero. Tácitamente, apadrinados por la Luna nueva, ahormaron sus destinos. Evaristo guardó el relato de la conquista y el de la amada y ella supo agradecersele borrando con su anomalía, al calor de la lumbre, las señas del remitente.

El gran placer del cuerpo. Cruz Bermejo estaba perdidamente enamorado de Davinia Friseis. Ella fue su primer amor, precoz erotomanía; ella era su única y verdadera pasión. Davinia Friseis se dejaba querer por

el libresco galán, y actuaba según ardorosa petición secreteada a la celosía. Atrás el calendario, cuando en él despuntaba el celo y la jovial desinhibición en ella, la venusta Davinia le propuso sonrojarse a dúo en la enramada. Pero a Cruz Bermejo lo que le gustaba era mirarla, separado del objeto de culto adorarla y perderse en el arcano de la efigie. Lo que más agradaba a Cruz Bermejo era admirar la sensualidad de Davinia cuando ella repasaba la lección y memorizaba articulando frases mudas pendiente del examen. Cruz Bermejo no pasaba del postigo, le daba gozo a la libido a cambio de unos regalitos, detalles de caballero, que abonaban el numen de la graduanda. Davinia Friseis ponía empeño en aprobar, era puntual, disciplinada, impecable en el arreglo e innovadora. Pronto colaboró en la redacción del temario corrigiendo desfases, incluyendo experimentación sensitiva. Su aportación fue terminante, se hizo con el preciado título y posteriormente con la libertad de cátedra. Cruz Bermejo tenía el alma romántica: bastaba una mirada de la divina para transmutar en ascua la carne, para sublimarlo. Los ojos del enardecido mentían y el corazón le dictaba palabras confortadoras. Ella, sólo ella, exclusivamente Davinia para su Cruz. El cándido enamorado, escondido detrás del parapeto, inspira un gratificante asombro en la mujer que se exhibe. Cruz Bermejo era feliz junto al retrato íntimo de la mujer amada, sólo ella para él, con él a solas en el paraíso terrenal; veía a través de su ceguera los objetos que adornaban a Davinia, que acariciaban su cuerpo y alimentaban su ego, las dádivas y los presentes en lista cronológica, los instrumentos de la seducción propia y ajena, una mole antropomorfa. El penúltimo placer

del alma. La sicalíptica Davinia manoseaba el juguete de cara al palco, como si el mirón fuera una cámara espía registrando el atrevimiento lascivo, la rutilante impudicia, el aprovechado aprendizaje de lolita. Un filme a propósito del rufo admirador. Era una idea saludable. Cruz Bermejo se felicitó por su buena estrella. Ahora ya podría disfrutar de su amada sin interrupciones, burlas soeces o accesos de vergüenza. El último placer del cuerpo. Davinia demostró su estima, más aún, su franco reconocimiento al amigo circunstante acordonando el palco y cada mes sin faltar uno grabando vídeos en formato doméstico, cinta virgen y guion original, dedicados a su larvada afición. Querido Cruz, perviértete a tus anchas.

Maritina era una mujer pragmática, ducha en apañños, emprendedora y tenaz, con un toque de distinción en su quehacer jamás descubierto. De juicio preclaro y contrastada solvencia, concedía gran importancia a la imagen, especialmente la que dispensaba a sus parroquianos, a la independencia, básicamente la suya, y al espacio vital, circunscrito al propio. Maritina fue educada con esmero desde la modestia paterna a la institución educativa del filántropo don Senén Corrujedo y Vázquez del Buendía, en la que adquirió cultura general y habilidades manuales para desenvolverse con soltura y garantía. Su paso por la escuela de cocina de Cleo Román la decantó profesionalmente hacia ese conspicuo territorio. Su casa de comidas, inaugurada con menú de degustación para la familia e íntimos una tarde del esplendente junio, enseguida obtuvo el favor del público y a no tardar una notable calificación de la crítica especializada. La ascensión de Maritina fue rápida y concluyente. Hasta los obtusos

inapetentes reservaban mesa redonda las fiestas y se rendían como el resto o aún con mayor entrega si cabe a la maga culinaria. El negocio creció más allá del optimismo y las expectativas comerciales, el prestigio de su nombre y su obra calaron allende la promoción inmediata; la gente estaba a gusto en el restaurante, pasaban horas y horas de charla al hilo de la divulgada actualidad repitiendo el café, las infusiones y los licores, picoteando pastas secas, turroneos y repostería conventual. Toda la producción de la casa era de una excelencia incuestionable. Los comensales, aguardando a la puerta del establecimiento, se relamían anticipando la singularidad de los platos, del entrante ligero, la contundente olla, las jugosas tajadas, el dilecto postre. Maritina aprovechó el tirón de popularidad y la beneficiosa pugna entre los proveedores para ampliar su casa de comidas y comunicados a los edificios colindantes. Era opinión unánime que aquella mujer, discreta, amable y activa, poseía el don de la infalibilidad en sus recetas, lo que le otorgaba una ventaja sustancial respecto a la competencia. Una cocina adictiva, peculiar, apetitosa. Cada plato rememoraba un sabor, una fragancia, una evocación, un beso. Cada plato contenía la esencia de su autora y, además, el quid cautivador. Frecuentaba la casa de comidas y comunicados un fogueado rapsoda de instruido paladar. Él resolvió la adivinanza, pero sobre ello no versificó nunca. Comía lo que ella decidiera servirle y bebía cuanto zumo de uva escanciara en su copa; cada bocado era un ósculo. Besaron al artista miles de bocados que ella elegía, cada plato una gota, una sencilla gota de saliva. Cada transfusión una rima, un destello, un guiño imperceptible. Maritina conversaba con los

clientes sobre aspectos lúdicos o trascendentes en la sobremesa, cordialmente bromeaba y brindaba con ellos. Pero a nadie soltó prenda del ingrediente mágico. Extracto de Maritina, tituló el rapsoda en el tránsito a la posteridad.

Era una señora blanca a la que llamaban Genoveva; nombre acondicionado a la asequible pronunciación de los memorialistas. La señora blanca, silueteada o en esbozo, era un hada; era una fantasía, un bello ser rescatado de la incógnita y el frío. A Genoveva, circunspecta mujer, la trajo izada sobre sus hombros un augur de habla baltoeslava, humildemente pertrechado, del que nada más se supo. Genoveva debió acabar acalambrada por la postura y con los traeres rasgados, sucios e inservibles. Y sola, desamparada de asidero. La señora blanca fue una aparición celebrada en la comunidad, las clamorosas diferencias dan mucho juego y abren las puertas del perímetro amurallado, amén la polémica y la agria discrepancia de quienes entre otros asuntos de complicada sinopsis no aplaudían su concurso diario desnuda y triscadora en la balsa del baldío junto a la ruinosa majada. Por ensalmo, sin autoría a la que agradecer o maldecir, el destartalado edificio se rehabilitó en casa de acogida, centro de peregrinación con tapujos, oráculo de consulta, respuesta y vaticinio. Genoveva se prestó a la devoción tanto como a la curiosidad y al agravio comparativo mascullado por los rincones de los que nadie con nombre se libra; A partir de gestos y dibujos en el barro se hizo entender y puede que hasta respetar, consiguió mobiliario, ropa, viandas, utensilios, materias primas, un hueco por el que colarse en el pintoresquismo tribal con la colaboración de una avispada

intérprete de sus facultades. Pese a su juventud, Genoveva hilaba y tejía primorosamente, fue su tarjeta de presentación y pase de acomodo, su talento artesano y foráneo se vendía en tenderete primaverales dirigido por la intérprete que cantaba las excelencias del producto con ronca imposición. Para los pobres y los huérfanos había dispuesta una partida de género gratuito que entregaba la propia señora blanca en mano y con hechicera sonrisa. La hacendosa y caritativa Genoveva, venida del frío y el castigador silencio, no daba abasto con los pedidos y las modas, su salud tendía a la fragilidad, su juventud se marchitaba en el taller de confección y de ella se evaporaba la industria y la mejor esencia que estaba por conocerse. Al cuarto otoño la blanca señora se transfiguró en una entidad tutelar relacionada con arroyos y regatos, los bosques del confín incierto donde se nace pero no se quiere morir, el destino y la felicidad del individuo y el clan. Una transformación que en boca de los detractores asimilaba a la nívea doncella con la promiscua bruja de los relatos oscuros; un festín de posesos, una orgía de impíos, un carnaval de animales. Genoveva parodiaba con humor certero y corrosivo la vida del adepto a su consejo revelador, por hacerle más llevadera la carga; la intérprete, nacida en el calor y crecida en las habladurías, trasladaba la petición y la cuartilla curricular a las dependencias de la encantadora; el consultante seguía el baile en la antesala del altar de los parabienes, distinguiendo o intuyendo a través del enverjado; la sensación era de irrealidad onírica, una mixtión de fábula y dramaturgia listada a llama de cirios olorosos. Los adeptos de la señora blanca fueron tantos como alivios proporcionaba con su método patentado. Y es

que Genoveva llegó a esa tierra orlada de superstición y costumbre para aligerar las aflicciones con traducción simultánea o, según el grado de desesperación, poner fin expeditivo a la angustia: “La muerte es la liberación”, escribían en el libro de actas los desahuciados. En el libro de preces escribían los testigos de su gracia: ella es de rocío; ella es el senado; ella es el viento que mece las entretelas de la pasión profunda, visceral; ella es la alba clepsidra, el sustantivo gozo, la lozanía, la lujuria, el vaciado. A las puertas del octavo crudo invierno, el arca rebosante, al hada se le desentumecieron las alas.

Aprecio de la leyenda

Era un hombre atraído por las rarezas, sólo eso. En los pueblos y en las aldeas solía encontrar los artículos, las materias y los ejemplares que tras el preceptivo regateo y la comedida satisfacción del intercambio de intención por objeto (yo gano, usted gana y todos tan contentos) almacenaba no se supo nunca dónde. Es falso y excesivamente bienintencionado atribuir a este hombre diestro en el hallazgo, gastando el dinero que tenía, que despojara a la gente de sus lacras y dolencias morales; no se le conocen milagros de tal calibre en sus andanzas. Estaríamos hablando de otra persona que en este panegírico ni se piensa ni cabe.

Era un hombre asiduo a la feria de las renacidas fatuidades, que había tomado gusto a la compra definitiva; sólo eso. -El hombre pasa y el retrato queda, permítaseme la obviedad que adustamente sostengo en contraposición a la inicua callada de quienes me abstengo de citar en este congreso.

-Cuánta inmodestia ha costado que este hombre sea universalmente comprendido; y que su honesta memoria, su holgado ropaje de dilatados bolsillos, su entretenido ir y venir, su ociosa espeleología, fueran conjuntamente gratificados por el producto de sus enseñanzas que esta junta ha tenido a bien regular en sus emanaciones.

-En una cueva al fondo de un paisaje arisco y lejano, me contaba siendo yo niño alguien depositario de muchas leyendas, se reunían unas señoras feas y malhumoradas, climatéricas y esqueléticas a celebrar el

conciliábulo de las brujas; y al salir por la boca de la caverna, con las instrucciones aprendidas, en vez de volar escoba en ristre esfumábanse de la crítica y la persecución convertidas en nubes.

-A Ícaro se le derritió la cera que fijaba las alas a su espalda por acercarse demasiado al Sol. Ícaro nunca fue un ave de fuego, como ya sospechábamos. Su padre, Dédalo, enseñó a Ariadna cómo Teseo podría encontrar su camino en el Laberinto. Teseo mató al Minotauro, cosa que enfureció a Minos quien ni corto ni perezoso encerró en el susodicho Laberinto a Dédalo con su hijo. El orgulloso Ícaro, dotado de alas mitológicas, desoyó la recomendación de evitar remontarse a mucha altura ni temerariamente rasar los cultivos, y se elevó por los aires como el ave de fuego que no era. Las alas fueron a caer al mar, recogidas siglos después por un arqueólogo de ocasión y vendidas en el rastrillo a un extranjero acaudalado atraído por las rarezas.

Ninguna compra es igual a otra. Los ofertantes en mercadeo con este aguerrido comprador, estrechadas las manos y palpada la cartera, marchaban casi sin poner los pies en el suelo. Un observador de buenos ojos vería sobre los hombros de los ligeros unas sutiles alas que el Sol no derrite. El comprador hacía fardos que mandaba llevar por recaderos sordomudos nadie sabía adónde, quizá por precaución.

-El buen pintor ha de bucear en el alma del modelo.

-El buen amigo, a pesar de esa cara de tan poco amigo, nos saca del mal trance.

-El tiempo pasa y el retrato queda, ciertamente.

El hombre aquel tuvo un gran amor oculto, que explicaba parte de sus frecuentes ausencias. En una casa de armoniosa arquitectura guardaba y defendía el

tesoro único de la felicidad en momentos privados: una mujer bellísima. La declaraba como una esposa dorada, un haz de simpatía, un abanico de entregas decorado en azules.

El hombre tenía mucho gusto para todas sus cosas.

-A los pequeños incidentes de la vida hay que aplicarles fábulas. Tiempo adelante, cubiertas las mayores distancias de grado o por fuerza, alea en el cristal que el fuego y el vaho empañan el reconocimiento de una virtud y un mérito ajenos y poco comunes, según se juzgue para nuestro bien o para nuestro mejor. Habrán pasado muchos años, los discípulos de ayer serán los maestros hoy. Viejas eran las enseñanzas del maestro, viejas serán las de los discípulos.

-“Las fuentes y los pozos antes de beberla conservan el agua fresca”, anotado en rudo papel de viaje un día de sed.

-La vuelta al impresionado lugar de la infancia es atusada con serenidad y decisión. Pretendo, ahora sí, asistir a la fiesta de las damas despreciables abuhardilladas en su conciliábulo y hacerme con el recibo de las horas vírgenes sustraídas a la humanidad.

Era un hombre que, compra a compra, se hizo con el corazón de los asuntos, órgano impulsivo en el que habita el recuerdo poco importa si cierto o inventado.

En las exequias se revela el gran arcano. El ilustre finado agrupaba vocaciones y desistimientos con nombre, fecha, plaza, mercado y probable causa de la venta. La absorbente y hechicera afición por el amontonamiento de expedientes no amarga ni excluye cualquier otro amor, como al profesado en severa clausura a la dama de cálidos colores. Ella, la mujer que supo hacerse hermosa, no vendrá a despedirle; ella no se

dejará ver ante un público al que nada le une, aceptémoslo sin acritud; ella depositará un puñado de tierra y unas flores humedecidas con lágrimas de condolencia en la habitación libre de foráneas pasiones, junto a los mil relojes (promesas incumplidas, promesas pendientes, promesas anegadas de efugios) que detuvieron sus manecillas por falta de cuerda. Ningún amor excluye el amor.

-Les digo en esta hora de responso, que los buenos retratos no necesitan del lienzo.

-Reconciliémonos con el peregrino sin albergue, bajo el cielo y sobre los caminos, que marcha hacia el remanso imaginado.

Desde un altozano, como en las estampas legendarias.

Era un hombre que sabía ver a la primera, sólo eso.

(Cuenta Mónica Uve)

Comentaba el profesor Ciro Doguin, fraternizando poderoso y convincente con la entrevistadora, que él, su esposa, los dos perros y el gato se habían cansado de la lluvia sobre mojado y del helor adherido a las entrañas. La frase entre feliz y descriptiva, transcrita en papel al filo de la medianoche, resulta menos dañina que el efecto putrescente de la fanática humedad. La personalidad del profesor Ciro Doguin es de recia horma individualizada y lo bastante atractiva como para apoderarse de una imaginación, la mía, excavada por túneles de humo y ruidos discordantes, avanzando de través entre piedras barrosas y pinares de niebla. Una niebla tan espesa como el involuntario silencio de la ignorancia. ¿Me he expresado con propiedad?

No tuvo inconveniente en recibirme. Por teléfono y durante un cuarto de hora se mostró lectivamente comprensivo con mi aspiración de conocimiento. La fama, se sabe, precede a unos y motiva a otros. El profesor *Ciro Doguin* me invitó a departir sobre certidumbres y fabulaciones en su aclimatado estudio a las cuatro de la tarde.

En el aula privada del robusto profesor, de lengua barba entrecana, nacido y criado en regiones de hielo y fuego tuve la misma sensación de irrealidad que en mis alienadas descubiertas por *Váel*, siendo aquella primeriza ave de alas recortadas, cegada y de sangre bullente. Visioné y repasé sus grabados de épocas y culturas distintas, probablemente complementarias o subsidiarias de la que sea origen de todo lo acontecido desde la prehistoria y que hasta la fecha se desparra entre prolijas matizaciones y no menos avariciosos intérpretes. El profesor *Ciro Doguin*, díscolo ahuyentador de geómetras sectarios, con el temple del virtuoso guardián de la anciana sabiduría se apresta a recoger las salpicaduras en cálices de pedrería borrascosa.

Me deleité orbitando el paroxismo (qué gran labor de investigación la mía, me he hecho acreedora a una placa conmemorativa enumerando mis merecimientos) en la pinacoteca de los antepasados. Allí estaba el tesoro. Sostuve en el atril de mi excitación, uno a uno, decenas de grabados del maestro *Arya Tubal*, aquel libre apátrida delegado supranacional para la catalogación y reproducción en arte selectivo y casi imperecedero de los seres fabulosos que fueron y jamás serán hasta que desaparezca sin rastro la especie dominante, arrasadora, cretina. Qué trabajo encomiable el

del grabador Tubal. El profesor Ciro Doguin participó de mi entusiasmo avivando sus recuerdos del viaje inacabado. Le preguntaba, me respondía; le prologaba, me acotaba.

El profesor Ciro Doguin había seguido el vuelo de las aves navegantes en su larguísima ruta migratoria. Estos plumíferos trotamundos de canto dulce y hermoso plumaje se orientan bien con el Sol bien con las estrellas; van y vienen con precisión matemática de una a otra residencia según aprieten la necesidad y el instinto. También ciertos peces, arañas, monos y hormigas toman como referencia los objetos celestes guiándose por el plano de polarización de la luz o por el campo magnético terrestre.

Las aves navegantes amenizan el concurrido y harto fatigoso desplazamiento estacional rememorando, con aleccionador gorjeo y en intervalos bonancibles para no equivocarse el rumbo, su mítica genealogía. La transmisión es oral: de veteranas a novatas y en sociedad cerrada, estando prohibida la reproducción total o parcial de las oreadas secuencias sin el permiso expreso del grupo dirigente.

Pero un día hace ya mucho, muchísimo, en los albores de lo que todavía no se conoce de cierto, una Figura Sucesiva enarboló el verbo proclamándose la Causa Primera que no procede en infinito, afirmándose como la forma omnímoda, ubicua y omnisciente, de acción y reacción discrecional.

En este nebuloso principio de los tiempos sujetos a investigación, declarado materia reservada hasta el fin de los mismos, en el planeta únicamente pululaban Formas Térmicas, organismos de colores y

temperaturas cambiantes, borbotados Espíritus de Fuego que animaron la incipiente experimentación humana.

Un oscuro fuego sin humo engendró el Aveconverso: enorme animal aéreo de forma cambiante; su cuerpo, de una transparencia mudable, atraviesa los sólidos y burla la vigilancia de los notarios. El Aveconverso (el maestro grabador Tubal registra junto a ésta la denominación Avemorfo) filosofa al amor de la lumbre con los ángeles de la guarda y los magos judiciares después de lapidar a los cazadores tramposos y raptar a las mujeres embelesadas por la menarquia.

De colores resplandecientes y plumaje espectacular, habitante del Sol, es el Avescosmos (o Avespejo). Heredero de su fortuna, cronista del trajín de las edades, aparece jubiloso y desaparece consumido por largos ciclos de tiempo considerados con posterioridad al suceso. El Avescosmos deviene una imagen de la Historia Natural desde la que se certifica la jefatura de los elementos incandescentes. Los estoicos, velando la transición de las cenizas, comprendieron que el universo muere en el fuego y renace del fuego en un proceso sin fin y sin principio.

Inscrita en el Libro de la Inmortalidad con caracteres rúnicos, el Aveciencia anida en las ramas de los Árboles Sapientes evaluando las posibilidades de cada cual en el concierto de las adivinanzas. Afecta a la presciencia y mañosa en la prognosis, tiene conocimiento de muchas cosas y noticia de algunas más. Conseguir su vaticinio obliga a pasar una reválida de siete eliminaciones aniquiladoras ante la que muchos desertan en cuanto se trunca la racha, otros fenecen en los rampantes brazos de la vesania y sólo unas

pocas inteligencias, que es lo deseable, inmunizadas de todo mal por la estricta selección encuentran lo que buscan. Aunque posteriormente y en laudatoria rueda de prensa con los corresponsales acreditados, nada expliquen de lo contemplado ni lo percibido. Será que es mejor así.

Las alas de color escarlata, penachos de blanco esmalte en cuello y cabeza, oros en el tronco y en las piernas (que son de hombre en el grabado) adornan el magisterio del Avedíctor, académico de la correspondiente de Historia Primigenia y catedrático emérito de Exégesis. Suele meditar sus consejas en altura, planeando en decúbito prono hacia el lugar donde estuvo antes de haber llegado adonde ya no irá.

Representada como una divinidad alada, de suelta, abundante y femínea cabellera, intrépida en su auxiliadora misión de abolir el influjo de las anómalas conductas enderezando aquello que fue perniciosamente invertido, famélica de hambre insaciable el Avediembra desata la arrasadora furia de su frustración: mal andan las cosas en el mundo abajo y peor se pondrán si no redobla el esfuerzo, devorando los truenos y las nubes y defecando con inigualable puntería en las vías de escape de los adamados y sodomitas en arria que el maestro Tubal sitúa en la subordinada margen izquierda del pintoresco grabado.

El Averania (o Avehíbrida) es capaz de asumir muchas formas compartidas dos a dos, inescrutables por el ojo humano cuando le da por ampararse en la irritante invisibilidad. Vuela con ímpetu intrínseco mientras desde la cúpula traza los mapas geográficos que consultan los vientos y las lluvias, los buscadores de tesoros y los epígonos del autor manco, los cursos de

agua y los informadores subterráneos al servicio del mejor postor.

Vive en el fuego y se alimenta de pequeños hurtos y de lenguas hirvientes. El Avesenso es un ser paritariamente adoctrinado en las tablas de la resignada contabilidad. Es un miembro jinglado de cuota elemental, aire, agua, tierra y fuego, pelechando según la intensidad flamígera de la mano que pinta. Su canto es lisonjero.

La didáctica del grabador Arya Tubal, apilada en tablas de madera braseada, con su modo ingenuo de interpretar los mitos me reservaba una sorpresa no por intuida menos efectista. El profesor Ciro Doguin rescató con mano inducida, ¿quién le habrá suministrado una información tan comprometedora?, una pareja de Avenautas originarias del aire verde y del blanco virgen: un ave de medio cuerpo que al reflejar la luz proyecta la figura de un ser humano varón; y un ave de medio cuerpo mujer cubierta de sedoso plumón y brazos abiertos en alas. Eran ambas criaturas esquivas a la identificación, parecidas en el coloreado retrato pero diferentes en su vuelo hacia el espectador alterado y puede que cogido en falta atentatoria de la franca hospitalidad. O sea, yo; ego y mi terquedad interpretativa de los sueños, las leyendas y los susurros empapados por la lluvia de madrugada. Quise disculparme, eso creo, se lo debía, pero como se me iba la madeja en las garras de un felino caza pájaros (ya sabes: Obo y Limli, me daba que por fin los había visto y casi, casi...) tuve que dar prioridad a la compostura y en ello se me fue el santo al cielo y sobrevino la parálisis; tonta, lerda.

El profesor Ciro Doguin, hombre bregado en la

profilaxis del anonadamiento y la embotadura, como el que no quiere pero se deja convencer sin previo soborno dio lentamente la vuelta a una tabla; luego a la segunda.

El señor Dom sigue en la brecha

En el Archivo se encuentra todo. Todo lo que puede encontrarse en sus dependencias, claro está; todo aquello que ha ido engrosando el inventario y todo lo que tiene relación con lo que se busca si la materia existe, está disponible y catalogada. El Archivo es la historia imperecedera e inmutable, salvo espuria manipulación, acotada por un estricto protocolo, unas condiciones de estudio y una responsabilidad previamente concedida en el manejo y divulgación de documentos.

-¿De qué se trata?

-Uniformes y distintivos.

Un artículo en el primer número de la revista *Policía Española*, firmado por el comisario principal honorario don Juan A. Escobar Raggio con el clarificador título: *Tiempo, forma y color del emblema de autoridad*, proporciona instructivo bosquejo.

La datación histórica se remonta a los, en tantos aspectos, orígenes de nuestra civilización, entreverado el mito, el tan ilustrador mito grecorromano, en los eruditos tratados conservados y convenientemente traducidos a las diversas lenguas vulgares.

“Los romanos usaban el cingulo como signo de autoridad, tanto en el estado pacífico como en el militar; quitado el oficio y dignidad debe también quitarse el símbolo de ella”. “En los primeros siglos, en señal de diadema y real poderío, traían los reyes unas lanzas cortas o astas sin hierros, y en observación y memoria de aquel rito se ponían tales astas junto a las estatuas

y simulacros de los dioses, jurando todos por el emblema teniendo tal promesa por muy sagrada e inviolable. Usaron los magistrados y jueces, la autoridad, estas astas por insignia. Cuando se verificaba una venta a libre empuje, se verificaba la llamada *subhastatio* (esto es, subasta), por realizarse al pie de las varas. Egregios jueces citados por Platón y Livio las trajeron en tiempos de las conquistas romanas en señal de imperio y justicia”.

Los lictores, ministros de justicia entre los romanos, precedían a los cónsules y a otros magistrados con los llamados haces de varas como insignia del cargo. La jurisdicción y la alteza de las varas son incontrovertibles. Pero hay que ceder ante la potestad y hacer guardar la jerarquía en el orden social y jurídico.

“El cetro que usaba el rey Agamenón y otros soberanos de Siria procedía del que Júpiter mandara fabricar al herrero Vulcano”. “Ante el juez superior, no podrán entrar en la Sala los demás jueces con insignias. Cuando el procónsul aparecía ante el cónsul, dejaban los lictores los *haces de varas* y las *regures*, y él no iba en el carro de marfil sentado”.

A Iberia, a Hispania, la inercial España, la primigenia España, al mixtiferi hispánico, en arduo ajuste para duradera formación, llegaron estos signos de autoridad: las varas, de manos de los procónsules y jueces nombrados por el Senado de Roma.

“Ahora bien, las usadas por los alguaciles (inspectores de Policía del tiempo) eran llevadas como insignia de justicia, ya que sus tenedores eran ramos de la potestad de los corregidores y magistrados”.

El origen de la vara, o bastón, puede considerarse como una secuela del *cetro* representativo del poder

real. Los alguaciles de los magistrados, a modo heredado de los lictores, llevaban como insignia al hombro cuando marchaban en comitiva ante los jueces el haz de varas con el hacha, las fasces y la segur, emblema de autoridad hoy usado por la Guardia Civil.

“En Castilla y León la vara de justicia se usaba por los jueces, corregidores y alguaciles desde tiempos anteriores a don Pedro el Justiciero”. “En punto a colores, la Santa Hermandad lució en sus uniformes y banderas, como signo de orden público, la cruz roja sobre fondo blanco. Las tiendas de campaña de sus jefes superiores y magistrados eran de color verde”.

En somera definición, la Santa Hermandad era un tribunal con jurisdicción propia que perseguía y castigaba los delitos cometidos fuera de poblado.

Siglo XV. Los Reyes Católicos reglamentaron el uso del emblema de autoridad, disponiendo los que han de traer varas: alcaldes, alguaciles mayores (los hoy comisarios de Policía) y alguaciles de justicia; así mismo, dictan provisiones ciudadanas para someter a juicio de residencia por bachilleres y doctores designados a aquellos corregidores y sus oficiales que mal cumplieron su cometido, reteniendo por treinta días todas las varas de la justicia.

Siglo XVI. Desde el reinado de Felipe II, todos los funcionarios públicos habían de vestir de negro. Los de Policía usaban cuello blanco, golilla, que era adorno también usado por los ministros togados y demás curiales. Los alguaciles de la Santa Inquisición usaban la cruz verde como distintivo del cargo.

“Las varas usadas por los alguaciles debían ser de palo y no de junco, por decreto de la Sala de Alcaldes entre los años 1649 y 1680. Los llamados alguaciles de

comisión, o también interinos, debían llevar en las puntas de las varas un casquillo de hierro para distinguirse de los efectivos”.

Las varas usadas por los corregidores eran de distinto grueso que las empleadas por sus agentes.

“Los alguaciles y sus viudas podían arrendar y vender las varas según estipulaciones. Había alguaciles especiales para los teatros, con jurisdicción sólo en su interior. Se prohibió llevar en el bolsillo las varas de junco arrolladas”.

En el siglo XIX se confirma el bastón liso o con borlas como signo de mando. También los ceñidores de seda de determinados colores y distintivos llamados fajines.

“Los corregidores de la época napoleónica usaban fajas celestes. Más tarde, de color rojo, y hacia la mitad del siglo los comisarios adoptan el fajín de los colores nacionales y el bastón de puño de oro con borlas”.

Los agentes gubernativos, o de la autoridad, entonces llamados Celadores de Orden Público, llevaban bastones sin borlas con el puño de marfil blanco. Con posterioridad aparecieron los pequeños bastones de bolsillo, y al finalizar este siglo XIX la medalla de plata con un gallo en relieve (emblema de la vigilancia) y la inscripción: *Inspector* o *Agente de vigilancia pública*.

Al desaparecer este emblema se echa de menos un signo de rápido reconocimiento, por lo que se establece el escudo entre palmas plateado y con las iniciales C. V. (Cuerpo de Vigilancia) enlazadas. Estas letras van sobre fondo verde de terciopelo.

Siglo XX. En el año 1921 se adoptan unas placas con emblemas de mando y el ojo de Argos. Estas placas, con variaciones sucesivas, cubren buena parte de este

siglo.

El ojo de Argos significa *la vigilancia*. Argos o Argo o su latinizada forma Argus, personaje mitológico heleno, tenía únicamente un ojo según unos; poseía cuatro, dos mirando hacia delante y dos hacia atrás, según otros; terceras versiones le otorgan el número de órganos visuales que apetezca, cien o más. Al hilo de esta atribución múltiple se fundamenta la eficaz vigilancia de Argos, pues aun rendido por la fatiga, siempre tenía igual número de ojos abiertos que cerrados.

En 1962, año primero de la revista, los colores negro, verde y oro en placas y uniformes (bocamangas y galones), matizan a los funcionarios de Gobernación y del Cuerpo General de Policía.

-¿Ha ido bien?

-Puede.

(Cuenta Felio)

Nos reunimos con el señor Dom en el bar de la plaza porticada. La tertuliana mesa, concurrida por amigos, discípulos y agradecidos, es una distracción de jubilado inquieto y comunicador. El señor Dom es hombre asequible, puntual, exigente y todavía comprometido; su palabra convence, su ironía instruye. Anciano, sí, y por ello y por aplicación sabio. Ha cumplido los noventa renovando su vocación y esa abrumadora franqueza que encumbra, premia, hiere y enemista. A mí, que soy un sentimental confeso, que a menudo me rasgan las paredes del estómago púas de materia incandescente, me conforta la espontánea lección del maestro que conoce el anverso y el reverso de lo que trata. Sentados a la mesa, importa y seduce el dejarse llevar

por un discurso perlado de ciencia y praxis, enlazados los temas para que mientras quede mecha la llama no se apague.

El señor Dom acude una vez por semana a su cátedra abierta, si el clima y los naturales achaques no se oponen. A ratos, según lectura de las dentelladas impresas o escucha de los zarpazos teledifundidos, recuerda con inteligente serenidad que piensa estirar su longeva existencia hasta enmarcar entre los parietales el certificado de defunción de sujetos delincuentes y conceptos políticamente amnistiados, recalca, a la abominable moda, subraya imperativo: actos criminales, numerosos, inconcebibles y sostenidos, histórica y documentalmente probados, condenables por definición y jamás exonerados de responsabilidad y culpa por la sufrida ciudadanía, por la buena gente que aun puebla este mundo venal. La vehemencia del señor Dom viene avalada por un pasado de servicio público sin más acotaciones ni acentos, del que justamente hace gala y que no difiere de este presente didáctico con clientela entregada. Nada peor que el vaivén institucionalizado, sinónimo de mediocridad y conchabanza, nada más peligroso que los vendidos a la envidia, proclama escudriñando la audiencia; pues de ellos derivan la suma de males que aquejan a la cándida sociedad. Hay que redoblar el empeño, quemarse las pestañas, hincar los codos, despellejarse las rodillas... dejarse la piel que no la vida para resolver el caso. Y, por supuesto, sin sujeción ni vasallaje a un poder transitorio, diferenciando taxativamente al delincuente común, del asalariado criminal y del terrorista. El viejo sabueso *dixit*.

En la galería del hampa cuelgan los retratos de los

delincuentes comunes: topistas, butroneros, carteristas, timadores, bolsilleros, mecheras, descuideros, trileros; con sus alias y actividad delictiva condensada. Algunos fueron asiduos a la detención y al calabozo, veteranos del interrogatorio y la reprobación policial por su impropio conducta, la rueda de reconocimiento, la sala de justicia, la reiteración de sentencias condenatorias y la acumulación de quejas, denuncias, delitos y faltas. Algunos, bien cierto es, eran como de la familia; como unos parientes en tercer grado que visitan la capital para conocer los adelantos y sentir el progreso, infiltrarse en el tráfico, hacer unas compras en el autoservicio, llevarse unos recuerdos y saludar a los guardias, los inspectores y el comisario.

“Te tienen muy calado”. “Es que no escarmientas”. “Qué ha sido esta vez”.

“Mala suerte tengo”. “Me han empujado a hacerlo”. “Usted sabe que no haría daño a una mosca”.

El señor Dom añora el carácter incruento del viejo ratero, su controlada ambición, la estacionalidad de las fechorías, sus ejercitados dedos para el hurto; su colaboración con la Policía una vez desmontado el negocio de sustracción y reventa, y en la localización y neutralización de elementos execrables como los atracadores, violadores, secuestradores, traficantes y los activistas mercenarios. Los falsarios, los granujas, los ventajistas locuaces, no solían tirar de arma blanca o de fuego y apenas se resistían a la autoridad cuando eran pillados fruto de la investigación, la sorpresa o el chivatizo. En Navidad, Pascua y verbenas, de guardia en la comisaría, el señor Dom conciliaba la prevención y la sanción con la disposición y el ágape, reuniendo en la dependencia refectorio ocasional para los

funcionarios y allegados, en mesa añadida, a los detenidos en los calabozos. Una disertación concina y general del anfitrión a los postres, con el brindis buenos deseos y armonía; hoy es hoy, mañana Dios dirá. Otra época.

El viejo policía continúa siendo un ávido lector de curiosidades relacionadas con la profesión. Cuenta que no ha conocido biblioteca tan surtida de género policial como la de Tomás Salvador, experto *criminoliterato* que ha definido la literatura criminal, sea la profesional o la de evasión, como la exploración del ser humano en sus facetas pasionales. El señor Dom prefiere, quizá se identifica con ellos, a los autores de novela policial que han creado tipos que resisten el paso del tiempo, las modas y la cultura del lector. Le atraen desde siempre las obras un tanto transgresoras, contrarias a los argumentos manidos y de fácil resolución, que se apartan de las sendas trilladas del eterno conflicto entre los buenos y los malos. Hay que estrujarse las neuronas. Rara es la motivación humana que no está inspirada en una pasión; una pasión violenta, mortal, mentirosa. El versado Tomás Salvador declara que el relato policial más antiguo, a su entender, se conserva impreso en las arcillas de Sumer. Es como sigue: “Cierta día, allá por el año 1850 a. C., tres hombres: un jardinero, un barbero y un esclavo asesinaron a un dignatario del Templo llamado Lu-Inanana. Los asesinos, por una razón que ignoramos, informaron del hecho a la viuda, llamada Nin-Dada. Ella guardó secreto y no dio cuenta a las autoridades. La justicia descubrió la muerte y los asesinos fueron llevados a la presencia del rey Ur-Ninurta, que mandó fuera llevado el caso ante la Asamblea ciudadana que

hacía las veces de tribunal. En dicha Asamblea, nueve individuos pidieron la condena de los asesinos y de la mujer que calló el hecho delictivo. La tablilla conserva los curiosos nombres de estos fiscales, como también el de los dos abogados defensores que le salieron a Nin-Dada, insistiendo que como ella no había tomado parte en el crimen no podía ser castigada por algo que no había hecho”. La justicia sumeria admitió como válidas las razones de la defensa y decretó que la mujer tenía sus motivos para permanecer callada, afirmando en conclusión “que el castigo de aquellos que efectivamente habían matado debía ser suficiente”.

El señor Dom se siente orgulloso e identificado con la tarea realizada por él y sus antiguos compañeros, no pocos muertos en acto de servicio. Defiende y ensalza aquella Policía de suelas gastadas, de bravas intuiciones y espinosos seguimientos, aquella Policía de medios precarios pero con mucho tesón y amor propio. El Archivo, recuerda, los cajones de guías rechinantes conteniendo carpetas de color pardusco y el montón de legajos clasificados por delitos. Cuántas horas acampados en el cono de luz amarillenta del flexo. Cualquier indicio, la menor sospecha, la apuesta del novato, el rumor aireado y el dizque, todo, absolutamente todo era sometido al juicio contradictorio. Por el hilo se saca el ovillo. Antes se trabajaba así. Unas gotas de aliviador colirio, café, carajillo, tabaco, humo por todas partes. Por el humo se sabe dónde está el fuego. Benditas casualidades. Con el relevo agua a la cara, suspensión temporal del barrunto y yantar en el bar del mercado correspondiente al distrito. Las líneas de la investigación policial, puntea el maestro con dedo firme, no admiten la misma renovación que los

medios técnicos: es prioritario determinar quién y en qué grado se beneficia del acto delictivo para establecer una primera relación de individuos imputables; no conviene descartar ninguna hipótesis por inverosímil o paradójicamente obvia que parezca sea cual sea la fase de la investigación y dependiendo de la complejidad del caso; la casualidad deja de serlo cuando de considerarla como un hecho fortuito se pasa a valorarla como un eslabón de la cadena de sucesos que configura y caracteriza la trama.

Pedro Serrano, otro policía de estimable sedimento, publicó hace unas cuantas décadas un artículo de afirmación profesional: “El derecho y la justicia serían simples abstracciones sin el brazo ejecutor que impone su cumplimiento. Los criminales no se amedrentan porque sean publicadas severas leyes; lo que les atemoriza es la posibilidad de que las mismas les sean aplicadas. Y es la Policía quien se ocupa de poner al alcance de la ley y en manos de los juzgadores a los criminales. Los culpables no comparecen voluntariamente por su pie a ser juzgados. La representación práctica de la justicia, la Policía, es la que ha de averiguar la existencia del delito, la que ha de descubrir a sus autores y partícipes, capturarlos, concretar su intervención y ponerlos a disposición de ser juzgados”.

El señor Dom revista su parroquia con indisimulada complacencia. Aspira a hurtadillas el humo de un cigarrillo rubio y hace como que se disculpa; era un fumador empedernido que como muchos se aficionó a la cajetilla de Ideales y luego a la de Ducados, tabaco negro nacional. Hace un cuarto de siglo que se acabó el fumar y cumple a regañadientes, consolándose a pleno pulmón con la vida ganada. Pero no siempre

sabe a triunfo y novedad lo que se añade al diario de ruta. Al señor Dom, funcionario por bien ganada oposición, le irritan esos homólogos de nuevo cuño, esas enajenaciones de la intelectualidad al uso, esos figurines de la publicidad institucionalizada y otras gentes de similar procedencia que perjuran del Estado mientras en él y por él medran, que hablan mal de un determinado gobierno del que se alimentan. Si el juego sale limpio y la trampa no se descubre, estos individuos son al mismo tiempo académicos de magnas Academias y prosélitos de los regímenes totalitarios, partidarios de la disidencia y secretarios, ministros y diputados, varillas intercambiables del abanico parlamentario; funcionarios, asimilados y arribistas que ponen una vela a Dios y otra al diablo, de los que quieren estar nadando y al cuidado de la ropa, en la procesión y repicando, en la cocina y en la mesa, cantores de los disidentes y consejeros de sociedades oficiosas, derrotistas y propietarios de extensas redes de comunicación, editorialistas y opinantes de inconfundible tendencia. Si los pillan, si alguien osa desenmascararlos o el edificio se derrumba por un providencial terremoto, sólo se paga con una despedida a volapié y una medalla de gran mérito y distinción que prende en la ignominia y escarnece a los legítimos poseedores; sin rubor los personajillos, con tufo, vileza y mentira.

“Quien cabalga un tigre, ya sabéis... no podrá desmontar cuando quiera”. Será devorado a la cuenta de cien trancos.

El señor Dom fue tres veces condecorado, merecidamente; guarda las medallas en un joyero que apenas consulta, junto a humildes alhajas, escapularios, insignias y estampas con más historia que él. Y más

valor, sonríe. Al señor Dom se le renueva la vocación cada cumpleaños, cierto, pero también se le incrementa el temor a un vacío ilimitado, presumiblemente imbatible. Sacude la cabeza, carraspea, otea con vista cansada el horizonte en la media tarde plácida que concita afecto y homenaje. La percepción no engaa pero el cuerpo ya no obedece a compás y los sentidos prefieren recrearse en paisajes de luz y color. Al señor Dom se le entiende cuando habla y cuando calla.

El ladrido casual de un perrillo alborotador ameniza el entreacto. Qué de recuerdos, murmura el señor Dom metiendo la mano en el bolsillo interior de su americana. “El humo blanco de las retamas ascendía lentamente; en la aldea había cesado de llover una hora antes. El policía dej  libre a Rex pronunciando las siguientes palabras: ‘Busca y avisa’. El perro se intern  corriendo entre la maleza”. En la cartera lleva una fotografía en blanco y negro de Rex. Nos la enseña. Dice que este perro, su primer perro, estaba emparentado con aquel Rex en servicio rural, que a su vez descendía del perro Rex que llegó a España junto a sus compañeros caninos Ingram, Arnos y Arras, mediados los años cuarenta procedentes de la Policía británica. Recordados y queridos animales. Los conoció de refil n en los años de escuela y exámenes, pero suficiente para encari arse con todos y cada uno y admirar el instinto aguzado, su innata inteligencia y el sacrificio extremo en el aprendizaje. Eran perros seleccionados por los sentidos que tenían más despiertos: los fuertes y con mucho nervio se destinaban a la defensa y el ataque; los de buen olfato, a la localización de pistas; los de mejor vista a descubrir heridos; los especialmente resistentes eran enseñados a trasladar objetos,

impedimenta, alimentos, ropa, medicinas, acomodándolos a su cuerpo; los que debían arrastrarse en terreno batido de modo que pudieran llevar y traer partes a los puestos de mando eran muy pacientes y arriesgados. También los que localizaban heridos y se apoderaban de cualquier prenda del accidentado y la llevaban presa en la boca hasta la zona de recepción; perros éstos con una pertinaz y total entrega al servicio de la persona que se encuentra en situación apurada.

El perro Rex de la fotografía es historia. Nosotros lo seremos el día menos pensado, pero nunca con el privilegio de los héroes sin tumba, los leales de latido acelerado y los soportales de arquitectura barroca. Somos conscientes de nuestra precariedad. Algún día moriremos definitivamente. Pero entre tanto llega la fecha, el duelo, el quebranto y la inscripción en el registro de bajas, echando mano de aquello que no se quiere olvidar y puede que de alguna fotografía el que la tenga o la conserve, o sea, mientras nos dé la gana hacer, sentir y pensar, cubriremos las herméticas distancias sentados a la mesa del insigne.

El mar de los naufragios

La niña Cleo tenía un padre temeroso de la soledad, la vejez y las tareas domésticas, un hermano remolón y oportunista y una madrastra intratable que odiaba a los hijos huérfanos de madre, pretendiendo su eliminación del libro de familia. La niña y su hermano escaparon de la memez paterna y del materno hado condenatorio a lomos de un lagarto volador solazado en el alféizar de la ventana orientada al sureste. El lagarto volador es un animal de frágiles alas incapacitado para un menester humanitario de doble asiento pese a su heroica predisposición. Aun así, la huida pared de la torre abajo para cobrar velocidad de despegue entrañaba menos riesgo y desventura que el presidio hogar de un matrimonio por componendas. Como la hazaña no estaba exenta de peligro y no podía concluir felizmente, la niña Cleo, perdido el equilibrio espinal, cayó a un mar de color bronce olímpico. Sólo ella fue víctima de la vasta impenetrabilidad de las aguas, del hermano no se guarda noticia. Allí quedó náufraga y boqueando, inmediatamente sepultada y cortejada por retozonas cabrillas pastoreadas por el viento mistral. La posteridad sucintamente escrita en crónicas moralizantes, tan benigna con los desafortunados, reseña el incidente como una pergeñada inmolación de la niña Cleo en provecho de la libertad; y prestó su nombre al mar que la engulló.

-Ese mar ha cambiado de nombre.

-La niña Cleo fue creciendo y aburriéndose en las

profundidades marinas.

-A la odisea se le han ido incorporando episodios.

-La niña Cleo practica con insano objeto la pesca de arrastre.

En la orilla opuesta a la de la fuga de la niña Cleo se alza un faro de cuerpo rectangular, cuya blanca luz antaño guiaba a las naves de yerto velamen, a los extraviados buques mercantes y al atlético pretendiente de Velucha, la arrebolada hija del farero.

-La luz es símbolo del elemento espiritual que, tras el caos primario de la oscuridad, inundó el universo y redujo las tinieblas a sus límites.

-Luz y tinieblas son el más importante sistema dual de fuerzas polares.

-En la oscuridad el conocimiento se adquiere mediante especulaciones.

-Culturas de carácter patriarcal sienten la luz como algo masculino y la oscuridad como algo femenino.

Artemio, el enamorado campeón de la enclaustrada hija del farero, nadaba el estrecho cada noche sin amago de tormenta o mar bravío, guiado por la pálida luz del faro que el padre de Velucha encendía puntualmente. Hasta una noche de mayúscula oscuridad y calma chicha en que el fornido nadador fue sorprendido por el apagón. Inútil su forzado braceo y su hercúlea resistencia; sucumbió derrengado. Al amanecer, la marea retiró hacia el embarcadero del faro un cadáver de exhaustas facciones. Con el crepúsculo, un cuerpo desmayado se precipitó al vacío de olas renacidas para no sobrevivir al de su amante.

-El faro dejó de iluminar temporalmente la vía navegable. Una avería, quizá. Tal vez un descuido. Como fuere, Velucha no pudo hacer frente a la pena plural

por la pérdida de Artemio y la culposa negligencia paterno filial.

-Artemio se lanzó a las aguas para emprender un viaje iniciático. A fuerza de idas y venidas acabó por darse de bruces con la niña Cleo, empadronada en el mar por vuelco inesperado en la azarosa evasión a lomos de un lagarto volador. Y prefirió quedarse con la sirena y andando el tiempo fundar una dinastía de anfibios.

-Era el decimoséptimo cumpleaños de Velucha. La muchacha tenía ganas de expansionarse, es natural; sus emociones eran tan intermitentes e intensas como la luz del faro. Propendía al onanismo fantasioso en las horas muertas entre atraque y desamarre. No hay soportable espera ni perdurable fidelidad en este atezado mundo. La noche de su decimoséptimo cumpleaños Velucha reservó un pedazo de tarta recién horneada para el pundonoroso atleta. Aquella noche de previsible conmemoración a dúo al amor de las estrellas, Velucha expresó un deseo y apagó la bujía tarareando una cancioncilla de lavanderas balcánicas referida a los amores perdidos y a los amores encontrados; a campeones muertos y a campeones puestos.

Se suele contar al pie de los acantilados donde las aguas mecen coronas de flores con crespón de luto ofrecidas a los desaparecidos en funestas travesías, que en tiempos hubo un hombre que cayó a un pozo de cinco metros de profundidad del que al tercer día y sin ayuda salió, vapuleado pero entero y rezongón. Esta escrito que el que se agarra a la vida como a un clavo ardiendo no se muere o, al menos, tarda más.

Artemio tuvo unas honras fúnebres decorosas allá donde no alcanza la blanca luz intermitente del faro.

Las gentes de aquella orilla piensan que hombre y mujer tienen derecho a morir en su casa o en los brazos de algún ser querido o en la tierra que los vio nacer, sin que nadie les atosigue por la injustificable demora en un patio tan a rebosar de convecinos.

La niña Cleo trajina infatigable por sus extensos dominios acuáticos inventariando tesoros y cadáveres, responsando por las almas de los difuntos humanos, que como es sabido se encomiendan a Dios en el trance final, a san Judas y santa Rita acuciando el pleito y a santa Bárbara cuando truena.

Velucha se sobrepuso prontamente al vacío del romance náufrago y a instancia de parte pagadora rememora su drama a través de la red y del teléfono móvil, prometiendo hacer acto de presencia un día de estos en un plató de televisión si el contrato incluye alojamiento, comidas, gastos de representación, vehículo las veinticuatro horas y agregado cultural masculino intercambiable por tantos días como entrevistadores pujan por la exclusiva.

(Cuenta Mónica Uve)

Asomaba tímido el sol entre nubes cárdenas a mi llegada al condado de Hogam. Lo que había visto durante el lento trayecto merecía mi aprobado por su seductora desolación incontaminada. Paisaje de lomas, pastos y riachuelos. Solitarios rebaños, solitarias alquerías, solitarios caminantes, solitarias arboledas. A las dos de la tarde un taxi me condujo hasta el medio castillo medio palacio de Plocsa-Mimberg, parcialmente rehabilitado para uso hotelero.

Loreley Duncan, la directora del establecimiento,

me previno de los ruidos nocturnos sin concretarlos, ni su intensidad ni duración; suponiendo que mi sueño fuera asustadizo, apostilló dándome a entender que hablaba en serio (en el condado de Hogam nadie bromea abiertamente) aunque no quería alarmarme. Forma parte de la tradición del lugar, dijo, y de su atractivo para los espíritus indómitos. Tengo el oído sensible y no suelo relajarme con facilidad, me enfrento a ello en las habitaciones desconocidas; puede que desconfíe de las perchas colgadas en los armarios, de los cajones de las mesillas, de la cortina de la ducha, del cartel que indica la ruta de escape en caso de incendio o de los suelos crujidores y los pasillos curvilíneos. Qué sé yo. Hay cosas a las que no me acostumbraré jamás. Estaba amablemente advertida por persona autorizada, muy puesta en el cargo. Pero la competente Loreley Duncan omitió el tema de las intempestivas reuniones fuera de agenda preámbulo de cualquier sonido medioambiental, y los gemidos espe-luznantes, la furia desatada del viento galopando el páramo estrellada contra los recios postigos de madera y los indescifrables monólogos a través de portales y muros.

El castillo conservaba sus almenas y unos cuantos tesoros arcaicos, ceñudos retratos de los aristocráticos antecesores, diversidad museística de armas de caballeros en las panoplias y del señoril vestuario en expositores acristalados. Un castillo de góticos ventanales en las fachadas anterior y posterior, la oriental y la occidental, sótanos mohosos y corredores enlazados con cuevas y escapes subterráneos, donde (y aquí entra la leyenda, la fantasía y el reclamo turístico) algún preso habría padecido las torturas de la honrosa venganza,

para retornar transformado en espectro a exigir justicia contra los vivos en general. Un lugar muy apto para la recreación de horrores románticos. Apetecía que-
darse.

Ana Lund me había alertado ante las sombras escurridizas y las apariciones de madrugada, científica y racionalmente improbables. Claro que fue ella quien desde Váel, acabadas de conocer y ya íntimas como quien dice e inmersas en la quimérica investigación del Avefuego y de los fabulosos seres de viento Obo y Limli, me empujó a experimentar en el arco exterior de la Región Hiperbórea. Me dejé convencer subyugada con este misterio adicional (¿daría yo con el eslabón perdido que intuía nuestra amiga?) y la excitante contemplación de una aurora polar. En Váel planeamos hacer el viaje juntas, pero no pudo ser y yo seguí adelante. Ya me conoces.

Cenamos en el acondicionado pabellón de caza, Loreley Duncan, Teodoro Elbruk, Hansi Ilo, Oliverio Travis y yo. Naturalmente, me fueron presentados antes de sentarnos a la mesa. Era el punto de partida, seríamos compañeros de excursión al día siguiente en un itinerario guiado por la villa de Plocsa y el contorno marítimo de Hogam. Mis compañeros de aventura mixta, pedestre y motorizada. Lucía espléndido el comedor y majestuosa la chimenea con su pirámide de troncos. Loreley Duncan me dijo que Ana Lund le había pedido se esmerara conmigo, (a lo mejor quiso decir que le encareció me protegiera de los imprevistos) y, por supuesto, no iba a defraudarla. Pensé que Ana me tenía reservada una sorpresa.

Teodoro Elbruk llevaba la voz cantante en la mesa. Su disertación sobre la neurosis del insomne casaba

bien con el ambiente extramuros de adensada bruma y la danza de cintas del fuego. Platicaba como si nos estuviera aleccionando para soportar con entereza una jornada en los arrabales de la demencia. Insomnio versus concentración. Superstición versus empirismo. Credulidad versus inquirir. El abandonarse un largo rato al padecimiento del insomnio (¿es tal castigo?, me pregunté yo) conduce a la fatiga nerviosa y a sentimientos estragadores como la reprobación contradictoria, la aversión sistemática o la rabia momentánea hacia uno mismo y la efervescencia vital alrededor: la habitación contigua, la calle animada por el festejo, un grupo de chistosos cantautores trasnochando. El insomne, tanto como el insatisfecho y, pongamos por caso, el celoso o el obcecado en un conflicto novelesco, no disipan esos sentimientos encontrados y furiosos durante el día pues la tensión y las perturbaciones continúan sin restricción horaria. La persona insomne sin vocación definida o un estricto control de la mecánica del sueño lo pasa mal, va acelerada badeando por una carretera sinuosa, arrasa la contención mural al borde del cortado y odia su merma como a la sociedad de los durmientes. El insomnio justifica la mesticia, el consiguiente fracaso y la inmediata reacción de odio. Un odio impersonal, pero desmesurado. (El odio, imaginaba yo, de un preso encadenado a la roca de una pútrida mazmorra). El odio exige una diana a la que arrojarlo como un venablo para tornarlo balsámico, depurador de responsabilidades penalizadas por un juez numerario. Odio en su expresión ingenua, insensata. Sólo alguien familiarizado con el insomnio lo utiliza en su provecho y lo desgaja del estólido y envidioso padecimiento que tanto se deplora en

los demás.

Jeremías Duncan, marido y socio de Loreley en el negocio hostelero, incorporado a la cena de neófitos en su último acto por culpa de la niebla, sugirió una copita de licor de Mímburg, elaborado tradicionalmente con materias primas de la región, para abrazar el sueño como al amante idealizado; cuestión de fácil arraigo entre solteros y divorciados de vacaciones.

La vista desde la ventana de mi habitación era imposible, me asomé en vano a percibir la silueta de lo extraño y distante en un lugar que merece la atención de una persona ociosa y desvelada. La temperatura había descendido varios grados, lo que me hizo desistir de dar un paseo por el perímetro del hotel. La cama era de estilo cortesano, es una forma de indicar, amplia, de colchón duro, con cabezal sobrio y doble almohada hueca. Me tumbé vestida, entrecerrados los ojos, con la mortecina luz de la lámpara de la mesilla estabilizando mi voracidad por la intriga. Era temprano para mi sueño y eso significaba desgaste mental e insomnio. Notaba la energía del maridaje entre la tierra y el agua vibrando allende los muros, invitándome a escuchar todo lo que Ana Lund había registrado en su memoria para introducirlo en mi exaltada curiosidad. Ella me preguntó a los cinco minutos de conocernos si yo también era una mujer de pocos lastres. Enumeré sus advertencias: sombras escurridizas, apariciones de madrugada, reuniones intempestivas, etcétera. Tengo el oído sensible y alas en los tobillos como Hermes.

La vista desde la habitación era opaca, no habría podido divisar el rescoldo de una hoguera junto al cerco de piedra ni las pavesas undantes aventadas en

la dirección que raya el alba. Un ruido, el crepitar de mi imaginación. Por el pasillo caminaban ligeros unos pies centinelas. Me acerqué a la puerta y arrimé la oreja en el momento que unos nudillos la golpearon. Vaya susto. Retrocedí en tensión avergonzada para implicarme en el silencio del durmiente, me acaloré hasta las cejas, carraspeé contra la almohada y acudí fingiendo despertar del sueño profundo.

Cómo pasa el tiempo cuando nos liberamos de su yugo. Jeremías Duncan me informó de una modificación en el programa de excursiones y de la inminente partida siendo yo, la excursionista femenina, la primera avisada. Me precipité en el aseo y en la muda exploradora para dos jornadas vivaqueando. Desayunamos con indisimuladas marcas de insomnio, Teodoro Elbruk no fue excepción, y sin contratiempo nos pusimos en marcha hacia las Tierras Boreales; allá donde las cuatro divisas de la Naturaleza componen el Sello Original.

Hansi Ilo se sentó a mi lado en el todoterreno. Resultó un acompañante activo, conocedor de eficientes alternativas al punzante traqueteo y la intimidatoria extensión del páramo. La luz solar faltó a la cita durante toda la mañana dedicada con pequeñas escalas a la aproximación al campo base, pero a mediodía, como sucediera ayer, el sol mostró titubeante su cara gordezuela justo al entrar en Nabaipurih, última posta del condado de Hogam. Poco más que una aldea retirada de la civilización que conocemos y a la que uno echa en falta por temor a su pérdida. En Nabaipurih nos abastecimos y pertrechamos sobradamente para la duración prevista, Jeremías Duncan negoció con el aprovisionador local mientras nosotros repasábamos

una rústica cartografía en la calle principal, intransitada por los vecinos o por los husmeadores perros tan aficionados a los olores forasteros, desentumeciendo los glúteos e iniciándonos en la tarea de descifrar el lenguaje de la Naturaleza en la linde de la Región Hiperbórea. Al mirar hacia el Norte derivando en su cuadrante, más allá de la última vivienda, del último y más desamparado árbol y del último aprisco, me acogió un escalofrío muy localizado en ese temor innato a lo realmente desconocido. Más que una sensación fue un sentimiento. Y las nubes comenzaron a adensarse como en la noche previa cuando subimos al todoterreno para recorrer el tramo final de la quebrada carretera.

Antes de alcanzar el refugio, la noche se nos vino encima por culpa del salvaje vapor septentrional. Jeremías Duncan parecía inseguro de la decisión a tomar dadas las adversas circunstancias, seguir se me antojaba tan complicado como regresar; Teodoro Elbruk estaba manifiestamente inquieto, Hansi Ilo enfurruñado y alanceador, Oliverio Travis invariablemente hermético y yo aturdida percibiendo maltratados indicadores de texto jeroglífico. Nos cubría un nimbo proveniente del Mar Tenebroso. Bajé un dedo la ventanilla para respirar el aroma de la Luna eclipsada. Notaba una presencia dominante, femenina, era una vigilancia perpetua; estaba en alguna parte, al acecho.

Abandonamos el todoterreno descuidando precauciones básicas. Jeremías Duncan pidió que nos quedáramos junto al vehículo hasta saber qué hacer. Hansi Ilo exigía seguir avanzando metros y kilómetros penetrando en la extraordinaria belleza inexplorada. Pero

su argumento y su empuje chocaban con la espesa y peculiar niebla que pesadamente flotaba sobre todos los objetos. Propuso, muy seguro de sus fuerzas o totalmente enajenado al delirio y a la conquista, seguir ascendiendo para emerger del cinturón de nubes. Oliverio Travis y yo, él protectoramente detrás de mis traspiés, nos lanzamos a por la gloria de los descubridores soportando la aceleración del guía improvisado y la cadena de accidentes geográficos en terreno ignoto.

Sacamos la cabeza de la niebla con ímprobo esfuerzo, ardor corrosivo en el tórax y calambres en las extremidades. Habíamos atravesado la deprimente faja de bruma y ahora nos rodeaba un paisaje imponente, atroz en su lúgubre desolación, un absoluto apartamiento; el más recóndito de los mundos. Y el fragor de un mar omnímodo, tan sobrecogedor y dramático como el peñón al que embiste desde la noche de los tiempos. El huracán arremetía contra los intrusos. Pobres muñecos de trapo, deslucidos, inermes, escarnecidamente manteados, tan fascinados ante la obra natural como perdidos en su humana pequeñez e impotencia. Oliverio Travis me sujetaba por la cintura compitiendo en mi custodia con los inclementes zarpazos del viento y la encrespada faja de espuma rompiendo con saña. Era un hombre delgado y aparentaba poco nervio, pero sus brazos cogían sólidos y replicaba al embate con voz tranquilizadora, confiada tal vez: “Las fantasías si son vagas afligen”. Hacia el Noroeste, me hizo notar, se perfilaba el islote Keejni. “Allí nace el viento; allí comienza la Región Hiperbórea”. Oliverio Travis sabía de lo que hablaba, pero yo estaba pálida y muda, entregada al destino que me aguardara.

El alarido de Keejni pasó como una exhalación bariendo los yermos. “Nadie se ha aventurado tanto”. Hansi Ilo no era de la misma opinión; entre sombras y ráfagas descendía el acantilado pretendiendo atravesar el canal rugidor hasta el saliente rocoso con la propulsión de un juvenil entrenamiento en piscina. “Ni podrá nunca alcanzar la otra orilla”. No fue una predicción de chamán ártico. El cuerpo de Hansi Ilo, el insignificante pionero del Continente Indómito, quedó desmembrado por la violencia del torbellino y el afilado clamor de Keejni. Macabro fin de carrera para la psicosis. Oliverio Travis me alentó a retroceder aprovechando la tregua de Keejni. Me atreví a girar la cabeza y contemplé el afable rostro de un Matusalén boreal. Él era el protector de la Región Inexplorada, una tierra y un mar a resguardo de los humanos y los cataclismos.

La inequívoca idiosincrasia del sueño, definiría mi estado Teodoro Elbruk.

No hubo manera de sacar la cabeza de la espesa niebla durante todo el día. Hansi Ilo nos propuso recorrer las zonas inhabitadas del castillo como entretenimiento equivalente hasta que pudiéramos disfrutar de la excursión a la antesala de la Región Hiperbórea. Los Duncan loaban las maravillosas noches de luna de noviembre en Plocsa-Mimberg. Oliverio Travis, con su hablar suave y sin acento, describía el sublime espectáculo de las auroras polares irradiando infinita variedad de luces de colores cambiantes.

Ana Lund telefoneó anunciando que llegaría al atardecer.

La trastienda

Ya ni se fijaban en el rótulo. Tantas veces pasando por debajo, entrando y saliendo en rauda circulación, distraídos por la costumbre. Humos perdidos.

-¿Hemos olvidado algo?

-¿Hemos dejado algo?

El mundo en torno suspirado por acertijos de rebotica. La ufana conspiración que gotea al tardo son de un filtro, un bebedizo; la telegrafía del mortero de piedra pulverizando hasta lo impalpable. Polvo incoloro.

-Habría que matizar.

-Habría que señalar.

El rótulo indicaba lo que cada cual, dentro o fuera, quisiera entender o le viniera como anillo al dedo para un propósito o una necesidad.

-Era una voz singular y solitaria, de esas que con-
tienden por su cuenta y riesgo, de las que enseñan al
que quiere aprender cuando acierta a ponerse a tiro de
su generosa sapiencia.

-Ni una palabra más alta que la otra. Qué dicción. Y
qué energía.

A los prohombres nativos, en el casino de su doctorado, de pronto y como asaltados por la picadura de un tábano, les dio por revolver en el acta fundacional. Pasmarotes a cubierta. Médico, cura, juez, secretario, con la nuca en pliegues interpretando el envés del letrero. Figurones de calle mayor peatonal descifrando el arcano del patriarca.

-Mira tú por donde que a la vejez viruelas, como
quien dice.

-Amigos, hoy, de ser ese el destino, expira la controversia; mañana, tal vez, amorticemos la fama de “Ideador nono” en nombre de la humanidad.

Para darse un garbeo por la calle Mayor y asentir con disculpable contracción facial. Sí, algo pasaba al margen de percatarse de lo que estaba pasando a la hora de la siesta.

-Yo es que no concilio el sueño por la noche si me retrepo en el balancín para echar una cabezada. Se me va el santo al cielo y para cuando aterriza el escuadrón celestial es que no doy pie con bola. Ya me entendéis.

-Yo, si no me duermo, oigo comer a los gusanos de seda.

-Yo, escorado a babor y desvelado, oigo los latidos del corazón; qué grima.

Allí en la trastienda se sabían todas las cosas del vecindario y bastantes de la provincia. Pero “Ideador nono” conocía todas las del Reino: del comentario sobre la política hasta el fino juicio sobre los progresos del siglo.

“Ideador nono” fundó, quizá a su pesar, casi sin querer, un casinillo amable y limpio; aspectos a destacar y agradecer. Por su limpieza se aspiraba el olor balsámico de los potingues, distinguidas lecturas en cerámica pintada a mano.

-Cruelles son los espectadores que asisten a la descomposición y caída de las instituciones.

-Innominados establecimientos, para muestra un botón.

-Benemérito instituto de doble fondo.

El público en la calle Mayor, atraído por la música del flautín, lanza reojos y reduce la marcha de paseo por lo que vaya a suceder. ¡Hay tanta especulación en

las esquinas! Todavía nadie ríe con espanto, entre burla y carcajada, ni grande o pequeño se cisca en los muertos del festival.

“Ideador nono” no se sentaba nunca; compréndase la frase. Metido en fórmulas preparaba sus recetas sin desatender la conversación, pegado a ella como al matraz. Las tardes se apuraban en tono optimista, que no quiere significar despreocupación, y solía dejar pendiente, mañana o pasado o a la semana entrante, alguna partida inocente, algún dicho empeñado, alguna tonada arrumbada.

-Para qué, digo yo, para qué resaltar lo obvio.

-Hombre, indicar más bien.

La condición monótona de la especie cincela repetitiva en carteles, letreros y rótulos de calles, plazas y honorables establecimientos. Hoy se acumulan en las inmediaciones de la conspicua nobleza, con parvo fisgar, la gente que ayer bordeara la tragedia a unas travésias de distancia al derrumbarse una casa de techumbre podrida; la gente que anteayer plañía la criminal adustión del pulmón verde; la gente que la semana pasada, visto en el televisor o en el cine, auguraba la venida de una glaciación redentora de tantos escapes contaminantes mientras sudaba la gota gorda por el mínimo esfuerzo. Sí, algo ocurre; aunque no se sepa a ciencia cierta qué es.

La denominaban la habitación de los milagros. Los tarros se alineaban en los estantes, regios e incitantes, pero nadie se atrevía siquiera a rozarlos aun con mano blanca que no ofende. Era prerrogativa del preboste. La habitación de los portentos, denominación estricta, no daba a la calle, no asomaba al mundo inmediato.

-Yo coleccionaba las jícaras con ungüentos, vacías

de sanador contenido.

-A mí me dio por los papelillos mágicos, expuestos al modo panoplia, encristalados y con marco de plata labrado con las hojas de la encina.

La panacea mandada olía a hierbas, a tinturas, a raíces. “Ideador nono” era un virtuoso de la fórmula magistral.

Pero no falta ni sobra quien duda de los lares anónimos, tal vez escarmentado. Un letrero mudo contemplado por pares de ojos desvelados es, exagerando la comparación, una ordalía. En la calle Mayor y vías adyacentes flotaba de súbito la prevención ante un texto vencido.

-Mira tú por donde.

Nunca pasa tanto como para detener la célere rotación del planeta, según se mire aburrida y monocorde. Mudarán las hojas de los árboles y las del calendario; metamorfosearán las orugas en crisálidas; arrasará la gota fría el cauce lesivamente urbanizado. Minucias.

La calle Mayor viste de alma cándida.

(Cuenta Felio)

Camilo pidió aceitunas rellenas con anchoa cantábrica y un vermú.

Traía el humor moderado y la libreta de anotaciones desterrada al bolsillo. La vista preliminar había resultado un fiasco. Camilo esperaba un pugilato de pesos medios entre los litigantes, quizá altamente sugestionado por las muchas novelas de tema judicial y otras tantas adaptaciones cinematográficas. Un combate de legalidades y legitimidades en toda regla. Pero a la primera andanada del letrado Silvano Corozza, los

demandados se precipitaron a la trinchera de erizo abandonando en su rebajamiento armas y bagajes; cosa harto infamante. Los abogados de la defensa, curtidos en estas lides y parapetados en un blocao de color chufa levantina, dejaron que la marea escobara a las criaturas reclamantes. A Silvano Coroza, el afamado edafólogo y jurista titular del bufete precursor y coordinador de los derechos de la Flora y la Fauna nacionales, también a su pasante Fabiano Barzal, el iris le chispeaba con la voracidad del incendio devastador que enfrentaba en juicio humano y por enésima vez a los opuestos inconciliables. En los bancos del público representado zumbaba la delegación de Heminópteros, secundando el burbujeo petitorio en restitución de ejemplares chamuscados de pincarrasco, alheña, cantueso, lavanda, espliego, lentisco, ortiga y acebo; ardillas, zorros, cimarrones, ciervos y jabalíes; beca-das, alimoche, grajos, gavilanes y piquituertos. La cantilena de costumbre en las alegaciones de los pirómanos: “Saltó una chispa del motor... Una tormenta seca de madrugada en lugar inaccesible... Un rayo latente y ardió hasta el infierno”. Peritajes exculpatorios realizados a la carrera: “Una colilla arrojada desde un vehículo en marcha... Un descuido fortuito en la quema de rastrojos... Ese tendido eléctrico obsoleto... El vendaval mortífero quemó el mundo”. Algún testimonio sinceramente protervo: “Barbacoa en el bosque con meada insuficiente... Fuegos fatuos en el cenagal de las ánimas... Combustión espontánea... Hay que agilizar los trámites para salir a escape rumbo a Marte... Yo trabajo en esto”. Con encendida oratoria, discúlpese la inconveniente expresión, Silvano Coroza solicitó del jurado un veredicto culpable y de su

señoría, con la venia, una pena de extrañamiento conjunto al desierto de Atacama. Los impertérritos demandados, apretados en el hornabeque a prueba de comisiones y evidencias, confiaban en la benignidad de la legislación vigente y la muy asidua aplicación del código por parte de la judicatura. Por qué no. La cuantificable suma de víctimas y afectados en la sala, en los pasillos, en la escalinata y en las aceras, profería consignas de omisión deferentemente portadas en bandeja de últimas voluntades. Conminaban, amostazados, a sentenciar en grado superlativo o pasarían a la fase de insumisión perenne desestimando el trueque de seguridad por parques naturales y ofertas similares en periodo de rebajas. “Invertiremos en omisiones en vez de acciones, cejaremos en nuestra encomienda procreadora, modificaremos la genética en aras del individualismo urticante”. Para tomarlo en serio. El ser humano es animal de emociones contrapuestas (para estorbarse mutuamente y ver qué sale), engordadas por rebaños de informaciones tendenciosas (tómese la adjetivación como cada cual guste), ofrecidas por agencias y membretes incrementando día a día la atrofia de la sensibilidad y la angostura de la inteligencia. El hombre es animal al que, a veces, le da duelo el sufrimiento y la extinción de sus hermanos irracionales; aun cuando parece que todo se quema, no todo arde, se escucha en lontananza un anuncio de buena esperanza. Pero una flor, o un trino o un chaparrón refrescante y alimenticio, no hace primavera. Más bien menudea el hacedero y muy rentable, a escuálido plazo, cultivo de la mediocridad. La agremiación de los san-dios, la exaltación de la estolidez, no ha de traer beneficio. Claro que para ser entendido, y en este asunto es

deseable, conviene apearse de la fina calificación, eufemística si se quiere, y acudir a la planicie coloquial llamando a la sandez tontería y a la necesidad simpleza. O estupidez, ya puestos a señalar con puntería y enojo. O malicia instrumentada por mauleros a sueldo del erario para socavar la confianza política de los menos gregarios, de los que sacan los pies del plato, de los que no suman por colectividades subvencionadas; de los que no introducen su voto en la urna acristalada para quedar disueltos en las viejas siglas, en el pestilente magma caduco. Quien al cielo escupe a la cara le cae. Y la inteligencia, con tanto impedimento, va a la deriva. Contaba Camilo.

Alejo pidió aceitunas rayadas y una manzanilla.

Llegó con el humor altanero y el portapliegos al hombro como un colegiado en excursión facultativa. No traslucía su semblante mayor contento por el éxito alcanzado. Alejo lidiaba cotidianamente en arenas peinadas al bies con ciclones, ogros, capones y medusas; Areópagos de acierto predicho en el editorial de la Plataforma Instructiva de Oligarcas y Barones Federados. Hay que echarle valor y maestría a la faena, esquivando cornadas, puyas y los abucheos de la claqué bien pagada. Efectiva caterva de tarados para usar y tirar. Los cadáveres insepultos, corruptibles y afeados, se apilan en dependencias subterráneas de las sedes en el extrarradio, con una identificación en clave consignada en el estadillo de servicios hábiles y opacos elaborado por el Arúspice de guardia; aquél que examina clandestinamente las entrañas de las víctimas para hacer presagios. Los prebostes de la Plataforma Instructiva se reúnen en conciliábulo secreto con la reseña de un político de la competencia o de un topo

capturado o de un traidor mordido o de un agente doble de apariencia beatífica y empleo diplomático. Y designan al víreo cabeza de lista: “Hemos decidido que seas tú. No eres gran cosa, pero es lo que tenemos. Límitate a desempeñar el papel de comparsa que ya dominas, no en vano son varias legislaturas de banquillo y asentimiento, pero ahora con algún discurso que recibirás en sobre cerrado a la hora en punto. Embriágate de telegenia y no te excedas en el cometido, y engola la voz para que silbe en el oído de los sordos. Eres tú el elegido. Pon la cara y sonríe, ríe, sonríe y di amén a todo y a todos. Lo demás es cosa nuestra”. Totalmente cosa de ellos, los manejadores y los invisibles, los aficionados que tomaron la alternativa en el ruedo desmontable entre charangas y barquillos; los profesionales de la ocasión al vuelo. Atrás quedan los tiempos en que la ciencia infusa era concepto de uso peyorativo, la improvisación y la magia cosa de haraganes con vil refugio en la tarjeta de visita y listillos con escaso acomodo; el carisma una palabra sacra, un término útil para espolear al sector indeciso y de inveteradas costumbres educativas: derecho, economía, ética, de la sociedad posindustrial. Palabrería lata. Pasto de curanderos con sello ultramarino importados a peso. La demagogia es instrumento globalizador de recurso y molicie, oral y escrito, transitoriamente perfeccionado sobre bases sólidas, pretendidamente inalterables, tiene su origen en calderas sulfúreas (tapémonos la nariz y cubramos la boca con una profiláctica mascarilla) gobernadas por agentes patógenos incombustibles, inmunizados. Alelados, perturbados, contaminador, pelmas, proselitistas de la incuria. Gente detestable que a su paso deja un reguero de calamidades.

Es una historia antañona, como el mundo. La leyenda maya de las divinidades progenitoras esclarece el presupuesto: “Los Creadores dotaron de inteligencia a los primeros hombres. Así estos primeros hombres conocían todos los saberes, su vista sobrepasaba las montañas, sus oídos percibían los sonidos más imperceptibles, hablaban con su boca y corrían con sus piernas. Pero los Formadores observaron en la conducta de los hombres una desmedida ambición por alcanzar el grado de Creadores y Formadores. Hubo que recortar las cualidades graciosamente conferidas, mermando la razón, la inteligencia y la capacidad de discernimiento de los rebrotes sublevados”. Con la inepticia acumulada desde la génesis, la irresponsabilidad de los herederos crece exuberante y su antagonista se diluye en disimulos y parches; en engaños arteramente oficializados por enciclopedistas del siglo de las luces. En la orilla opuesta, Séneca predicaba sin mayor fortuna la prudencia y la sensatez al gobernar; por aquello de taponar los fluyentes errores del político al uso; por aquello de sacar la cabeza del estercolero. Por derrocar las vocaciones mantenidas. No, por favor, diremos algún día, educadamente, déjenos de sermones y platos recalentados, admoniciones y prédicas de estrado; no me ponga las peras a cuarto ni me cobije a la sombra de sarmientos. La necia voz fustiga sin venir a cuento, es un castigo inmerecido. Hasta aquí lo que se daba. A las íes y a las eñes no ha de faltarles ni el punto ni la tilde si uno quiere y porfía contra viento y marea. Contaba Alejo.

Hermann pidió aceitunas picudillas y vino dulce.

Zumo de uva cocido por la fermentación natural aderezado con arrope, citado en español de primera

cosecha, para contrapesar un humor acerbo. Hermann libertaba con mimo arqueológico el sentido oculto que las palabras, a fuerza de repetidas, ahormadas y empadronadas, detraen al lenguaje. Lo que es siempre igual debe ser algo distinto al expresarse, se puede presentar de un modo un tanto extravagante sin prostituir ni adulterar el contenido. Para que a uno le hagan caso, si cree que le avalan razones ortográficas y sentimentales, no ha de pararse en barras. Es una escena representada únicamente con palabras, dibujado con péñola de ganso y tinta invisible un personaje desamparado de solidaria compañía arrostra el hecho consumado. Trágica súplica relumbra los ojos del niño en un rostro anciano. La queja: Los escritores favorecidos por una crítica impetuosamente partidaria, los firmantes de manifiestos, libelos y ucronías izados a la cofa por la militante cadena de promoción y explotación, arremeten contra el idioma, cometen faltas atroces y en pago se les menciona como maestros de la literatura en curso y soladores de la posmodernidad. Sillón académico repartido en comité de advenedizos. Es cosa corriente reivindicarse en la decadencia de la nesciente conformidad. Hablamos, pues, un dialecto de indigentes que destruye o desnaturaliza la comprensión de las frases, que invierte el estilo y pervierte la comunicación. El ilógico desprecio hacia la gramática es reflejo de la incapacidad intelectual. Era un vocejón quejoso, de corrector entregado a su trabajo y a su obsesión por el lenguaje digno y sustancial; perentorio en el último esfuerzo de persuasión. Recordando: Hace unos años aún era posible embellecer la incorrección, la flaqueza, la deformación y la parálisis. Hace un tiempo todavía cabía esperar la reparación

editorial de la sintaxis, el discurso, el artículo, el apuntamiento y la obra. Hoy es insalvable la distancia entre lo escrito y lo que hubiera debido escribirse con el triunfo incontestable de la depravación lingüística, apoyada, acelerada. Es un juego a la baja, erradamente presuntuoso y suicida que resta en vez de sumar, construyendo la memoria y la percepción a una pauta de minimalismo ampulosamente publicitado como vanguardia en los suplementos culturales de los inventores sin inventiva. Y todos tan contentos y a espantar moscas con el rabo. Este individuo, corrector de oficio, soportó estoicamente la erisipela pero sucumbió a la metástasis, se veía venir. La inflamatoria rojez en la dermis y los accesos febriles habrían alertado a cualquiera. Pero este embregado paladín dibujado con tinta invisible, de oficio voluntarioso y convicción inexpugnable, desechó la jubilación anticipada plantando cara (ya se dijo) a la venenosa Hidra de Lerna y a Sys el informe verraco. Nada que hacer. Se veía venir. Era un temerario embebido de heroicidad el corrector de dislates, balanceándose en la cornisa intuyó un final épico, agitador de conciencias. Claro que nunca se dijo lo que había pasado, intereses superiores lo desaconsejaban. Sólo era un apegado corrector en puertas del retiro. Cada día muere gente buena y mala. No hay porque llamar a las cosas en derechura si su nombre es disonante. Hay gente que no ceja en su cometido ni por recomendación. Y complican lo que es sencillo. Y desmienten el engalanado progreso. Contaba Hermann.

Becarios

Le persuadieron de que trabajara a destajo porque la fecha se les venía encima. Tocaba a los disciplinados zapadores echar el resto hora tras hora, calle a calle, de villa en villa. El fin, recordaba el jefe de personal eligiendo con pericia y largos dedos de la caja de cedro el cigarro puro de la abstracción, justifica todos los medios que sea menester utilizar, donde y cuando fuere. Pero chitón, ni una palabra al viento que las lleva a mal recaudo. No hay hora que perder, amigo. Tomó cumplida nota el eventual y dio con la maleta y sus huesos en la autopista de la muy influyente y muy condicional información domiciliaria.

-Poderoso caballero es don dinero.

-Nunca faltan argumentos con los que convencer al fiel, al subsidiado o al meritorio.

-Qué verdad es esa.

-Y es que de perdidos al río.

Tal era su afán de riqueza que desatendió la voz de la prudencia y el benéfico descanso durante el resistero. La comida grasosa y emparedada, el café cargado y la copa redonda y en el vientre, pesada digestión, negativas de índice y cabeza y humos desalojados por el zumbón ventilador. Recorría incesante la zona marcada con rotulador amarillo en el plano, metiéndose en todas las casas donde los vecinos le franqueaban el paso por aquello de ofrecerse hospitalarios con el que arribase de lejos y anuncia a saber qué nuevas o, sencillamente, por ser caritativos con el prójimo sudoroso y próximo a la congestión.

-El tiempo vuela cuando se tiene prisa.

-Es una aserción de Perogrullo.

-Las Horas, escritas con mayúscula inicial, que son secciones del Tiempo, también con mayúscula, eran tres: la diosa de la floración, la diosa del crecimiento y la diosa de los frutos en sazón.

-Las Horas tienen un aspecto doble: como divinidades de la Naturaleza presiden el ciclo de la vegetación; como divinidades del orden aseguran el equilibrio social.

Comenzaba a descorazonarse por la poca venta que hacía. Qué duro es vender. Y eso que entraba amable, seguro de sí, con un producto fluorescente bajo el brazo y con una sonrisa como la de los comerciales listos. Su gestión de venta y adhesión era un fracaso, desde la perspectiva del contratante; más aún, una tragedia de las que cuesta el puesto a ambos. No obstante, desposeído de dones, continuaba agregado a la sonrisa: una adición pinturera y tibiamente consoladora debe resarcir a los expropiados por el asaz infortunio en el selectivo reparto de personalidades.

Como recurso de emergencia, un mucho dubitativo y preocupado no menos ante las previsibles reacciones de una parte considerable de los abordados: un tercio, la mitad, tres cuartos, a saber, prendió en el ojal de su chaqueta la chapa con elemento floral bermellón. Pero la gente, pese al distintivo o quizá a consecuencia de él, siguió ignorando el mensaje; estaba dormida en el tiempo. Los que dormitan a todas horas dando por bueno lo que bien está, aun vendiéndoles las horas a precio de coste, o sea, gratis, hacen caso omiso de la merienda envuelta en papel celofán con lacito del patrocinador y no compran noticias al día o al minuto. El

vendedor, cariacontecido y con escozor en el cogote y en la prensada zona inguinal, exhibía su muestrario con maña y oficio, a qué negárselo: traía atados de informaciones suministradas por fuentes de incuestionable profesionalidad, las mejores en el corte y confección, pero que muy jugosas noticias, premonitorias, estomacales y de gran calado para el procomún. La caraba en despachos de agencia y documentos desclasificados por los clasificadores. Así, dicho de corrido y con los labios cóncavos.

-Las Horas velan a la puerta de la Casa, el Cuartel General, el Centro de Operaciones desde el que se coordina la movilización de los peones.

-Fuera de servicio, pasan por amas de cría y mozas de caballeriza. Estudie usted todas las asignaturas del temario y saque nota para esto.

-Sea usted positivo, hombre. Se las representa como tres muchachas de gracia inmarcesible y actitud atrayente, con un elemento vegetal en la mano.

-No se engañe usted, amigo mío. Ellas son consideradas en esta leyenda que narramos al trote cochinerero como ayudantes de producción, como batallón disciplinario de gastadores o como figurantes de bulto gris.

El precio, por llamarlo de alguna manera, de las sustanciosas informaciones era irrisorio: aceptar una papeleta impresa con un listado de nombres, doblada y metida en su sobre, a punto de urna. El vendedor reforzaba su mercancía, resaltando las cualidades, demostrando las ventajas presentes y futuras de subir a ese carro. Sin embargo, en aquella plaza en la que le había tocado lidiar, eran palabras en el desierto. ¡Qué gente tan desconfiada!

Al final de otra jornada infructuosa de lucha

callejera el hombre se metió en su furgoneta aparcada a distancia del campo de trabajo, que custodiaba por telefónica orden superior y propina contante y sonante un portero de finca urbana, con una alerta de huracán comprimiéndole las sienas. Atolondrado por las agujetas y el montón de raciones de infundios con fecha de caducidad improrrogable que debía repartir en mano y que aún se amontonaban gruñidores a su espalda, decidió cambiar de estrategia y hacerse a la noche con el rancho en porciones de buzón y felpudo, con la vitola de identidad camuflada a la primera lectura discriminatoria.

-La mentira es un enemigo devastador, cobarde y permanente; imposible de batir a corto o medio plazo.

-El ideario de algunos es tan simple y utilitario como una bacteria: La verdad será nuestra mentira, la que propagaremos en cada momento y circunstancia para aniquilar al rival en toda competición.

La estrategia del vendedor fue un éxito; en la furgoneta únicamente dejó un paquete, que para muestra basta un botón. Fue empezar y acabar sin ese contacto humano que a veces inclina la balanza del lado de las pesas. Pero, en fin, el alumno debe responder fidedignamente a las enseñanzas del maestro. Como dijo el jefe de personal, primer redactor de proclamas y diseñador de vitolas desechables al primer uso: “Nuestro fin justifica nuestros medios”.

Aunque la información despachada para la audacia sirvió para una timidez estúpida, la vendida para los aprecio una grosería, la colocada para el adiestramiento un bodrio, el vendedor regresó a la Casa con la munición disparada. Si cuela, cuela. A esperar.

(Cuenta Mónica Uve)

Al salir de la terminal del aeropuerto a Pepa y a mí nos abofeteó una vaharada pútrida. Este enconado salteador fustigaba la maquinaria nasal y oprimía el cuello con maléfico sincronismo. No recordaba nada igual desde mi viaje a la India, cuando descendiendo la escalerilla del avión me cubrió un manto de especias, sahumeros y carne mortal incinerada en la pira funeraria. Pepa observó el cielo aborregado y puso cara de dar media vuelta a esperar dentro. No tardará en venir, le dije para retenerla a mi lado; y nos pusimos a mirar la carretera cual imanes atrayendo al rescatador. No era un presentimiento; las dos notamos que merodeaba un algo destructivo. Se me ocurrió a vuela pluma que allá en la ciudad, silueteada a una decena de kilómetros suturada por las restallantes intermitencias de las asistencias públicas móviles, se estaba celebrando un multitudinario concurso de cocina paleolítica al horno de turba. Los sensibles ojos de Pepa protestaron, las gafas de sol y el pañuelo apenas rebajaban el lagrimeo. Mi garganta carraspeó, también herida de picor acre. Sometidas al prieto bochorno de la caldera, víctimas del atontamiento por disculpable imprevisión, dimos en medir la gran acera a cubierto con paso nervioso y cruce de frases anestesiadas. Hasta que el fiable Jaroldo llegó en su coche y un excusable retraso por las causas sabidas y comunes a todas las urbes.

Jaroldo nos puso al corriente de lo sustancial en nuestra agenda de trabajo y de las modificaciones ajustadas a una visita de cuarenta y ocho horas prorrogables. Pepa pensaba quedarse por lo menos una

semana para reencontrarse con temas privados desatendidos en los últimos ajetreados meses, pero aquella atmósfera agobiante le replanteaba su idea. A mí me daba igual completar antes o después el programa, yo sí me reservaba uno o dos días de asueto liberada de todo compromiso. Jaroldo estaba raro, como distraído por las órbitas de un moscardón y apurado por un acecho mientras conducía muy despacio. Imaginé que podría estar afectado por aquel virus tentacular que denunciarnos como saludo al meternos en el coche, pero no le lloriqueaban los ojos tras los quevedos ni su voz, de natural agradable y suavioria, denotaba más molestia que un fastidio interior preventivamente encarcelado; tanto disimulo era imposible, a los tres nos une la confianza desde hace años. Pepa probó a tirarle de la lengua interrogando a la brava, pero el asunto debía rondar por vericuetos ya que Jaroldo en vez de contestar a la sarta de preguntas prolongaba el viaje incitándonos a relacionar la descubierta. Nosotras suspirábamos por meternos en la habitación del hotel a darnos una ducha y cambiarnos de ropa antes de la cena; le insinuamos que nuestros equipajes cargaban varios destinos y que por lo tanto merecíamos un respiro y una bebida fría en la más absoluta quietud. Empezamos a sospechar que las respuestas exigidas al extrañamente hermético Jaroldo serían visuales.

El tráfico de siempre, las aglomeraciones consustanciales a la circulación por las mismas plazas y calles, la prisa, el retraso en la entrega, los adelantamientos indebidos, un machacón anuncio de estreno cinematográfico, estaciones de metro con la boca estrangulada, la fétida cocción del estiércol. Pepa

frunció la nariz y se mordisqueó los labios, yo respingué para contrarrestar la progresiva sequedad de mis fosas. Le dije que la ciudad parecía sufrir un creciente cambio a peor. Asintió con leve movimiento de cabeza y un semáforo después, interminable el circuito rodado, con enérgico ademán de su brazo derecho señaló una cola de jóvenes a la puerta de un edificio (el Organismo de Propaganda Multimedia, como después nos aclaró) en pie o sentados por grupos, fumando y bebiendo en latas; puede que una veintena entre chicos y chicas. Pepa, que goza de muy buena vista y de una impaciencia lancinante, ya se había fijado sin notar nada fuera de lo común en el mosaico urbano a la hora del crepúsculo. Sin embargo, intrigadas por el brazo de Jaroldo rebuscamos en la acera, en las fachadas y en los pisos al alcance de la torsión del cuello el factor sorpresa, la adivinanza a la que nos retaba. Quiénes eran. Dónde estaba el humo. Con Pepa en la cofa del vigía contamos varios grupos de características similares a medida que el coche circundaba lo que Jaroldo quería enseñarnos. Visto. Y qué.

Quizá se apiadó de nosotras que ya teníamos las uñas armadas, o es que se hacía tarde para lo demás, así que nos permitió una hora cronometrada de baño y vestuario en el hotel. Un estricto desahogo que tuvo para Jaroldo, desde luego el más necesitado de paréntesis de los tres como pudimos comprobar, su continuidad en una cafetería cercana. Se disculpó como un viejo amigo en apuros por la patrulla en coche, la extralimitación horaria y el celo policial de vestíbulo; dijo que se tomaba esas libertades con nosotras, asépticas representantes de talentos en fase de aquilataamiento comercial, para prevenirnos del nuevo orden

de rehabilitadas consignas, inmersión tribal y jurados parciales con el que íbamos a topar a la vuelta de la esquina. Pero antes reconoció que ya estaba harto, que se iba, que lo dejaba todo, tomaba el portante, daba un portazo y se largaba tan lejos como diera el carrete. Y éramos nosotras, las amigas sin complejos, las destinatarias de su carta de dimisión. Mira por donde nos implicaba en el motín. “Hasta aquí he llegado”. “No me da la gana seguir”. “Me buscaré la vida donde se respire mejor”. Muy simbólico y bien definatorio su gesto de pulsar el botón de la cisterna. En lo del aire viciado tenía razón; aunque fuera una metáfora, a mí me escocía la garganta y Pepa se quejaba de las partículas purulentas que en vuelo intimidatorio le cohibían la visión directa. Pero no era solamente una metáfora. Jaroldo desmenuzó la situación, su situación y nuestra situación calculado el tiempo que disponíamos antes de la cena. Pasando por alto lo que resulta más palmario para un oyente culto y experimentado, a buen entendedor pocas palabras bastan, Jaroldo expuso la finalidad de aquellos grupos concertados y distribuidos según una orientación, conocidos por los mauleros o, en extenso, la tropa pedestre del Organismo de Propaganda Multimedia: “rector cierto, autónomo y plenipotenciario del departamento de adjudicaciones dinerarias a manifestaciones conminatorias y obras de carácter doctrinal; del de control de admisión y promoción de aspirantes y candidatos a los consejos gestores; del de recluta y adiestramiento de los piquetes informativos; del de publicaciones y cartelería; y otros subsidiarios cuya redundante mención abrumba”.

La función de los mauleros es la de interferir,

coaccionar y expandir el mensaje de la contraprogramación, todo en uno, con rapidez y efectividad a corto plazo en un espectro de ciudadanía inerme. Los mauleros son alimentados con embudo, papel moneda y soflamas de la autotitulada intelectualidad, derivación economicista y totalitaria de las revoluciones otoñales. Faranduleros de medio pelo con buen sueldo y horario a convenir, con inmunidad y batuta, coreando las consignas del comité central o caja de pagos del patrón multimedia, los calificaba Jaroldo como queriendo sacar pecho, pero les tenía idéntico miedo que a los infeciosos roedores de las alcantarillas. Nosotras ya sabíamos de su existencia, quién no, y no ignorábamos el grado aleatorio de violencia que emplean en sus misiones aquí, allá y acullá; será diferente el acento o el idioma, pero la actitud y el efecto sobre el objetivo no ofrece variaciones de consideración. Visto. Y qué.

Insistió en que le escucháramos: “Tengo que hablar, tengo que hablar”. Él regulaba el tiempo, por tanto y una vez en vereda, compuestas y profesionales, estábamos a su juego. Pepa se echó hacia atrás en la silla mientras gestualmente le animaba a que depusiera con total libertad. “Conservo unas gotas de arrojo en la sangre, y ellas me gritan que lo haga. He de hacerlo. Es el momento: o presento batalla o cierro el pico para siempre, extendiendo la mano, disimulo, silbo el himno del gremio y espero la llamada. Tengo que demostrarme que confío en mí, que soy el que creo que era, que soy un veterano que puede empezar donde y cuando le dé la gana al servicio de un jefe elegido o siendo mi propio jefe. ¡Libertad! ¡Iniciativa! Puedo mantenerme a flote un tiempo. Ya no lo dudo. Quizá salga jodido de esta pelea, marcado como una res,

proscrito y desprestigiado. Vale. Y qué. Nunca estaré peor ni me sentiré un vendido o una piltrafa. A la mierda con el fracaso. Este intento no será en vano, es la ocasión, ahora o nunca, y saldré adelante. El orgullo cuenta para algo, y me reafirmo en la decisión ante dos testigos: tú y tú. Cruzaré la plancha, la pisaré con fuerza y llegaré al final. ¡Aire, aire! Voy a por aire. Lo haré, ¡vaya que sí!”

Punto y aparte. Al coche, a la cena, al tajo. Las inocuas representantes de talentos en negociada fase promocional, hubiéramos rehecho la maleta y subido al primer avión para desviar a nuestros artistas de esta curva del circuito. Lo pensamos seriamente unos segundos, pero aquello pondría en evidencia a Jaroldo precipitando una salida todavía más nerviosa que su declaración de intenciones. Ni a Pepa ni a mí se nos escapó la latencia de un conflicto, seguramente antiguo y avivado a conveniencia de la parte decisoria, en el que nosotras y nuestros representados sin comerlo ni beberlo teníamos más a perder que a ganar. Eso pensé yo, pero quizá es al revés. Pepa y su constante pesquisa dieron a pie de calle con una lata de cerveza cargada con escoria y desguace: “Qué armas carga el diablo”, ironizó.

Jaroldo conducía con pereza, sin esa tensión característica y aconsejable ante el ceremonial intercambio oneroso de producción artística permeable al mercado. Bajó su ventanilla, tosió de cara afuera, pulsó el botón de la cisterna y se dispuso a esbozarnos al jerarca consultante, o sea, el peaje, nuestro nuevo interlocutor Extremeño Tuto. Alias *zapo*, alias *soviet*, un vetusto agitador y dirigente político-sindical que nunca dio un palo al agua porque nació entre guerras,

tipo fiero y listo, con los decretos etiquetados y los sentidos alerta. Añoso y pringado, pero como si tal cosa; sucesivamente consentido y a bien con todas las administraciones y todos los regímenes, que los hay peritos en cocina y sacristía. Sin haberse ido ni desaparecido del candelero ha vuelto a la palestra, desenlodado quirúrgicamente para detentar al modo filantrópico oficial la comisaría de alternativas educacionales, supervisión y dictamen de aquellas ramificaciones del árbol de la cultura que pretenden o exigen subvención. En otras palabras: presenta un proyecto sin fecha de ejecución o una muestra plástica, una retrospectiva o una exposición que agrade a los censores, regístrate, cobra, corresponde, vitorea, coréalo y repite.

Extremino Tuto, el *zapo*, es un barril mantecoso que engulle cual verraco y trasiega a lo camello en el oasis; ahora habla menos porque se le empasta el gargajo y le rezuma el papo, se atraganta y pierde apoyo material y espiritual, pero su retórica continúa siendo la de un agente intimidador, demagogo y propagandista bélico. Jaroldo cerró el atufado capítulo de presentación del *soviet* anunciándonos su boyante negocio de estampación de camisetas con efigies de criminales, símbolos de tiranías y demás iconos del totalitarismo subsistente.

Nosotras, incoloras representantes de talentos mercantilmente viables, certificamos la autenticidad de nuestra cartera de valores con deducción, textos y fotografías, pero en cuanto a explicitar la dosis de fraternidad de nuestros representados con los vecinos norteños y sureños, matiz imperioso en la puesta a disposición de espacios para la muestra de las obras según el Jaroldo avisador, nada de nada. Pepa dijo que

nonas, yo tragué saliva y me pellizqué los pómulos. Jarroldo pulsó el botón de la cisterna y nos metió en la jaula donde el *zapo* tomaba un aperitivo de habano y brandy.

El calor del humo, del alcohol y el nada desdeñable de la guardia de Corps iban coloreándole la carrillada, pero no parecía que su lengua fuera a tornarse perezosa con el abuso; ni que a nosotras nos dijera tan acreditado personaje lo que queríamos oír. A nosotras, coristas de liga remachada y costura en las medias sirviendo cabezas al seboso jeque condonante de añejas infidelidades, se le ocurrió a Pepa el grafismo dando la espalda a la tribuna; yo sonreí con las pestañas. Se fue ella a pulsar el botón de la cisterna. En mi parte de mesa evolucionaba como una tormenta tropical una conversación sobre arte minoritario, así de vago el prólogo. El *soviet* tiraba de puro y copa revistando a su tropa, mi visión en campo cerrado no es tan aguda como la de Pepa pero creo que ya estaba localizada y con el marchamo de solicitante en la lista que le recibía el edecán. Me tocaba esperar lo que viniera.

En estas, en medio del banco de niebla, un camarero se acercó con sigilo y una bandeja de caprichos rebozados. Me serví una croqueta de jamón ibérico salmantino. Pepa atrapó un buñuelo de bacalao islandés. El camarero nos dio un nombre y una declaración de principios: “Soy Revelín, cartelista, caricaturista y autor teatral despechado”. Probé un langostino castellanense y Pepa una hoja de limonero murciano. Revelín barajaba el correo interno: “Me opongo a la imperante mediocridad, a los amos de la cultura, de la miserable política y del pensamiento unificado a precio de saldo”. Una vieira gallega y un calamar

madrileño. Revelín tiraba a dar: “Los alabarderos de teatro embutidos de subvención, esperpentos de la gramática parda, dilapidando recursos humanos y materiales al engorde de un intelecto drenado; son las gentes más insolidarias del mundo”. Visto, cambio y corto.

Felio, no te enfurruñes. Toma, mira. Es lo que hay. Pero quitémosle hierro, hombre. Mañana... mañana u otro día te cuento el epílogo de este absurdo existencial.

Me he metido en tu sueño

Nada hay que objetar.

Como es de natural rigor, sin intervención activa o pasiva de los espectadores sentados en butaca de platea o anfiteatro, la luz de tinte dorado se transforma en mixtura de plata al discurrir de las horas y las hojas caducas de los árboles alfombran el suelo de la sala de los pasos coincidentes con el transcurso de las estaciones; cada cosa a su debido tiempo. Del otro lado de la piedra restaurada (teniendo en cuenta la ubicación del observador) empezaron a distribuir vituallas los vientos que soplan anunciadores y fríos desde la sierra encapotada, restringiendo un horizonte de por sí menguado. En el cielo nocturno crece la batida del cazador cornibrocho espantando las piezas de magnitud inferior a tres en la escala de los miopes a pelo. En los retenes de agua fulge el inconcluso ataque de los caballeros errantes, lienzo romántico atribuido al artista ensueño. Cerca del alto horizonte, sin extremar la medición, centellea con los colores de la llama el ojo vigilante.

La imaginación admite un desván de ideas y una cajonera de supuestos. La hipérbole es tramposa, deduce Felio, intuye Mónica Uve; pero habrá que arriesgarse con ella, la tan querida, la tan invocada imaginación.

Están en la habitación número cuatro de la Casona, ante el fuego, con sendos libros abiertos y apoyados en los muslos (se entiende la metáfora), la voz en sordina para que ningún espía filtre a peso de oro lo que se

cuentan, tratando de establecer la dimensión del mito que existe (se da por hecho) tras el batallar de los relatos. El equipaje acomodado provisionalmente en el armario dormita como un perro de compañía, con un ojo abierto y el músculo presto a la puerta que se abrirá. En la habitación número cuatro el ambiente es hogareño. Es la música del fuego, son los siseos de la chimenea, los cuadros de agua, el olor de las raíces, es el ojo del Avefuego que destella donde todas las rutas convergen al conversar sobre los seres elementales que pueblan la fantasía del poeta vagabundo que se alimenta con el trino del ruiseñor. En la habitación número cuatro las luces y las sombras bailan una contradanza.

No ruge el viento en los postigos ni tabalea la lluvia en el patio enlosado. Está él, está ella, estás tú, estoy yo, y además: el eco, el enigma, el viaje, el aleteo del Avefuego, los caminos despejados a trancos, la solapa garabateada de un libro de tapas verdes, los cuernos de la Luna, las trenzas de agua, el nervioso entreverado de la roca guardiana, la leña que arde. Del otro lado del grueso muro sigue la hechicera oscuridad de Váel.

Dice Felio que todavía encuentra sobre la mesa (un objeto doméstico con el que nosotros le identificamos y él se reconoce en su biografía, un objeto elemental y simbólico en el cuadro introspectivo) los libros y las cartas que lee y escribe, dejarlos de momento previo a momento posterior es una insensatez a la que no pone remedio porque cree que no sabría cómo hacerlo ni para qué es conveniente o necesario arriar esa bandera de propiedad intelectual. El día anterior a su llegada se desencadenó una tormenta notable, las pinas

calles vestían la holgada túnica de agua y los deslizantes tejados resplandecían de blanco ilusorio. Más allá, en alguna parte o en todas partes, sobre las lagunas de tránsito prohibido que circundan la morada de los seres incógnitos relampagueó y tronó soberbiamente, con un furor desatado que causa respeto. Y alegría, apunta Felio. Fue una tormenta magnífica.

Dice Mónica Uve que viajar es lo mejor a que podemos entregarnos, porque en una estación impensada, por puro azar, un día cualquiera que amanece un poco antes al nivel del océano o en una cota a miles de metros de altura, el uso de los cinco sentidos no queda turbado por ningún deseo más que el de aventurarse en el paraíso sin rémora ni superfluo lastre. El paraíso de los esforzados valedores de la vida nómada, los hoteles de cocina clásica y el recuento honrado de las cruces de abedul alineadas en el infinito y los pasadores de acción, honor, sacrificio y mérito conmemorativos de gestas valientes. Y sentir que se ha llegado, que sí parece lo que es.

Metidos en el sueño.

Felio, es lo que hay. Toma, mira. Mañana o cuando sea te cuento el epílogo de este absurdo documentado. ¿No les quieres echar un vistazo? Son papeles de adhesión y súplica; de acuerdo, los romperé y los arrojaré al fuego purificador, pero antes... Vamos, hombre, es lo que hay y es nimio consuelo ignorarlos. O puede que sea la solución inteligente, vale, si es un cuadro de agua pintado en Váel o de fuego esbozándose en esta habitación. No lo creemos, ni tú ni yo. Tú y yo, sí, y ellos también, pasaremos a la historia del arte como las figuras inspiradoras del retablo de las maravillas afeadas por los impresos de solicitud y certificaciones

de apropiada conducta. Se acerca, ¿verdad?

Cuenta Mónica Uve a un Felio enfurruñado, quizá iracundo pero sin espasmos agresivos contra las criaturas cobardes y mestureras, “¿dijiste que eran los correvidiles del soviet?”, evadiéndose por la ventana hacia el ojo llameante del Avefuego en busca de un contundente desagravio a las muchas víctimas de la emoliente derivación informativa (derivación, deformación, proselitismo distraído del erario público), que el camarero Revelín, cartelista, caricaturista y autor teatral despechado conjetura que el siglo actual será el último en el que prospere la libertad del individuo y la propiedad, la independiente elección, el libre albedrío, la favorable creatividad y la iniciativa privada; será el fin de esta sociedad blanda, recluida en la memez, ignava, cobarde e hipócrita (a mayor redundancia). Dicho por el iconoclasta Revelín a quien quisiera prestar oído en las dependencias del ambulatorio poder fáctico.

Los trovadores de la escuela virtual, promocionados automáticamente curso a curso hasta completar el ciclo deformante, desenraizados muy a gusto de la ciencia y la letra, de los textos y los números, de los deberes y los exámenes, título en marco pregonan a grito pelado la fraternidad con el antagonista conjurado en la destrucción máxima (la nuestra, por supuesto), y predicán a volumen parejo la rendición (y la erradicación) del valor y los valores (los nuestros), de la tradición (la nuestra), de la división de poderes (en el estado de derecho), de la libre competencia (de la democracia), de la información emancipada (en la democracia) y del recto proceder exigible a los estamentos funcionariales (en un estado de derecho). La

guerra absolutoria de los delitos. La guerra santa de los alfanjes. La guerra urbana de la pancarta, el cristal roto, la asechanza, la calumnia y el carro de heces. La guerra callejera del adoquín y la gasolina. La guerra mediática de la imposición ideológica. La guerra y la contraguerra y la entreguerra. La protoguerra, la criptoguerra, la filoguerra.

Felio, ponle humor a la cosa, toma, mira; otro día te cuento la épica de aquella noche con tanta gente movida al compás y un funámbulo que se puso de nuestra parte; ayúdame a quitarle importancia, hombre.

La realidad tiene unos rasgos certeros que transforman la percepción en experiencia.

“¿Tú lo crees así?”.

“La leyenda, el cuento, la fábula, nosotros y ellos compartiendo habitación”.

Los indómitos seres elementales observan desde su incógnita morada el cuadro de fuego con el ojo vigilante.

“Se acerca, ¿verdad?”.

Mónica Uve admite que sus figuraciones son incompletas, igual que muchas fotografías sinceras. Aunque tiene encanto perseguir lo inalcanzable, siente envidia de los autores originales.

“¿Quién empezó a forjar la leyenda? Venga, dímelo”.

Juan el de la Casona, no sé; Raimundo Siles, no sé; Ana Lund, no sé; Felio, tú... no sé; Mónica Uve, tú... no sé. El perro Mos olfatea a la pareja Obo y Limli (los héroes de la leyenda encaramados a las plumas remeras del Avefuego) cuando sobrevuela la mágica tierra de Váel.

Algunos seres legendarios han sido dotados de doble lengua: una para hablar el lenguaje humano y la otra para expresarse en el lenguaje de las aves.

“Qué envidia”.

A Mónica Uve le entregaron los imprescindibles documentos a rellenar formalizando su petición como representante de talentos en fase de admisión administrativa. Mira, Felio; toma, échales una hojeada. Después, sí, lo prometo, después este indigesto panfletario arderá redimido en la pira funeraria.

El camarero Revelín, cartelista, caricaturista y autor teatral despechado se consuela de la impotencia (a las privaciones hay que llamarlas por su nombre) impeliendo bufidos felinos a los becarios sometidos al ditirambo que pululan cual enjambre de insectos vomitando diatribas y corneándose fieramente entre los focos de preces al rojo vivo. Revelín pasea la bandeja con ese donaire del actor rebelde (qué pocos quedan, amigos espectadores), punteando con los zapatos el recordatorio lectivo de la tabla de multiplicar, las cuatro reglas de las matemáticas tradicionales, y el abecedario de la lengua española con la elle y la che individualizadas, con la letra eñe realzada, las preposiciones, los principales ríos y los sistemas montañosos de España, las bases de la higiene corporal y los preceptos caritativos que alimentan al hambriento, sacian al sediento e ilustran al ora ignaro ora ignorante (las más de las veces irrecuperable).

Revelín pasea las bandejas con tajadas de hígados varios templando a lo taurino. Habrá que decirlo, explicar, escribir, pintar, airearlo; habrá que apretarse los machos y calarse la montera; habrá, habrás, habremos, habrán. Cuenta y no acaba el proscrito artista

Revelín.

Es algo tan impensable, desproporcionado y monstruoso para la mayoría corriente y moliente, ciudadanos de mira cotidiana, estrechuras, bostezos y criterio acolchado, que la ausencia de imaginación autónoma (o de reserva en depósito de cuarto trastero) ayuda a consolidar la confusión, sembrar la duda y a la postre dar pábulo a la mentira que todo lo encubre y que se propaga a lomos del miedo como el gas mostaza. Un crimen (la agresión pública premeditada, encubierta, alevosa e indiscriminada es un crimen) debe ser descomunal para que parezca increíble. Increíble. Pero si algunos cerebros lúcidos mantienen la versión de las imágenes en contrapartida a la inusitada ceguera, si los numantinos resistentes aflorando de entre la humareda y el agravio con palabra, gesto y número, negándose al suicidio, publican los indicios racionales de criminalidad, acopian huellas e hilos, remiendan la urdimbre, denuncian que el engaño (el gran engaño, la farsa absoluta) es una evidencia, que la trama (de antes y de ahora y de lo sucesivo no se le escape a nadie con curiosidad intelectual) circula libremente por la vía de la devastación creada, la revuelta cívica fenecerá puesto que según los cálculos del mando operativo (los medios al servicio del fin único) la gran masa es demasiado lerda para concebir la relación entre la causa y el efecto, el móvil, los antecedentes, los beneficiarios y las consecuencias a plazos legislativos; y con nulas ganas de pensar a fondo (sin vendas que cubran las heridas venideras) en los terribles sucesos (propios de un guion cinematográfico extranjero con gran presupuesto) y las causas detonantes; y todo lo demás que por añadidura se agolpa, sacude y marea. Cuando la

tozuda verdad empiece a manifestarse, porque es imposible tapar todos los agujeros, la gente, esa misma gente citada anteriormente, se frotará los ojos en un intento por despejar la ácida cortina del disimulo, y aunque más de uno se aliará con los falsarios y los felones porque así es más fácil continuar donde se está, más de dos cuestionarán el estado de cosas servidas a domicilio porque perviven vestigios de dignidad; activada la contraprogramación y de qué manera, extendida la lona impermeable (que mucho abarca y agarrota) por si rompe a llover el agua que arrastra la inmundicia, más de uno de los anteriormente referidos mirará por la aspillera del recelo y el temor a la represalia y al vacío orquestados. El crimen, que es, además, intrusión violenta en la conciencia y la sensibilidad, ha de obrar con eficacia para que rebase con creces el límite de las creederas y de la respuesta improvisada que tantos adeptos suma, y posteriormente (recuérdese que la aritmética impone la pauta) el ingente aparato propagandístico hará el resto, canalizando las hipótesis hacia algo preordenadamente tolerable para el procomún y explícitamente lógico para el pactado análisis editorial: las casualidades. A la ciudad y el Reino (ambas entidades son fuente de recursos y apelaciones contradictorias cuando huele a chamusquina) les quedará la impresión provocada; la primera impresión, que es la sedimentaria. Luego, quíerese que no acudirán la duda y la amnesia, y al cabo de los años (¿cuántos?) la facción social reconducida se negará pura y llanamente a calificar (¿recalificar?) la historia; pero para los antaño dubitativos y un tanto inquisidores a los que la mentira no caló hasta los huesos, quíerese que no, para ellos la ciudad y el mundo

sopesarán los hechos con perspectiva reputando la certidumbre de una investigación ardua, jalonada de amenazas, embustes e impedimentos (hay que afe-rrarse a la esperanza cuando escasean los asideros). No obstante, y pase lo que pase en adelante, a qué en-gañarnos, el primer objetivo del crimen se cumplió en todos sus extremos al tercer día.

A la primera embestida de la bestia respondió es-pontáneamente el coro de voces blancas con un cas-tizo estribillo: Qué mala es la envidia mala.

La bestia calza insidias en la baja extremidad y en-funda la alta con raspadores.

Tú siempre andas buscando, dice Mónica Uve a un Felio sumido en deseos que se descubren en el apar-tado lumínico. Yo voy encontrando y he aprendido a meterme en tu sueño, añade y llama a la puerta de la libre asociación altruista.

El censurado artista Revelín, ondeando el aspecto jocundo de quien se ha desarrimado de la sospecha, mosqueando a la collera de pilosos agentes (léase be-carios del Organismo de Propaganda Multimedia) pa-sea una bandeja de lonjas trufadas que galanteador ofrece a las representantes de talentos muy ajenos a las filias y a las fobias que a la ciudad y el mundo divi-den (que los hay). Revelín canturrea el resultado de la votación para el oído que se presta: No tendré un pro-grama de televisión, no tendrás, no tendréis; no me darán un programa de radio, no te darán, no os darán; no recibiré dinero, no recibirás, no recibiréis, no, no.

Felio, oye, te muestro unas pinceladas y tú te haces a la idea.

Dice Mónica Uve que no hubo foto completa. De re-pente y por babor, cuenta, una corriente de aire a

presión fue desplazando al artista portabandejas contratado en una empresa de trabajo temporal auspiciada por el Organismo de Propaganda Multimedia (que mucho abarca y todo lo aprieta) hasta arrinconarlo contra la cocina de puertas batientes, donde rebotó sin merma del equilibrio, me parece a mí que pugnando por retornar a la escena como los artistas de raza que prefieren morir sobre las tablas amortajados por los vítores del público consciente y sensible; muerte honorable. Canto de cisne agujoneado el del infausto mensajero: No conseguiré, no conseguirás, no conseguiréis. Con el estrepitoso descenso del ánade entumecido, dando la alternativa a la bandeja acróbata, el temporero dio con el lavabo donde Pepa, a modo de escolio, seguía incordiando los pulsadores de las cisternas.

“¿Te divierte?; me alegro”.

El camarero Revelín no posó para la tupida foto de portada del Boletín de Adscritos ni entretuvo a los invitados durante la cena, convocada a toque de fusta. Mónica Uve, a la rezaga de los heliogábalos, con las ganas en cuarentena, sintió aproximarse por la banda de estribor un aleteo, y el ignífero aliento de la protesta.

“Se acerca, ¿verdad?”.

Los miopes ven con claridad meridiana, a distancia sin parangón, los edificantes colores del Avefuego. Y su majestad conmovedora surcando los cielos de la Tierra. Y el relumbro de su mirar en vigía.

El Avefuego se expresa en la lengua primigenia, que es de naturaleza mágica y entendimiento universal (sin conexión con la tentativa idiomática de L. Zamenhof, el esperanto, o con la de J. M. Schleyer, el

volapuk). En la lengua primigenia se comunican los seres elementales y se recoge la historia inmune a los raspadores de cada uno de ellos con independencia de su participación en fábulas, cuentos y leyendas. Pero el Avefuego no ha sido dotado, como algunos seres legendarios, de doble lengua: una para hablar el lenguaje humano y la otra para expresarse en el lenguaje de las aves; lo que no es óbice para que su mensaje ostente la nitidez de las palabras monosílabas.

Se acerca con el hambre espabilada.

“Te cuento, te cuento”.

“Te sigo contando”.

En la cena presidida y con el palco engordado no se habló de lo que se debía, tampoco se terció sobre asuntos de incumbencia, por lo que no hubo acuerdo ni un aceptable compromiso; se perdió una ocasión que, ahora nadie lo discute, era ficticia. Las soflamas (en loor del mecenas), los impresos (declaraciones de adhesión sin comillas) las viandas, la sedación del tabaco y el azacaneo del alcohol, la táctica contemporizadora y la mueca grapada, eran reales.

O juegas o pasas o sales.

O tiras o estiras o derribas.

Como peles acertados en la barriga por la bola en juego dieron los becarios contra los guardias, los fómulos sobre los factores, el intendente entre los tumefactos glúteos del alias soviet. Para una fotografía de contraportada y chascarrillo el cuadro. Cuenta Mónica Uve que el horizonte clareaba al barrer de un gigantesco aventador cuyo nombre relaciona al punto con sus frustradas expediciones de confirmación a la Región Hiperbórea, los Montes Universales, el Mundo Antiguo y la inefable tierra de Váel. Metidos en el

sueño la cena se fue al traste, el fementido negocio al sumidero y los satélites a circunscribir a la momia por si se ha descuajeringado antes del funeral o el advenimiento del recambio, y el ojo avizor huido de la tutela capta lo que no debe.

Cuenta Felio que para honrar la olla de la abuela se congregaron los sesudos comensales con cuatro pliegos, estoqueando un gustoso entrante de aceitunas cornicabras. Al amor de los platos hondos, con el pan de hogaza en su canastillo, el caldero en la trébede y las cucharas de madera poniendo la virgulilla al condumio, competían los cuatro pliegos (o las cuatro partidas de los señores sabios) redactados en síntesis proteínica con aquello que piensan los que piensan sin cobrar del turnado magnate; a saber y sin prevalencia: “En asuntos del espíritu un hombre solo es siempre más fuerte que la masa”; “La mentira es la patria del asesino, y, ampliando la categoría, la del crimen, y, conocido el siempre mentiroso, por clarividente oposición, habrá de servir para conocer la verdad”; “A los devotos del teatro de calle, a los llamativos paraninfos y a los aspirantes a ejercitarse en los salones de actos y en los corrales, mejor tenerlos representando a los clásicos del Siglo de Oro que a los autores en nómina del mecenas”. “Tenemos que liberarnos de los que con la noria por insignia dicen querer librarse de nosotros, que ya va siendo hora de redargüir a la diestra y a la brava el estomagante camelo montado”. De postre frutas de sartén y de la huerta, mazapanes, roscas y mantecadas.

Dice Felio de cara a la ventana, de perfil a la chimenea, de espalda a los papeles de adhesión y súplica, que ya clarea el horizonte escobado por la estela del

cometa Avefuego. Apetece estirar las piernas y recibir la mañana como si fuera la primera de una nueva vida imposible.

Felio, venga, haz los honores; me muero por quemarlos. Es un gustazo que no tiene precio. Volemos los papeles, volemos la marca de la cuadra.

Al fuego vuelan.

Dice Mónica Uve atizando el fuego con el badil, que Limli y Obo, los héroes de la leyenda encaramados a las plumas timoneras del Avefuego, se divirtieron de lo lindo jugando a los bolos con los asistentes a la cena de pedida y llenándose la boca de pianos de cola, bordados, sacabuches, pastilleros de nácar, chóferes de librea, acuarios, pichones y pichonas, empanadas, libellos, columnistas de chicha y nabo. Buen provecho tengan.